

*Ava
Mayer*

*La
historia
de una*
OBSESIÓN

LA HISTORIA DE UNA OBSESIÓN

La historia de una obsesión

Ava Mayer

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Abril, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

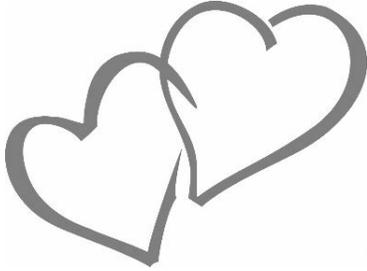
[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)



Capítulo 1

No sabría decir si eso era la felicidad.

En este momento, mirándolo en retrospectiva, me hace daño pensar que mi hermana y yo nos sintiéramos felices llevando ese tipo de vida, es algo que no acepto hoy en día. No sabía si nosotros teníamos la culpa y la verdad es que tampoco importa si era nuestra.

No sé cómo empezar a contar esta historia porque no es algo fácil para mí. Mi historia no es un cuento de hadas, pero da para una novela. No romántica en sí, mi vida era mucho más complicada, no solo una historia de amor. Lo que viví me marcó para siempre. Intentaré explicarlo lo mejor posible, más que nada por demostrarme que puedo hablar de ello sin guardarme nada.

Se podría decir que más que una historia de amor, esta novela es una confesión. Y será mejor que empecemos por el principio.

A mi hermano y a mí no nos faltaba de nada, lo teníamos todo. O eso era lo que creíamos entonces, pero con el tiempo entendí nuestras carencias. Realmente no teníamos nada. Lo entenderéis conforme avance la historia.

Seguimos en el primer punto, lo teníamos todo.

Nuestro padre era el fundador de una de las empresas informáticas más importantes, tanto a nivel nacional como internacional. Había logrado una gran fortuna con la venta de algunas patentes. Y había llevado a nuestra familia, con ello y en poco tiempo, a convertirse en una de las más ricas de Nueva York.

Nos convertimos en nuevos ricos y eso no fue nada bueno para nosotros. Éramos una familia normal antes de eso, mis padres trabajaban duro para que

no nos faltara de comer y, de repente, estábamos viviendo otra vida muy distinta, una vida de lujos, sin carencias.

Mi familia había triunfado, mi hermano se consideraba un triunfador y yo, por qué no, otra. Éramos dos hermanos, niño y niña, lo que mis padres siempre habían querido. Podría decirse que era otro éxito vas.

El dinero y el éxito llevaban a la fama dentro de esos altos círculos sociales y ahí estábamos nosotros. Los triunfadores.

Pero mi hermano y yo éramos muy diferentes. Él usaba su apellido y su estatus social para matarse así mismo. Lo siento, no puedo decirlo de otra manera porque era eso lo que hacía, autodestruirse. Yo, en cambio, moría por la moda, por las joyas, disfrutando de lo mejor gracias a lo que mis padres habían logrado.

Mi hermano era algo loco y muy despilfarrador. Los mejores coches, los que más corrían, era un adicto de vivir siempre al límite, sin pensar en las consecuencias. No le importaba poner su vida en peligro. Ni la de él, ni la de sus amigos que eran como él ni de esas mujeres llenas de silicona que siempre llevaba pegadas a su culo, como si él fuera un imán para ellas. Lo era y sabéis bien por qué.

Él vivía en su mundo, por y para él. Para él vivir era eso, disfrutar el dinero viviendo al límite, locura tras locura, como si fuera inmortal.

Su seguridad en la vida era que el dinero no le iba a faltar y creo que fue eso lo que lo hizo ser así, era ese dinero quien le creaba esa seguridad de que nada iba a pasarle o, que si le ocurría, el dinero podría solucionar todo en la vida. Se pensaba un Dios, sin darse cuenta de que por mucho dinero que tuviera, era un mortal más.

No era el único, la mayoría de los chicos de esa sociedad eran como él. Y para todos aquellos chavales que trabajaban duro cada día y aspiraban a algo mejor, a un sueldo mejor y no tan mísero, cuando veían a alguien como mi

hermano, pensaban que podrían convertirse en alguien como él. Que trabajando un poco más duro llegarían a convertirse en el famoso Colin Thompson. Mi hermano era, increíblemente, el ejemplo a seguir de muchos jóvenes.

Pero mi hermano no era eso. Mi hermano no había trabajado duro en su vida, lo que tenía no se lo había ganado con sus manos ni con el sudor de su frente. Lo ganó mi padre y fue más por azar que por otra cosa, por más duro que hubiera trabajado el hombre, pero era la realidad. Colin no era nada, no tenía ningún talento que lo hiciera especial. Es que ni su carrera la había conseguido hincando los codos. Era un abogado de mentira y tenía matrícula de honor y el título de abogado porque mi padre pagó cada uno de sus sobresalientes. Increíble, ¿no?

Pues así era.

Se consideraba a sí mismo un triunfador y no lo era. Él no había logrado nada en la vida, todo lo que tenía le venía dado, nunca demostró tener dotes para nada más que derrochar aquello que le llegó de rebote. Ni siquiera había demostrado, hasta ese momento, estar capacitado para hacerse cargo de la empresa familiar cuando mis padres ya no estuvieran.

No era tonto, la verdad es que era demasiado inteligente, pero para lo que quería. Y lo único que él deseaba y para lo que usaba su cerebro era para obtener placer. Vivía por y para el placer, fuera del tipo que fuera.

A mí me pasaba a veces también. Mi hermano y yo habíamos cogido un jet privado para cruzar el charco y plantarnos en París y hacerme con ropa de última moda antes que nadie. Una locura, mirándolo ahora, pero no voy a negar mi parte de culpa. En mi defensa tengo que decir que si no fuera por mí, que a veces le ofrecía a él algo de prudencia, mi hermano no habría estado con nosotros tanto tiempo.

Aunque mis caprichos fueran locos y yo era una compradora compulsiva,

no me ponía en peligro. Mi hermano era todo lo contrario, su vida siempre estaba en riesgo, creo que esa adrenalina de sentirse al límite era su mayor adicción. Pero no era la única que tenía. Las orgías que montaba, los coches que se compraba cada pocos días, si no era porque había destrozado el anterior era porque en una semana o un mes se le antojaba antiguo. Las fiestas y las drogas, sin importar día ni hora. En todo eso se gastaba la fortuna familiar.

A mis padres los traía por la calle de la amargura. Creo que fue cuando cumplió la mayoría de edad que decidió irse a Moscú y la razón era porque quería estar con una bailarina que había conocido en una de sus fiestas y que, como él literalmente dijo, era una pantera en la cama. Y solo por eso se le metió entre ceja y ceja mudarse allí, a Rusia, con ella. Desde ese momento, creo que mis padres supieron que mi hermano era un caso perdido. Nos dejó y se marchó y eso fue lo que provocó el inicio de la decadencia de mi hermano.

Mis padres podían haberlo evitado, haberlo intentado, pero ellos querían vivir tranquilos en ese sentido. A veces llegué a pensar que no se nos veía como hijos, como seres humanos. Que mi hermano y yo solo éramos dos pertenencias más de su enorme éxito. Igual que coleccionaban objetos inútiles en casa por ser de valor, que parecía aquello un museo, Colin y yo éramos dos piezas más de coleccionista para ellos.

Cuando Colin volvió de Rusia, sin dinero en sus bolsillos y, según él, con el corazón roto, me dijo que se quedaba a vivir conmigo. Yo vivía en un apartamento de uno de los edificios que mi padre tenía en propiedad. Pude conseguir que eligiera otro de los apartamentos del mismo edificio, pero conmigo no lo iba a acoger.

Aunque vivíamos en la misma planta, apenas lo veía. Intentaba desayunar con él para pasar un tiempo juntos pero cuando no había desaparecido con alguna siliconada, estaba en alguna fiesta, montándose una orgía o metiéndose

lo que no debía.

Era un caso perdido. Alcohol, drogas... Todo lo que ello acarreaba. Su destrucción era cuestión de tiempo.

Yo en esa época ni lo cuestionaba, la verdad es que no me parecía ni bien ni mal. Era su vida, allá él, que hiciera lo que quisiera, mientras a mí no me afectara... Y eso era muy triste, pero para mí él ya no tenía solución, solo seguir descendiendo hasta el infierno.

La visión que os enseñó de Colin puede parecer exagerada, pero no lo es. Lo quería mucho, pero no puedo negar que a veces me resultaba peor que el mismísimo demonio. E iba para el infierno.

Igual que la vida de mis padres, la vida de mi hermano estaba sobre una balsa que en cualquier momento podía ser derribada. Como lo estaba también la mía.

Con todo el dinero que quisiera y todos los caprichos del mundo, ahí estaba yo.

Siempre pendiente de mi físico: de que mis uñas estuvieran perfectas a cada hora. Aterrorizada porque me saliera una pequeña arruga, con lo que llamaba rápidamente al cirujano. El mismo cirujano que me retocaba mis pechos cada x meses para que siempre estuvieran perfectos.

Yo, siempre bien vestida, con ropa de las mejores marcas, de las más caras. Yo vivía por y para el espejo. Para eso y para viajar por Europa. Me daba igual ir sola o con alguna de esas que se hacían llamar amigas, pero... En ese mundo donde yo vivía, los amigos casi no existían.

Así vivía mi vida. Ni estudios, ni trabajo, ni nada más que dedicarme a mi físico y a la moda. No tenía que preocuparme por nada más, yo lo tenía todo.

O pensé que lo tenía...

Porque hoy en día creo que lo único que tenía era una enfermedad mental si no me daba cuenta de lo que hacía.

Podía tenerlo todo con dinero, como os dije antes, hasta los amigos se conseguían así, podía decirse que se compraban. Hasta los amantes...

Yo no lo hacía, en eso no me parecía a mi hermano. La verdad es que podía decirse que yo ni follaba. Ni sexo ni drogas, esa era la gran diferencia entre mi hermano y yo.

Mi adicción, por así decirlo, era mi cuerpo, yo misma. No había nada más importante que el que yo me viera bien y se me iba el dinero y la vida en ello. Nada ni nadie me importaba tanto como me importaba yo a mí misma. En ese momento, para que lo entendáis, es como si los orgasmos no valieran nada. Una buena joya, eso sí que era alcanzar el clímax y ningún hombre llegaría nunca a hacerme sentir mejor con el otro tipo de orgasmos. Así pensaba yo.

La gente, a veces, pensaba que Colin era mi esposo. Cuando nos veían juntos, comiendo en algún lado o tomando algunas copas, no sé por qué solían llevarse esa impresión. Nosotros, al saberlo, hasta lo provocábamos más para que lo siguieran pensando.

Pero la verdad es que mi hermano y yo no estábamos hechos para el amor. La soledad era nuestra mejor y más fiel compañera. Porque eso es lo que produce el dinero, lo entendí con el tiempo. El dinero es soledad.

Me costó verlo todo y me cuesta, ahora, mostraros toda la verdad de mi historia, pero creo que debo ser completamente sincera. Fue muy duro todo lo que viví y solo ahora me doy cuenta de todo el daño que nos hacíamos a nosotros mismos y, sin saberlo, a los demás.

Nunca me había importado realmente nadie, solo me importaba yo y lo bien que lucía ante el espejo. El mundo se podía ir a la mierda si quería, a mí no me importaba. A mi hermano solo le preocupaba sí mismo como a mí me preocupaba yo misma. Y se llevaba bien, eso no nos hacía sentir mal porque ahí estaba el dinero para llenar cualquier hueco de soledad.

Para poner un ejemplo de las locuras que hacíamos, tenía grabaciones

de mi hermano mientras se liaba un cigarro en un billete de cien dólares, lo encendía y se lo fumaba. Y yo me reía.

Como nos reíamos de todo.

Recuerdo que una vez, estábamos los dos en la habitación de un hotel de París. Yo no sé qué hizo mi hermano pero su whisky acabó derramado por todo el suelo, haciéndonos reír a los dos por la que había liado. Y yo, tan tranquila, me levanté y limpié lo que había manchado con mi último abrigo de piel, dejándolo después en el suelo sin importarme en absoluto. Eres era el valor que yo en realidad les daba después a las cosas.

Y mucha culpa de todo esto la tenía nuestra belleza, para qué mentir. Colin era muy apuesto, podía ser más guapo que cualquier actor de cine famoso e irradiaba magnetismo. Se había hecho un par de cirugías estéticas, una para definir aún más su mandíbula, haciéndolo lucir más duro y otra para engordar sus labios, dejándolo más guapo de lo que era de por sí.

Él no tenía reparos en hacerse retoques, bromeaba siempre con que se operaría de un alargamiento de pene y la verdad es que no sé si se lo llegó a hacer. No me extrañaría que lo hubiera hecho, Colin estaba algo loco. Si era capaz de conducir en la autopista, en dirección contraria, con tres mujeres desnudas en su coche, era capaz de otra locura como alargar su pene. De él me esperaba todo.

La verdad es que no puedo decir que me siente bien hablar del pasado, no es algo de lo que me sienta orgullosa hoy en día, pero prometí contaros la verdad.

Mi vida era algo caótica, pero me sentía dueña de mi destino. Porque mi padre podría pagar todo lo que yo quisiera, ¿quién iba a tenerle miedo al futuro con algo así? Sentía, como le pasaba a mi hermano, que el mundo era nuestro.

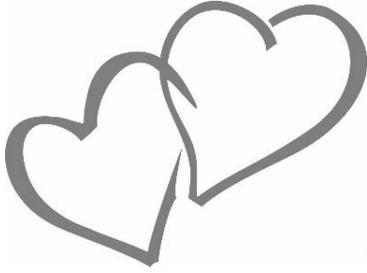
Colin y yo no éramos más que uno irresponsables, unos derrochadores y

dos almas que pensaban que el dinero lo era todo, eso era lo que nos unía. De lo único que estábamos orgullosos en la vida, además del dinero, era de que el resto del mundo nos importaba tres mierdas.

No éramos nadie, solo éramos basura. Esa es la realidad. Pero basura que desayunaba con cubiertos de oro, bebiendo en la porcelana y en el cristal más caro. No habíamos logrado nada, éramos como parásitos. Tampoco teníamos valores, no sabíamos apreciar nada.

Es muy triste hablar así, pero es la verdad.

Como es triste entender que lo que más amaba de la relación de mi hermano no era simplemente el hecho de que tuviéramos la misma sangre, sino que me hacía sentir superior muchas veces porque lo consideraba mucho menos que yo y me encantaba sentirme más y decirle, cada vez que podía: “Cuidado, Colin, juegas con fuego y te puedes quemar.”



Capítulo 2

No importa cuándo comenzó esta historia, podemos empezar con “fue un día cualquiera”, como podía haberlo sido otro. Para la gente como Colin y como yo que no hacíamos nada provechoso en la vida, el tiempo era diferente que para los demás. Para nosotros no existía el reloj ni el control.

Una mañana de ese día cualquiera en que todo comenzó, estaba yo en mi habitación. Durmiendo. Mi apartamento ya estaba limpio porque mi asistenta iba temprano, cada día, para eso. Pero no podía entrar en mi habitación, se lo tenía prohibido.

Era tarde, pero yo nunca me levantaba temprano. No es que hiciera grandes cosas por las noches o que durmiera poco, yo solía irme a la cama a una hora normal. Pero no sola, con mi botella de vodka que tenía que terminar o con cualquier vino que me apeteciera para acompañar el helado que se me antojaba mientras veía una película o porque me enganchaba a algún programa de televisión de esos tontos. Me daba igual, la cuestión es que nunca me conseguía dormir temprano.

Hablando de programas de televisión... Cada vez que veía a esas chicas con sus cuerpazos... Siempre quise ser una de ellas, salir por la tele con esos pantalones cortos, esos tops que les hacen unas tetas impresionantes, solo para estar ahí mientras me ven, sin moverme, sin hablar... Nada. Solo sonriéndole al mundo. La razón por la que no lo hice era evidente: yo no sabía sonreír. Ni mi hermano ni yo sabíamos hacerlo. Podíamos, sí, pero nos salía algo falso. Reír de verdad era algo imposible para nosotros, a no ser que fuera porque

queríamos conseguir algo, ahí sí que nos esforzábamos, incluso lo conseguíamos.

Además de que no supiera sonreír, tampoco quería trabajar. Otra de las razones por las que no podía ser azafata de la tele. Ni iba a trabar ni me gustaba madrugar. Mucho menos iba a dejar a una panda de tíos al otro lado de la pantalla deleitándose con mi cuidado y perfecto cuerpo, no, nunca. Era lo que más quería en la vida, a mi perfecto cuerpo. Incluso más que a Colin, por muy mal que suene. Pero mi cuerpo lo era todo para mí.

Dejando ese tonto tema de las azafatas...

Esa mañana el timbre de mi apartamento sonó. Abrí los ojos y estuve a punto de morirme por el dolor de cabeza que tenía debido a la resaca de vodka de la noche anterior. Volví a cerrarlos, iba a abrir la puerta quien yo sabía...

Pero el timbre sonó y sonó, como si quien lo pulsara estuviera desesperado porque le abriera. Un poco intranquila entonces, me levanté, dudando entre si abrir o llamar a la seguridad del edificio o incluso a la policía, tan asustada me tenía la forma de tocar el timbre.

Me había puesto una bata para tapar mi desnudez y empezaron a oírse golpes en la puerta, además de que no sé cómo no quemaron el timbre.

—Joder, ¡abre la puerta, maldición!

Puse los ojos en blanco cuando escuché su voz mientras me acercaba al portón. Era Colin. Abrí y me quedé con las cejas enarcadas cuando vi que no estaba solo, sino con dos agentes de la ley y el orden. Vamos, que lo traían dos policías. Miré a mi hermano y estaba con la cara blanca, daba miedo. Sudando, con las pupilas dilatadas y los ojos abiertos de par en par, como quien había presenciado algo que no debía.

En ese momento no necesitaba que los policías me dijeran qué ocurría, yo ya sabía qué había detrás de ese rostro tan demacrado.

—Buenos días, señorita. Nos lo hemos encontrado en la calle, tirado, no muy lejos de aquí. Apenas pudo levantarse —me informó uno de los agentes de uniforme que lo custodiaban.

—Entiendo... Soy su hermana, yo me encargo de él, no se preocupe. Lo siento si causó problemas —dije con toda la educación que pude.

—Nos dijo que vivía en el piso de enfrente, pero como no podíamos dejarnos solos, nos hizo saber que usted vivía aquí. Entienda que debería de realizarle un test para drogas, pero viendo de quien se trata... Lo dejaremos pasar por esta vez —dijo el otro policía, negando con la cabeza.

—Gracias, son muy amables. Gracias por no hacerle el control, les prometo que no volverá a ocurrir. Si mi padre se enterara... —dije con pena.

—Por eso no lo haremos, pero cuando esté en sus cabales —se refería a mi hermano—, hágale saber que si lo volvemos a encontrar en un estado o situación similar, no podremos dejarlo pasar.

—Se lo diré.... Pero esperen un momento —dije mientras corría hacia dentro de mi apartamento.

Rebusqué en el perchero, en uno de mis bolsos hasta que encontré lo que estaba buscando. Mientras tanto, Colin entró en el apartamento, arrastraba los pies y vi cómo se dejaba caer en el sofá. Sin decir ni media palabra.

Me acerqué a los agentes de nuevo.

—No es necesario, señorita —dijo uno de ellos cuando le entregué lo que había estado buscando.

—Insisto, cójanlo —se lo ofrecí de nuevo.

—Pero no tiene por qué hacer eso —insistió.

—Por favor... Miren, aquí abajo, dos números más arriba hay una juguetería con cosas preciosas. Les pueden llevar algo bonito a sus hijos, seguro que les encanta —sonreí.

—Gracias, señorita —dijo el otro, sonriendo y avergonzado, pero

cogiendo el puñado de billetes que les di—. Es muy amable.

—Gracias a vosotros —me despedí cuando los vi marcharse de allí, andando apresuradamente, respiré por el alivio al verlos entrar en el ascensor.

Como podéis ver, todo el mundo tiene precio y yo, como mujer con dinero, lo sabía muy bien. Incluso los hombres de la ley lo tenían, no era la primera vez que les daba una “propina”, ni tampoco sería la última. Porque no sería la última vez que traerían a mi hermano a la puerta de mi casa por habérselo encontrado tirado en la calle. O cosas peores.

Cerré la puerta y fui hasta donde estaba Colin, iba dispuesta a decirle un par de cosas bien dichas pero, como siempre, se me adelantó. Y no lo hizo, precisamente, en un tono muy amigable.

—¿Ya se fueron los dos gilipollas eso? —habló de ellos con desprecio, escupía las palabras.

—No tienes que insultarlos, deberías agradecerles que han hecho la vista gorda contigo, te has librado por esta vez.

—¿Que me he librado de qué? De nada, porque lo máximo que hubiera pasado es acabar en comisaría y que tuvieras que ir allí a sacarme. O papá — se encogió de hombros.

—No por ello debes de caer una y otra vez en lo mismo. Se han portado bien contigo, te han traído a mi casa y han ignorado el tema pudiendo tener problemas por ello. Deberías de ser más agradecido —insistí. Era lo que pensaba, no era tan desagradecida como mi hermano.

—No sé por qué los defiendes, no son nadie. Mejor me voy a dormir que me hace falta.

—No, no necesitas dormir. Lo que necesitas es explicarme qué estabas haciendo tirado en la calle, a la vista de todo Manhattan.

—Nada, hermanita, solo me dormí.

Y lo decía así, tan natural... Terminó la frase y empezó a reírse a

carcajadas, su vida parecía que no le importaba nada y es que era así, le importaba una mierda. Yo sabía que a mí, a veces, me escuchaba, pero eso no significaba que me hiciera caso. Y yo tampoco es que fuera un ejemplo que seguir.

—Colin, las cosas tienen que cambiar, no puedes seguir así.

—Ay, la pija se me pone en modo madre —resopló.

—No sé por qué me tienes que insultar.

—¿Por llamarte madre o por pija?

—No, por el tono. Que use ropa de marca no quiere decir que por eso no me importe mi propio hermano, más aún cuando una pareja de policías me lo trae a casa y parece un despojo humano.

Mirándome, se sentó bien en el sofá, estaba como había dicho, era un despojo. Sudaba a mares, temblaba y se notaba que ni cuenta se daba. De su boca caía un hilo de saliva... Daba fatiga verlo. Así estaba Colin.

—¿Quieres que te diga, hermanita, cuál es tu problema?

—A ver, sorpréndeme...

—Tu problema es que no tienes ni idea de cómo divertirte, ese es tu mayor problema y te molesta que yo sí sepa hacerlo. Y que lo haga.

—Aja...

Estaba provocándome, quería pelea y me estaba buscando la lengua. Me daba pena decirle las verdades cuando estaba en ese estado, con esos ojos ensangrentados que parecían mirar, pero yo sabía que ni me veía en ese momento, el pelo hecho un desastre, la ropa sucia y arrugada.

—Así que ese es mi problema. Yo no sé divertirte. ¿Sabes? Puede ser que sea así, pero no lo veo tan grave, para grave ya está el tuyo, hermanito.

—¿Ah sí? ¿Y cuál se supone que es mi problema?

—No se supone, Colin. Tu problema es evidente, se llama cocaína.

Mi hermano se quedó sin saber qué decir, se quedó como en la inopia,

pensando o lo que fuera que pudiera hacer alguien drogado hasta las cejas, porque dudaba que pudiera pensar en ese estado. Lo que dije era la verdad y ambos lo sabíamos. Era adicto a las drogas, tenía un gran problema con la cocaína.

Mi hermano no era el de siempre desde hacía muchísimo tiempo por culpa de las drogas. Con él había compartido muchos momentos. Con él me había sentido acompañada en la soledad. Pasaba las horas junto a él mientras nuestros padres no estaban, jugábamos, hablábamos... De todo. Entre nosotros había confianza.

Sabíamos, con solo mirarnos, que nuestra vida iba directa a un precipicio y que no podíamos hacer nada por cambiarlo, pero estábamos ahí, el uno para el otro.

No hacíamos nada por nosotros mismos, pero sí por el otro.

Y ese hermano con el que tanto tiempo había compartido ya era pasado por culpa de las drogas.

Lo miré a los ojos y suspiré.

—Necesitamos un café. Dúchate mientras, en la habitación de invitados tienes ropa tuya —me sentía cansada de verlo así, fui a darme la vuelta para ir a la cocina.

—Hermanita...

Me giré de nuevo y lo miré.

—Dime...

—Te quiero. No sé qué haría sin ti.

—Dios... No tengo ganas de bromas, Colin, a ver si comienzas a hablar en serio de una jodida vez.

—No bromeo y no sé por qué te enfadas. Tú también me quieres, yo lo sé, hasta puedo decir que soy la única persona en el mundo a la que quieres.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso?

—Porque lo sé.

—No tienes ni idea de lo que siento y te asustaría saber lo que estoy sintiendo desde que abrí esa puerta.

—Dímelo, ¿es asco? Porque si es así, me lo dices ya y me voy de aquí.

—A mí no me vengas con amenazas, eso primero. Y la palabra asco la has dicho tú. Si sintiera eso por ti, te aseguro que no habría dejado que entraras en mi casa. Deberías de pensar un poco antes de abrir la boca porque tus idioteces no me hacen demasiado feliz.

—Pensé que los pijos tendrían un lenguaje más limitado —dijo metiéndome conmigo y el Karma lo castigó, haciéndolo toser. Y también me debió de castigar a mí cuando lo hizo vomitar. En mi preciosa tarima. Joder, qué asco...

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupada.

—Sí. Lo siento. La cena de anoche me dejó el estómago mal, no he podido controlarme.

—La cena, sí... —sobre todo eso— Vete a la ducha, llamaré para que vengan a limpiar esto mientras preparo el café —suspiré.

Me hizo caso, menos mal. Cuando vi que llegó bien al baño, llamé para que el servicio de limpieza del edificio viniera rápidamente y fui a preparar el café.

Puse la cafetera en funcionamiento y abrí la puerta cuando el timbre sonó, era el personal de limpieza. Dos chicas con un carrito lleno de producto se dedicaron a limpiar el desastre de Colin en mi tarima, preparé mientras las dos tazas de café, pagué a las chicas cuando se fueron y me senté a la mesa de la cocina a esperar que mi hermano apareciera, mientras, me perdí en mis pensamientos.

—¿En qué estás pensando? —levanté la cabeza cuando la voz de Colin me interrumpió. Tomó asiento frente a mí y bebió de su café.

—No sé, en nada, solo estaba ensimismada —bebí un sorbo del mío—. Muchas veces me quedo así, pensando que no tengo nada en lo que pensar.

Era mentira lo que le estaba diciendo, pensaba demasiado, ser frívola no significaba que las cosas no pasaran por mi cabeza. Muchas veces tenía miedo, me daba miedo perder a mi hermano, para mí era mi única familia. Con mis padres no es que pudiera contar, ellos en su mundo, con pagarnos las facturas pensaban que estaba todo hecho. Así que solo tenía a Colin y con el ritmo de vida que llevaba, me daba miedo perderlo. Si él no cambiaba, eso iba a ocurrir muy pronto.

—En realidad tengo miedo —confesé.

Vi la sorpresa en sus ojos. Estaba muy guapo en ese momento, con su pelo mojado, arreglado, no como había venido hacía un rato.

—¿Miedo de qué, Megan?

—Vaya... Hacía mucho que no usabas mi nombre.

—Bueno, alguna vez tengo que hacerlo, lo de pija ya me aburre. Megan es tu nombre, aunque no me guste, no es un nombre para ti.

—¿Y por qué no?

—Porque no te pega. Y dime, Megan, ¿qué te da miedo?

—Tú... Tengo miedo de perderte, Colin.

—¿Perderme? Estoy aquí, no iré a ningún lado.

—Espero que así sea...

Él sabía muy bien a lo que me estaba refiriendo, pero prefería evadir el tema. Sabía, por su mirada, que veía el mismo miedo que yo. Que una de esas mañanas, unos agentes como los que lo dejaron en mi caso un rato antes vinieran a buscarme para decirme que lo habían encontrado muerto. ¿Cómo no tener miedo a eso? Y por lo que vi en sus ojos, él también lo temía.

—¿Cuánto hace que no hablas con papá? —preguntó tras carraspear, evadiendo el tema, como yo bien sabía.

—Pues bastante, pero mis cuentas siguen igual, no faltan los ceros.

—En las mías tampoco, eso bien.

—Pues sí... ¿Un poco más de café?

Colin se me quedó mirando para mirar después a la nada, no me respondió.

—¿Y con mamá? ¿Desde cuándo no hablas con ella?

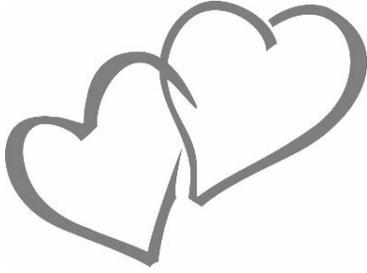
—Mucho, Colin, hará meses que no hablo con ella, no sé de ella. Nunca nos ha importado eso ni a ti ni a mí, ¿por qué te interesa ahora? Tampoco es que nosotros le intereseamos mucho, hermano... No sé a qué viene esa curiosidad ahora.

—No es por nada... Solo intentaba hablar.

Pero yo sabía que estaba mintiendo. Vi cómo derramaba una solitaria lágrima, me callé y le llené su taza de café de nuevo.

—Te pega el nombre de Alice, es el que me ha gustado siempre para ti. Pero.... Parece que en la vida no se puede conseguir todo lo que uno quiere.

Seguí en silencio y lo dejé refugiarse en el suyo. Esperaba que saliera de ese estado muy pronto.



Capítulo 3

—Creo que no quieres a Colin, papá... Y a mí tampoco me quieres.

—No sé por qué piensas eso, Megan, yo nunca dije algo así.

—Se te ve en los ojos, en los tuyos y en los de mamá.

—No molestes, hija, por favor. Deja ya la tontería, anda.

Esa conversación la revivía una y otra vez en mis sueños y me solía despertar de madrugada, con ansiedad. Me levantaba de la cama y me iba al salón y, aunque ni yo misma me lo creía, lloraba como si fuera esa niña de las pesadillas.

Y odiaba ponerme así y no saber controlarlo.

Lo que más odiaba de todo era soñar con ellos, con mis padres. Por más que los odiara, por más que sintiera que mi hermano y yo no éramos nada para ellos, eran quienes mantenían mi nivel de vida, gracias a ellos tenía toda la clase de lujos, todo lo que quisiera, el dinero me sobraba. Después de mi hermano y de mi propio cuerpo, lo que más amaba en la vida era el dinero y el estatus social que me daba.

Pero no podía evitar llorar. Lloraba porque aunque no lo quisiera admitir, todo eso me afectaba más de lo que demostraba. Muchas veces había deseado tener el amor de mis padres, pero ni todo el dinero del mundo lo habría podido comprar. Seguía pensando que ellos cambiarían y que Colin y yo conseguiríamos eso, aunque tardara, pero conseguiríamos que nuestros padres nos quisieran.

Tenía la suerte de poder viajar a cualquier lugar del mundo y lo estuve haciendo desde siempre, nunca me había privado con eso. No me importaba si lo hacía con mi hermano o con Colin. Pero aunque creía que eso me podía ayudar a evadir mi mente, la verdad es que no era así. ¿Por qué lo seguía haciendo? Porque mientras viajaba, pensaba que yo era otra mujer diferente, esa de la que quería huir, esa que tenía otro tipo de vida, pero era pasajero, la realidad volvía a darme en la cara. Muchas veces había pensado en marcharme y convertirme en esa otra mujer que tanto deseaba, pero eso significaba no tener acceso a la fortuna de mis padres y el precio a pagar era demasiado alto. Las joyas y todo lo que conseguía sin sacrificio pesaban más que mi mente al final.

Otra cosa que no me gustaba de mí misma era que jodía todas las posibles relaciones amorosas que pudiera haber en mi vida. No sabía qué me pasaba con los hombres, pero aunque podía acostarme con ellos, me parecían siempre poca cosa para mí. Tenía una imagen de mí misma muy elevada y ponía el nivel muy alto, ellos nunca llegaban a alcanzar los estándares, pero pasábamos un buen rato. Resumiendo, los usaba para el sexo, como un kleenex, usar y tirar.

Pero llegó un punto en el que ni eso me llamaba la atención, ya no me llenaba y se terminó esa necesidad de sexo por sexo. ¿Quién necesitaba a un hombre? Tenía consoladores, no daban problemas, los hombres sí, porque no me llegaban ni a la suela de los zapatos y solo daban problemas.

Daba igual si eran musculados, si eran unos Ken, si eran cultos o no... Para mí seguían, todos, siendo insuficientes. Así era como me sentía y aunque no me gustaba, no quiero juzgarme por ello, aunque entiendo que quien me lea o quien haya sufrido algunos de mis desprecios en ese sentido, lo haga.

Pero yo era inalcanzable, porque así lo decidía, para todos ellos.

Cuando vi a Colin esa mañana llorar, cuando los policías lo trajeron a mi

casa, sentí que él también guardaba mucho en su interior. Seguramente se sentía tan atrapado en ese mundo como yo. Me dolía verlo así, porque aunque sabía que él se lo había buscado, su adicción no era fácil. Era su forma de huir de la realidad y de tapar todo aquello que le hacía daño. Era mi hermano y lo quería. Como ya dije antes, realmente era la única persona que tenía en el mundo.

No podía decir que tuviera amigas. Ellas solo existían y estaban cerca porque tenía dinero. Sí, nos reíamos y nos divertíamos, pero a la hora de la verdad, ¿con quién contaba? Solo con mi hermano, porque ni con mis padres podía hacerlo.

Yo tampoco me había preocupado en forjar amistades, por así decirlo. Yo solo hablaba y me preocupaba por mi cuerpo, por mis operaciones, por lucir como quería y si tenía que hablar de algo... ¿Para qué meterme en temas profundos? Lo mío era la moda y los chismes de sociedad. Si esas conversaciones pasaban en una terraza de un lujoso restaurante donde mi tarjeta de crédito desembolsaría después un buen dinero, a esas amigas no les importaba en absoluto mi frivolidad. Pero si no tenía dinero... Iban a correr rápidamente de allí.

Es triste decirlo, pero es la verdad.

No sé si en realidad yo estaba al tanto, mientras lo vivía, de lo falso que era ese mundo y si era así, no me importaba en lo más mínimo. Tenía un buen ancla al que agarrarme: mantener mi cuerpo perfecto. Por lo demás no me comía demasiado la cabeza.

Mi hermano, sin embargo, sí tenía claro, y siempre lo decía, que ese mundo era una falsa. Supongo que por eso cayó en ese pozo tan hondo y negro. No es excusa, pero sí puede llevarte a ello si no sabes gestionarlo.

Volviendo al momento que vivía entonces...

Intenté, desde el momento en que los policías dejaron a mi hermano en mi

casa, que se mantuviera allí, en mi apartamento o en el suyo. Me daba miedo que saliera de nuevo, así que prefería mantenerlo conmigo. Era imposible hacerlo por el día, pero en la medida de lo posible, controlaba sus salidas. Y, por las noches, cenábamos los dos juntos, ya fuera en su casa o en la mía.

No me quería separar de mi hermano, me daba miedo lo que pudiera pasarle.

La noche antes en que me trajeran a Colin borracho como una cuba, habíamos estado hablando sobre mis padres y nuestra vida. Quizás todo eso había tenido que ver en el estado que lo encontraron. Para Colin, la indiferencia de mis padres le hacía mucho daño y no hacía falta que me lo dijera, lo conocía muy bien. Lo veía en sus ojos.

—¿Has hablado con papá estos días? ¿O lo has visto? —me preguntó esa noche.

—No, te dije que no. No los veo desde hace mucho, Colin, no sé por qué me lo vuelves a preguntar.

—No sé, tonterías mías....

—Tonterías por las que te come la cabeza... Suéltalo, anda.

—Es que... No sé... No te lo vas a creer, pero los echo de menos.

—¿A nuestros padres?

—Sí... No me gusta nada de decirlo, pero los echo de menos cuando no están.

—Nunca están y nunca estuvieron, Colin —dije con sinceridad.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —me hice la tonta...

—¿Los echas de menos?

—Supongo que siempre lo hicimos y siempre lo haremos... —suspiré—
Pero ellos son como son.

—¿Y si se lo dijéramos, crees que cambiarían?

—¿A estas alturas? Ni creo que tú y yo podamos decirles algo así porque tenemos la certeza de que les importamos una mierda... Ni creo que, aunque les dijéramos nada, les importaríamos más.

—Sí... No sería fácil reconocerles algo así.

—No creo que sea por vergüenza. No sé tú, pero no yo, no es por eso. Si no se lo digo es por sentir miedo, Colin.

—¿Miedo a qué?

—No sé explicarlo, pero sería como que eso me ataría más a ellos y no quiero eso para mí. Mientras no me falte el dinero, podré seguir adelante. Me he convertido en lo que soy y mi estilo de vida necesita de mucho. Yo no voy a poner en peligro eso por hablar de sentimentalismos con los que no sepan lidiar.

—¿Pero los echas de menos?

—Sí, sí lo hago. Pero no voy a decirlo. ¿Para qué? No soy tan masoquista.

—Tienes nariz de ratoncilla —dijo de repente.

—Y tú eres idiota. Porque hablando de esto solo consigues que me enfade. No me gusta reconocer que los echo de menos porque no se lo merecen. Porque sé que son mis padres, si no... A veces siento que soy huérfana, sabes que no hicieron bien su trabajo y por eso mismo me cuesta reconocerlo.

—¿Los odias, verdad?

—Pues no sé si llego a tanto, pero no te voy a decir que he tenido una familia de lo mejor porque no es así y tú lo sabes bien. Son nuestros padres, pero no han ejercido nunca, Colin. Solo te tengo a ti... Como tú a mí.

—Al menos nunca nos faltó nada... Y no te quejas por tener dinero para regalar, hermana.

—¿Me estás criticando?

—No, no lo estoy haciendo y yo he actuado como tú. Solo es que, a veces, creo que somos hipócritas, Megan. Los criticamos a ellos, no los perdonamos

por no ser padres, pero bien que nos gastamos su dinero, es algo falso, ¿no crees? Y lo hacemos los dos, tú y yo.

—Como si el dinero lo fuera todo, Colin, no seas cínico. El dinero solo nos ha arruinado la vida y los dos lo sabemos bien. Pero sí, en parte tienes razón porque no renunciamos a él, preferimos sentirnos solos y vacíos...

—Habla por ti.

—No, hablo por los dos porque tú actúas igual y lo sabes. Al menos yo te digo lo que pienso sin filtros, pero tú eres quien más los echa de menos y quien peor lo lleva y tampoco has dicho nada ni les has pedido explicaciones. Porque sabes que si hablas, te cierran la cuenta corriente, así que te callas y te hundes en la mierda de la droga.

—Y tú en tus mierdas —dijo con rabia.

—Sí, pero no me destrozo como tú.

Sabía que me había pasado, pero es que era la verdad.

—Prefiero pensar que les importamos algo —dijo eludiendo el tema de su adicción y siguiendo con el de mis padres, se notaba que le afectaba mucho.

—No sé si le importamos o no, la verdad, a estas alturas tampoco es que me importe. Nunca lo han demostrado... No me gusta vivir de ellos, pero lo hago. Y en lo demás creo que es mejor no pensar.

—Pero piensas en ello aunque lo quieras ocultar, Megan... Y a mí me duele pensar que no seamos más que un estorbo en sus vidas.

—¿Un estorbo? Creo que esa definición se queda corta, les hemos jodido la vida.

—¿Eso crees?

—Sí, porque somos unos incordios diarios. Solo hemos servido para aumentar su colección. Una cosa más que hacían bien, tener hijos. No sé cómo explicarme.... No eran así cuando éramos pequeños, no tanto... Pero hay que reconocer la verdad: nunca nos han querido, tenemos que vivir con ello.

—Gracias que te tengo a ti, Megan, porque si no... Aquel día... —por el tono de su voz supe a qué se refería.

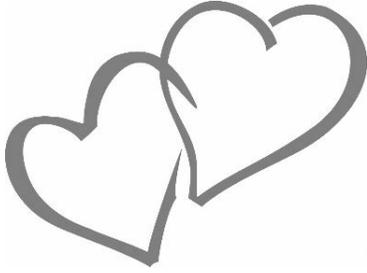
—No quiero hablar de eso, Colin.

—Se me vino a la mente...

—Pues olvídalo. Deja eso enterrado, como ha estado hasta ahora.

—No puedo olvidarlo.

—Lo sé... Yo tampoco, pero sí mantenerlo bajo llave en el fondo de mi mente. Así que haz lo mismo.



Capítulo 4

Me quedé en la cama al despertar, no tenía ganas de levantarme. No me encontraba muy bien, estaba como asqueada con todo. Después de hablar de mis padres con Colin, las sensaciones me apabullaban. Siempre me había sentido excluida por mis padres y no me gustaba hablar del tema porque así lo sobrellevaba mejor. No era fácil ser consciente de que le importas una mierda a los seres que te dieron la vida, nunca es fácil admitir algo así, por mucho que sepas que es cierto. Los había justificado de todas las maneras posibles, pero llegó un momento en el que me di cuenta de que no había justificación. No es que fueran solo fríos o no tuvieran tiempo para nosotros. Es que no querían tener tiempo para nosotros ni les nacía darnos el cariño que necesitábamos. Para ellos, con mantenernos, ya tenían todo bien hecho.

Y no era así.

El dinero no podía comprarlo todo en la vida, incluso yo era capaz de ver eso. Aunque a veces podía crearte una venda en los ojos, esta terminaba cayendo y mostrándote la realidad de las cosas.

Yo tardé mucho en verlo, pero lo hice. Ojalá me hubiera dado cuenta antes. Pero de verlo a actuar en consecuencia, también hay un gran trecho.

Un poco cansada de darle vueltas al mismo tema, me levanté, dispuesta a tomar un largo baño. La bañera llena, las sales de baño haciendo su efecto en el agua y llenando el ambiente de un maravilloso perfume... Eran los ingredientes perfectos para quedarme allí un buen rato, disfrutando del agua

caliente en la piel.

Y, sobre todo, indispensable para calmar mi mente y darme una tregua con esos pensamientos.

Salí y con mi albornoz puesto, fui a prepararme una taza de café.

Sentía, mientras lo bebía, que mi vida había llegado a un punto en el que necesitaba cambiar sí o sí. Y yo tenía que hacer ese cambio.

Me sentía acorralada entre tarjetas de crédito y superficialidad, quería convertirme en otro tipo de mujer. Ver cómo Colin caía cada vez más y ver cómo iba pasando el tiempo y yo seguía en el mismo plan era algo que no me gustaba.

Necesitaba algo. No sabía qué, pero sí que lo necesitaba.

Había pensado en eso más de una vez, pero nunca como esa. Era diferente, no era solo un pensamiento, era una necesidad de darle un propósito a mi vida. Una necesidad por sentirme realizada de una vez.

No por ello renunciaría al dinero de mis padres, era egoísta, pero a saber si las cosas saldrían como yo quería. Aun así, tenía que ponerme normas o... ¿Cómo decirlo? Obligaciones. Necesitaba, en principio, reglas, una rutina que seguir, acostumbrarme a no vivir a mi aire y sin un horario para nada.

Era hora de hacer y de sentir algo diferente.

Quizás emprender... No sería la primera ni la última mujer con dinero que se arriesgara a montar un negocio propio, ¿no? Seguro que una vez que lo tuviera me sentiría más realizada e independiente, sobre todo porque nunca había experimentado, de verdad, eso.

Mis padres me habían hecho creer, como a mi hermano, que no podíamos lograr nada en la vida, incluso comprando títulos universitarios para hacernos ver que ni nos hacía falta ni había que esforzarse. Pero todo lo que hacían era porque ellos pensaban que no sabíamos hacer nada, creían que éramos inútiles.

No lo éramos, pero tampoco habíamos querido nunca demostrar que éramos capaces de las cosas. Es nuestra burbuja vivíamos bien.

Hasta ese momento, al menos para mí.

En ese momento recordé la conversación con Colin, sabía que a él tampoco le gustaba el tipo de vida que llevaba y que no sabía cómo pedir ayuda, pero el primero que tenía que ayudarse era él mismo.

Yo lo había ayudado siempre, jamás lo había dejado en la cuneta. Ni siquiera cuando ocurrió aquello... Eso de lo que yo no quería hablar, pero que me acompañaba cada día de mi vida. El secreto de Colin que yo muy bien de Colin.

Y la mañana que abrí la puerta y lo vi venir con dos agentes de la ley, recordé muy bien ese momento que siempre quería olvidar, ese secreto que me llevaría a la tumba conmigo.

Ya había pasado antes por eso. Ya Colin había aparecido en mi casa de noche, custodiado por dos policías, pero el fatídico día no fue por estar drogado en la calle, sino porque mi hermano había atropellado a alguien mientras conducía bajo los efectos del alcohol y las drogas y el pocas luces se había dado a la fuga. Y lo habían pillado.

Lo dejaron allí porque logró que nuestro abogado pagara su fianza hasta que se celebrara el juicio.

Ese hombre murió, lo vimos en las noticias televisivas. Desde ese momento, juramos que sería un secreto entre nosotros. Yo jamás delataría a mi hermano y ver cómo sufrió fue suficiente castigo para mí.

Tuve pesadillas, ni qué decir Colin. Fue desde entonces cuando se hundió más en ese pozo del que parecía no poder salir. Y aunque yo esperaba que ese accidente lo podía hacer recapacitar, la realidad fue que solo consiguió hacerlo un hombre con menos miedo. Menos miedo a la muerte, un hombre que se jugaba más la vida con sus locuras.

Sabía que la vida de mi hermano no era fácil. Él podía ahogar sus miedos y todos sus problemas en esas sustancias, pero cuando estaba lúcido, todo le caía encima. No sabía cómo él era capaz de vivir con la muerte de un hombre en su conciencia, me afectaba a mí por haberlo encubierto, no podía ni imaginarme qué era lo que sentía él. Se debía de sentir como lo peor.

Como para consumir drogas, seguramente... Aunque no es el camino ni es excusable, pero sería la única salida que le vio a su patética vida.

Nuestra vida era así, patética. Teníamos una vida de mierda. No sabía cómo soportábamos eso día a día. Estaba segura de que si le quitaban las drogas a mi hermano y a mí la cantidad de pastillas que tomaba para dormir, acabaríamos suicidándonos.

El secreto de Colin jamás se lo contaría a nadie, sabía que hacía mal, pero era mi hermano. Mis padres nunca supieron nada, con dinero hasta a ellos pudimos ocultárselo. Los abogados eran leales a los billetes, nada más y nos aprovechamos de eso. Con una buena cantidad, el abogado de mi padre mantuvo la boca bien cerrada.

Y el dinero fue lo que pagó que mi hermano saliera impune de todo eso. El dinero que se le dio a la familia de la víctima hizo que no llegáramos a vernos en los tribunales.

Triste, habían perdido a un ser amado, pero logramos convencerlos de que podrían perder aún más. No era la manera correcta de actuar, pero... Mi hermano estaba antes, dejamos que nuestro abogado usara las triquiñuelas que quisiera mientras eso nos llevara a Colin y a mí, porque me incluía en todo eso, a ganar.

Éramos dos seres de mierda, sí.

Yo intentaba dejar todo eso que me pesaba en la conciencia detrás, mantenerlo como un recuerdo que tenía que estar bajo llave en una caja fuerte de mi mente que no podía abrirse más, pero, como era lógico, eso no era

posible. Eso estaba ahí, en mi conciencia, de por vida, haciéndome sentir lo peor.

Y ese día en el que había decidido que tenía que cambiar mi vida, ese peso que llevaba sobre mi conciencia tenía mucho que ver.

Me arreglé y salí a la calle, nerviosa por estar en casa, dándole vueltas a la cabeza por mi mierda de vida. El aire me vendría bien, necesitaba poder respirar porque en casa sentía que me estaba ahogando.

Caminé mientras pensaba en que necesitaba darle un sentido a mi vida, algo de orden. Tenía que ser otro tipo de mujer, la superficial ya no tenía cabida en mí. Los remordimientos cada vez eran peores y yo cada vez me sentía peor conmigo misma. La verdad es que me odiaba, me daba asco ser como era.

Seguramente el asco que os doy a vosotros en este momento.

Tenía que cambiar, tenía que hacerlo de una vez por todas.

—Perdón... Se le cayó esto... —me giré cuando me agarraron del brazo, esa voz pertenecía a un chico con una sonrisa hermosa, me dejó sin palabras. Lo que se me había caído eran las fundas de mis gafas de sol, seguramente al meterlas en el bolso se cayeron y ni cuenta me di.

La verdad es que me quedé un poco en blanco, mirándolo. Cuando reaccioné, pude contemplar los ojos más bonitos que había visto nunca, grises... Un escalofrío me recorrió el cuerpo, hacía mucho que no me ocurría nada así. La verdad es que creo que nunca me había ocurrido algo como eso.

—Es suyo, ¿no? —seguía sonriendo y yo iba a comenzar a babear, tremendo ángel tenía delante de mí.

—Eh... Sí, gracias... —no babeé, pero sí que tartamudeé.

—¿Se encuentra bien? —cogí la funda de las gafas y lo miré a los ojos, normal que estuviera como “preocupado”, si es que yo aún no era capaz de reaccionar.

—Sí, sí —me puse del color de la grana.

—Me alegro —de nuevo esa sonrisa, ¿alguien cerca con un babero?, por favor.... —Mi nombre es Liam —extendió su mano y la agarré para saludarlo, el problema es que a mí me temblaba todo, ¿pero qué me pasaba con ese chico?

—Yo soy Megan —menos mal que eso lo pude decir sin tartamudear...

—Encantado de conocerte, Megan. ¿Eres de aquí, de Manhattan?

—Sí —no sabía si estaba pareciendo idiota, pero es que no me salían las palabras con normalidad, tan atontada me había dejado ese rostro.

Él me hablaba con un amabilidad que no era muy normal en la gente de allí, además, desprendía una alegría contagiosa. Eso me llamaba mucho la atención. Cualquiera otra persona me habría dado la funda sin más, en el más puro silencio. Incluso estaba la posibilidad de que ni se hubiera agachado para recogerla y dármela, pero él no solo lo hizo, sino que con esa alegría, se presentaba. Y me estaba dejando atontada, por no contar con que era guapísimo.

—Megan, toma mi tarjeta —sacó una de su cartera y me la ofreció, la cogí rápidamente—. Hace poco que he montado un restaurante en esta calle, es aquel de allí —dijo señalando a un restaurante que, por lo que podía ver, se llamaba Dalmore—. La inauguración será el viernes por la noche, espero que vengas —me guiñó un ojo.

—Oh... Gracias —dije sorprendida.

—Espero no estar siendo demasiado atrevido, pero me encantaría verte por allí —su voz sonó diferente y no sabría explicar por qué.

Con esa sonrisa en su cara de nuevo, tras otro guiño de su ojo, se alejó, dejándome allí, con la funda de las gafas en mis manos y admirando su trasero

mientras se alejaba.

Me había quedado más que atontada y seguro que estaba como un tomate, me notaba el calor en la cara. No podía creerme que me estuviera pasando eso a mí, con lo lanzada que era con los hombres, la vergüenza no era lo mío. Y, sin embargo, este...

Me quedé mirando cómo desaparecía de mi vista y ya mi mente empezó a preguntarse quién era, si tendría novia o mujer, qué sería de su vida...

Cuando pude reaccionar puse los ojos en blanco, me había comportado como una niña de quince años, para matarme...

Seguí caminando cuando salí de mi atontamiento y fruncí el ceño cuando pude centrarme en la realidad de las cosas. Sería muy guapo, muy amable y muy simpático, pero era un pobre mortal más, el dueño de un bar más, podía decirse que era uno más de esos fracasados que intentaban hacerse ricos con un negocio, pero las cosas no funcionaban con tanta facilidad. Podía conseguirlo, sí, pero no era lo normal.

No tenía ni por qué aceptar la invitación, no era nadie importante. Yo sí, era una de las mujeres con más fortuna del país. Bueno, mi padre era uno de los más ricos, pero eso me convertía a mí en lo mismo.

Yo no asistía a eventos así, no de fuera de mi círculo. Y quería cambiar, ¿pero tenía que empezar por ese cambio tan radical?

A lo mejor sí... A lo mejor, lo que necesitaba para comenzar mi nueva vida era hacer algo así, salir de mi círculo y ser una mortal más, relacionarme con ese tipo de gente. Si no, nunca dejaría de ser una pija snob.

Afirmé mentalmente, dándome la razón.

Además, tampoco me vendría bien ver en qué clase de mundo se movía, cómo eran sus amistades. El chico no estaba nada mal...

Entré en mi tienda de ropa favorita, bastante exclusiva, me encantaba comprar allí. Quería echar un ojo a los últimos modelos, quizás viera algo

para ponerme el día de la inauguración, porque ya había elegido ir. Así era yo, lo mismo pensaba que negro que en un momento me iba al blanco.

La culpa, esta vez, era de ese chico de ojos grises que casi me hace babear e imaginarme cómo sería agarrarme a esa media melena revuelta cada vez que...

Carraspeé, no era momento para pensar en eso.

Pero es que me había encaprichado con él, por muy perdedor que lo hubiera considerado. Iba a ir a la inauguración y mi ego ya hacía acto de presencia al saber que sería la sensación esa noche, porque iba a comprarme un vestido que me hiciera lucir bien mi cuerpo, quería demostrarle a Liam que como yo, nadie. Era tonto, pero era lo que sentía en ese momento. Seguramente, para él solo sería alguien más a quien le daba su tarjeta y la invitación, pero para mí no. Ya era mi oportunidad de sacar mi lado vanidoso y de sentirme importante. ¿Alguna vez podría cambiar eso? Porque si no lo hacía... ¿Cómo iba a ser, sino, otra mujer diferente?

En ese momento la verdad es que lo único que me importaba era aparecer perfecta esa noche, como si fuera una diosa. Y él iba a verlo.

James no tardó mucho en aparecer a mi lado, sabía que si yo iba a comprar, le iba a dejar una buena cantidad de dinero. Y, como buen vendedor, no iba a perder esa oportunidad, sabía hacer muy bien la pelota.

—Señorita Thompson, una alegría verla por aquí. ¿Cómo está?

—Bien, James, gracias... Necesito algo para ponerme este viernes.

—La chica tiene poca ropa en su armario —rio, bromeando.

—Quiero algo diferente, que sea elegante y discreto, pero a la vez sexy...

—Sé lo que buscas —me guiñó un ojo—. Espera... ¿Has dicho algo discreto? —preguntó tas pestañear cuando mis palabras calaron en él.

—Sí —reí—. Y no quieras saber más de la cuenta. No estoy bromeando, quiero algo diferente, elegante, discreto y sexy a la vez.

—Pues me sorprendes... Sabes que todo lo que te pongas lucirá sexy en ti —me halagó—. No hace falta que yo te lo diga, lo sabes bien. Ni las modelos de pasarela pueden lucir las cosas como tú.

—Eres un adulator y un exagerado. No es eso lo que pretendo, las pasarelas para otras.

—No son halagos, lo digo porque lo pienso. Sabes que soy sincero. ¿De verdad nunca te has planteado modelar?

—Pues no. Nunca me he planteado nada en la vida, solo a vivir como lo hago. Quizás ese es el problema, James... —suspiré.

—Ay, no digas eso. No me gusta verte triste, alégame esa cara, por favor. Eres una niña, te queda una larga vida por delante para hacer todo lo que quieras.

—No sé si será así, pero bueno... Con respecto a la ropa del viernes, ¿tienes algo?

—Creo que tengo el vestido perfecto —dijo con una gran sonrisa.

Lo acompañé y me quedé asombrada cuando vi lo que me enseñaba. Negro, largo, con un escote recatado pero sexy...

Me lo probé inmediatamente y cuando me miré al espejo, supe que no miraría más vestidos. James, como siempre, había acertado. Y a la primera. Me quedaba como un guante y me hacía lucir elegante, discreta y, cómo no, sexy. Era todo lo que estaba buscando.

Me quedé mirando mi imagen en el espejo unos minutos y, sin saber cómo, mi imagen se difuminaba para dar paso a otra imagen de mí, de años atrás, cuando era una niña acostumbrándose a la fortuna de sus padres y a la ausencia de ellos en su vida. Y me vi triste...

Mi imagen volvió y la mirada seguía igual. Suspiré, deseando que eso terminara pronto.

—¿Qué tal lo ves? —me preguntó James cuando salí del probador para

que me viera.

—Es perfecto, James. De verdad, has acertado a la primera, me encanta, ¡me lo llevo! No quiero mirar más.

—Normal, si es que te queda perfecto y lo luces como nadie. Vas a tener muchos ojos pendientes a ti, ya verás.

—No exageres —reí, pero pensé que quería a Liam mirándome.

—Jamás exagero contigo, tienes un cuerpazo, es así. Lo sabes tan bien como yo.

—La verdad es que me encanta —sonreí.

Y salí de la tienda sin dejar de hacerlo, la sonrisa continuaba en mi boca. Todo estaba siendo un poco raro. Un rato antes, por una casualidad, me habían invitado a una inauguración, eso sin contar que casi me hacen tener que ponerme un babero y tras dudar, tenía ya el traje que iba a usar en el evento en mis manos.

Ahora solo faltaba mi pelo...

Cogí un taxi y me dirigí a mi peluquería de confianza. No había cogido cita, pero sabía que no la necesitaba. Podía aparecer en cualquier momento y me atenderían. Lo bueno de mi clase social.

—Hola —saludé a mi peluquero favorito, venía hacia mí y tras un abrazo, lo seguí hasta la sala VIP.

—Hola, Megan, me encanta verte por aquí. Dime, ¿qué necesitas?

—Las uñas, el pelo... Las mechas necesitan un arreglo ya.

—Pues perfecto, vamos a ello, después Mary te hará las uñas, ahora vamos a arreglar esa perfecta melena.

—Siento no haber avisado... —pero sabía de más que no por ello me iba a quedar sin ser atendida.

—No importa, sabes que puedes venir cuando quieras. Pero dime, ¿todo bien?

Solté las cosas en el perchero de la saba VIP y me senté en uno de los sillones para empezar con mi sesión de peluquería.

—Todo bien, pero hace un rato me invitaron a una inauguración de un restaurante el viernes y no quería que me cogiera el toro, quiero ir bien mona.

—Con la gente que te codeas, normal que quieras ir perfecta.

—Bueno... No será exactamente así. No es de nadie de ese mundo, pero no sé... El dueño me invitó y tiene algo especial y... —no sabía cómo explicarle lo que había pasado.

—Así que un flechazo, ¡me encanta!

—No exageres... Vale, fue raro —rectifiqué al ver su cara de” a mí no me engañas” — La verdad es que es una locura, ni siquiera lo conozco.

—No veo por qué es algo malo eso. Vas y lo conoces, ya después veremos —sonrió—. A saber lo que puede haber entre vosotros.

—A lo mejor tiene novia.

—Y a lo mejor es un solterón —bromeó.

’—La verdad es que lo dudo —la imagen de Liam se me vino a la cabeza. Podía ser de todo, pero un tío que no llamaba la atención, precisamente no—. Está para comérselo.

—Y tú no pierdas el tiempo, nena.

—A lo mejor no le gusto y tengo que emborracharme para tirarme al camarero.

—¿Con esa cara y ese cuerpo quién no va a quererte, alma cántaro? Puede tener a quien quieras.

—Pues lo quiero a él —reí.

—Pues vamos a dejarte perfecta para que lo tengas a él —me guiñó un ojo y se pudo manos a la obra. La verdad es que me sorprendes...

—¿Y eso por qué?

—Porque nunca te había oído hablar así.

—No te entiendo...

—Nunca te escuché hablar así de un chico, así que supongo que este te gusta.

—Sí, tiene algo... Me sentía triste hasta que me lo encontré. No sé nada de él, pero estoy encaprichada.

—Eso no es malo.

—Tampoco es bueno si te nubla la vista —reí.

—Si hace disfrutar y sentir es bueno. Lo malo sería que no te sintieras así...

—Puede que tengas razón. Es raro, pero tengo ganas de verlo de nuevo.

—Se nota. Y de tirártelo.

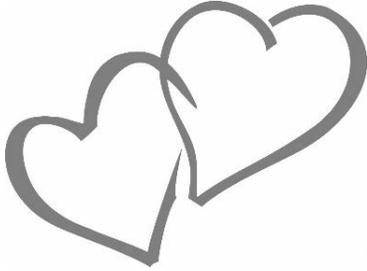
—¡Carl! —reí.

—Es verdad —dijo él, riendo.

Entre risas, me dejó el pelo perfecto, como siempre. Me sentía guapa, más aún y ya tenía ganas de que llegara el momento de la inauguración.

Después de la peluquería, ya en mi casa, seguí sonriendo. Quedaba poco para ese día y estaba segura de que me iba a divertir. Y, ¿quién sabía? A lo mejor esa fiesta solo era el inicio de algo más importante para mí.

Tal vez era solo el comienzo de mi cambio como mujer.



Capítulo 5

Y por fin era el día que tanto había estado esperando. Se me hizo larga la espera, pero por fin llegó. Estaba nerviosa y eso sí que era raro en mí, yo nunca me ponía nerviosa por nada. Y, siendo sincera, estaba nerviosa porque, aunque me costara reconocerlo, quería ver a Liam. No entendía el efecto que ese chico causaba en mí, pero estaba ahí, era innegable. Removía algo en mi interior, me hacía querer verlo de nuevo. Era extraño sentirlo y no me desagradaba esa sensación.

Deseaba verlo. Y la palabra desear era algo nuevo para mí. Yo no deseaba nada, porque lo que quería, lo tenía, así que no había ningún deseo que no pudiera hacer realidad. El significado de ese verbo se me escapaba de las manos.

Me senté con mi taza de café mientras miraba por las grandes cristaleras de mi apartamento y veía Manhattan. Me quedé un rato así, nerviosa y, sobre todo, pensativa por las sensaciones que tenía.

Con la tarjeta que me había dado Liam en la mano, añadí su contacto en mi móvil y miré en WhatsApp, sonreí al ver su foto. Sin pensarlo, y al ver que estaba en línea, le escribí un mensaje. Y había una razón para ello. Yo estaba algo “obsesionada” con ese chico y quería saber hasta qué punto él quería invitarme, o si lo hacía con cualquiera. Tal vez era yo una más, un número más de asistentes a su gran noche y eso no me gustaba nada.

Porque yo, de corriente y normal tenía poco.

“Buenos días, Liam. Espero que te acuerdes de mí, soy Megan, a la que se le cayó la funda de las gafas en la calle. Hoy es tu gran noche, quería felicitarte, espero que todo salga bien.”

Leyó y contestó a mi mensaje rápidamente.

“Buenos días, Megan. Gracias. Y espero que no solo quieras felicitarme, sino que vengas esta noche. ¿Cómo estás?”

Esa respuesta me dejaba mucho mejor y con una sonrisa de tonta impresionante.

Siendo sincera, sabía cómo enganchar a un hombre, sabía cómo hacer que no se resistiera y sabía que con Liam tenía que conseguirlo. No iba a pensar en las razones por las que deseaba eso, pero lo quería en mis manos y su respuesta me decía que podía estar ahí.

“Estoy bien, gracias. Aún no lo había decidido, pero no tengo ningún plan, así que iré. Suelo tener una agenda estresante, pero vas a tener suerte y me verás por allí.”

Era una mentirosa, supe que iba a ir desde el primer momento, pero a los hombres no se le podía decir eso y ni darles todo tan fácilmente. Contestó rápidamente.

“No tenías que decidir ya nada, tu cita conmigo es oficial desde el día que nos conocimos. Nos vemos esta noche, sobre las ocho, lo pasaremos bien. ¿Sabes? Llevo todos estos días pensando en que fui un idiota por no haberte pedido tu número.”

Me reí, me hizo mucha gracia cómo primero daba por hecho verme y, sobre todo, por sentirse idiota por eso. Eso quería decir que se había acordado de mí. ¿Pero era cierto? ¿O solo una forma de ser amable? No lo conocía de nada, tal vez todo era fachada y se lo decía a todas, ¿no? Tal vez era yo quien quería tenerlo en sus redes y era él quien me había puesto a mí en las suyas. Si era así, ambos estábamos jugando el mismo juego.

“Iré, no creo que mucho tiempo, solo para tomarme algo porque mis amigas están ocupadas y tengo que ir sola.”

Y otra mentira más. ¿Pero qué amigas? Si yo no tenía amigas. Tenía lo que ya sabemos. Pero era la única manera de hacerle ver que yo no iba a ir con nadie, que asistiría sola a ese evento. Él no tenía por qué saber que si iba sola era porque no quería, yo me había ganado a pulso, siendo como era, el no tener a nadie con quien asistir a ningún sitio, solo a esas falsas de la alta sociedad.

Volvió a contestarme rápidamente. Parecía que solo hablaba conmigo.

“Sola no vas a estar, estarás conmigo. Y tengo muchos amigos a los que presentarte, te aseguro que te gustarán y que pasarás una noche de lo más divertida. No puedo estar todo el tiempo contigo porque soy el anfitrión, pero en ningún momento estarás sola. Va a ser una noche fantástica, ya lo verás.”

Vaya... Iba a conocer a sus amigos, eso sí que era impactante. A lo mejor el chico era tan transparente como parecía y yo debía dejar de pensar y ver lobos donde no los había. Me gustaba esa alegría que desprendía y esa seguridad también. Me gustaba lo poco que conocía de él.

Había malpensado de él, lo había criticado en mi mente al llamarlo perdedor, no había sido justa porque parecía ser un hombre de valores, todo un caballero. Me gustaba su naturalidad, nunca había sentido eso con la gente que me rodeaba en ese mundo tan artificial en el que vivía. Me resultaba extraño al no estar acostumbrada a ello.

Él no sabía quién era yo, tampoco tenía por qué. Yo no salía en la televisión como otras famosas, pero era alguien con mucho dinero y muy conocida en ese mundo social.

Podía ser una de esas, vender mi vida y aparecer todas las semanas en los realities o con los chismes de mi vida sentimental, pero siempre preferí mantenerme al margen de ese mundo, no me gustaba. No necesitaba salir en la

tele para seguir siendo una de las herederas más ricas del país.

Mi asistenta me preparó el almuerzo: un poco de carne a la plancha, una buena ensalada. Me senté a comer tras servirme una copa de vino. Seguía frente a esa cristalera donde me había pasado la mañana, seguía mirando las hermosas vistas de la ciudad mientras pensaba.

Allí, en ese lugar, me sentía importante, como un gigante gobernando todo lo que veía. Y, sin embargo, era la persona más infeliz que conocía, sin contar a mi hermano.

Hablando de Colin... Mi asistenta abrió la puerta cuando el timbre sonó. Era él. Como siempre, él nunca llamaba antes de llegar. Así que la chica se puso rápidamente a prepararle el almuerzo.

Así era Colin, siempre todo por sorpresa.

—¿Cómo estás, Megan? —me dio un beso en la mejilla y se sentó a mi lado.

—Bien —dije cuando terminé de masticar—. ¿Y tú?

—Bien. Esta noche tengo una fiesta y me han pedido que te invite, hay gente que hace mucho que no te ve.

—Pues los saludas y te disculpas por mi parte. Esta noche no puedo.

—¿Por qué no?

—Ya tengo un compromiso —me encogí de hombros.

—¿Adónde vas?

—Inauguran un restaurante y me invitaron.

—¿Qué restaurante y quién te invitó?

Puse los ojos en blanco, conociéndolo, o le contaba todo o no se quedaba tranquilo.

—Un chico que conocí hace un par de días, el restaurante es suyo —sonreí.

—Por esa sonrisa puedo entender que... ¿Es una cita? Es raro en ti, no

tienes citas, pero siempre hay una primera vez —mi asistente le puso la comida por delante y Colin comenzó a devorarla— De todas formas piénsatelo, una inauguración es lo más aburrido del mundo, ya sabes que las fiestas a las que asisto son más divertidas.

—Sí, eres el alma de la fiesta —dije con ironía.

—Pues un poco sí. Me lo paso bien y siempre es mejor una buena fiesta que quedar con un desconocido.

—Todos con los que te codeas no es que sean precisamente amigos tuyos, la mayoría son desconocidos para ti, Colin. Lo único que os une es la pasión por beber y meteros lo que queráis durante toda la noche.

—Estás atacándome de nuevo... ¿Por qué te crees con el derecho de hacerlo? Tu vida tampoco es un ejemplo.

—Yo lo sé, pero intento cuidar de ti, al menos intento que no vayas a peor —dije frustrada.

—Entonces con que estés pendiente al móvil por si mañana, cuando la fiesta se acabe, tienes que volver a sacarme de alguna cuneta o rescatarme de la que lée —dijo muy serio, enfadado.

—Eres un idiota, Colin.

—Bastante, sí. Pero me quieres, así que te jodes y me aguantas. Esta mujer cada voz cocina mejor —se lamió los labios, no sé cuándo le había dado tiempo a dejar el plato vacío, no comía, devoraba.

—Pues ya sabes, ven más veces. Así te quitas de tanta fiesta y depravación que falta te hace.

—Hoy estás idiota, Megan —resopló—. Pero me aguantaré, te quiero de todas formas. Una cosa, ¿te llamó papá?

—No, te vuelvo a decir que no. Deja ya ese tema, me pone de muy mal humor.

—Lo preguntaba porque anoche me llamó.

Eso sí que me cogió por sorpresa, no me atraganté con el vino de milagro. Me quedé mirando a mi hermano para ver si se quedaba conmigo pero no, se veía en la cara que decía la verdad.

—¿Y eso? ¿Se le perdió algo? —pregunté con ironía.

—Me dijo que hablaría contigo también. Pronto es la cena con sus amigos de las grandes fortunas, ya sabes, la de todos los años. Quería recordármelo e invitarme.

—Ya... Pues yo no tengo ningún pensamiento de ir, así que no hace falta que me llame.

—Deberíamos ir y no enfadarlo, Megan. Solo es una noche, vamos, comemos, hacemos acto de presencia y nos marchamos, así no tenemos malos rollos con él, ya sabes cómo es. Y yo no tengo ganas de que me congele las cuentas.

—No voy a ir, Colin. No estoy a su disposición cada vez que le interesa que esté ahí simplemente para quedar bien.

—Estamos para eso, ¿no? Nos exhibe como un trofeo más y después cada uno a su vida y ni caso hasta que necesite exhibirnos de nuevo. Pero tenemos que cumplir.

—Me da la impresión de que te hace hasta ilusión, Colin.

—No es así... Déjalo, tampoco sé explicarme ni lo entenderías —suspiró—.
—Sea como sea, tenemos que ir.

—Joder, me sacas de mis casillas.

—Lo sé, pero me sigues queriendo.

—Qué remedio... No tengo a nadie más en el mundo, así que te tengo que querer a ti, aunque seas un desastre.

—No soy un desastre, solo... Diferente a ti. Pensamos y actuamos de distinta forma.

—Y gracias a Dios por eso, porque yo no quiero estar en el mundo de

alcohol y drogas en el que te mueves.

—Eres idiota.

—Gracias —dije con ironía.

—Pues nada, mejor me voy porque hoy estás insoportable. Disfruta de tu restaurante y de tu cita aburrida con ese extraño.

—Tranquilo que lo haré, adiós.

Y se fue, dejándome, resoplando. Me saba de mis casillas cuando se ponía a “defender” o a intentar satisfacer a nuestros padres.

Descansé hasta que llegó el momento de darme una ducha y arreglarme para ir hacia el restaurante de Liam. Vestida como una diosa sexy y elegante, fui hacia allá. Nada más llegar, como estaba adornada la parte de fuera, me dio la sensación de que Liam era un hombre meticuloso con los detalles. Estaba todo muy bonito y el interior debería de estar espectacular, tenía buen gusto.

El portero, bastante simpático, cosa que no casaba con ese armario empotrado de más de dos metros, trataba a la gente con mucho amabilidad.

—Buenas noches —saludé acercándome a él—. Soy una invitada del señor Liam.

—Buenas noches, pase y disfrute de una gran velada.

—Gracias —sonreí.

Entré y vi a Liam entre un grupo de gente, con una copa en la mano y charlando animadamente con todos. Nuestras miradas se encontraron y se acercó a mí, rápidamente, con esa hermosa sonrisa en la cara.

—Hola, Megan. Vaya... Estás... No sé ni cómo decir que estás —rio—. Gracias por venir.

—Hola —acepté sus dos besos—. Tú también luces muy bien.

—Gracias. ¿Qué te apetece beber? —dejé mi bolso encima de la barra hasta la que me hizo seguirlo. Me desabroché y me quité el abrigo que llevaba,

era hora de lucir el vestido.

Por cómo me estaba mirando él, sabía que le gustaba lo que veía.

—Creo que una copa de vino —lo miré a los ojos cuando los suyos subieron hasta los míos, después de darme un buen repaso.

—Lo que quieras... Perdona, es que me has dejado sin palabras —señaló mi cuerpo con las manos y sonrió torcidamente, de forma pícaro. Vaya, esa sonrisa me ponía nerviosa, solo esperaba no ponerme roja.

—Gracias por el cumplido.

—No es un cumplido, es la verdad. Soy una persona sincera.

—Eres una persona que quiere sacarme los colores —reí.

—Si lo consigo es porque voy por el buen camino —me guiñó un ojo y pidió mi copa de vino, la que me sirvieron rápidamente.

Le di un sorbo a mi copa de vino y en esas aparecieron una chica y dos chicos a saludar a Liam, me los presentó como amigos de toda la vida, me dijo que desde que se conocían, siendo niños, siempre estaban juntos.

Anne, la chica, era toda una belleza morena, con treinta y cuatro años y dependiente de una tienda de ropa. Brian y Robert eran los dos chicos, de la misma edad de Anne y Liam. Estudiaron la misma carrera universitaria y trabajaban en el mismo organismo del gobierno dedicado a la protección de los menores.

Se veían muy simpáticos y me cayeron muy bien. Se notaba que Anne, al ser la única chica del grupo, era la mimada por todos ellos y ella se aprovechaba de eso, pero no en plan malo, era bastante simpática y nada engreída. Congeniamos muy bien entre todos, cosa que me extrañó, nunca me había pasado con nadie.

Yo tenía algo de “miedo”, por así decirlo, no estaba acostumbrada a socializar con gente así y me daba pavor el caerles mal, por lo que prefería mantenerme en silencio, pero eso me duró poco, ellos hicieron porque me

integrara y me sentí, incluso, como una más de ellos.

Terminaron con mi inseguridad.

Cuando escuchaba a Liam hablar, sonreía y me hacía falta un babero, ese chico cada vez me gustaba más. Verlo allí, con sus amistades, en su mundo, me gustaba mucho. Todo eso me estaba sorprendiendo.

Me hizo gracia escuchar cómo se metían con él llamándolo pijo. Si ellos supieran de dónde venía yo y lo que era un pijo para mí... Alucinarían.

Liam era la persona más natural que había conocido nunca. Alguien normal, no a los que yo estaba acostumbrada. No se creía más que nadie, no intentaba ser quien no era.

Eso era lo que más me gustaba de él.

Nos quedamos allí, en la barra, con nuestras copas en la mano y charlando animadamente.

Entonces, después de conocer por encima la historia de uno de ellos, me llegó el turno. Anne me preguntó por mi profesión y yo no sabía ni qué decir, solo esperaba que la tierra me tragase.

Mentí, cómo no, dije que trabajaba desde casa, que me dedicaba al marketing y que trabajaba en la empresa familiar llevando ese sector desde hacía muchos años. ¿Qué iba a decir si no? ¿Que era una niña rica mantenida?

Sabía que Anne, por cómo me sonreía, no se lo llegaba a creer del todo. Mi ropa, y ella era dependiente y no tonta, era bastante cara.

Bromeamos un buen rato y me sentí integrada con todos esos desconocidos.

Entre copas de vino y canapé pasamos un buen rato, riendo, conociéndonos entre nosotros. Me sentía bien.

El lugar estaba lleno, la inauguración estaba siendo un éxito. La gente felicitaba a Liam, se notaba que mucha gente lo quería y lo admiraba y eso me alegraba. Pero también me hacía envidiarlo. A mí nunca me había admirado

nadie así, nunca había recibido tanto cariño, pero claro, ¿qué había hecho yo en la vida para merecerlo? Pues nada... Ni siquiera tenía el cariño y la admiración de mis padres.

Liam atendía a la gente, charlaba con ellos, intentaba estar, también, todo el tiempo posible con nosotros.

Cuando se alejaba, notaba que no dejaba de mirarme y de estar pendiente a mí. Más de una vez, nuestras miradas se habían cruzado y la forma que él tenía de mirarme me hizo ruborizarme. A Anne no le pasó todo eso desapercibido, lo notaba por su sonrisa pícaro cuando me miraba, haciéndome sonreír a mí también, algo avergonzada.

La verdad es que Liam me dejaba como atontada, pero me encantaba esa sensación, lo disfrutaba y no quería irme de allí.

Hablando un rato con Anne, me contó cómo llegó Liam a cumplir el sueño de tener su propio restaurante. Al parecer, él había trabajado como encargado en otro restaurante por varios años, pero su sueño era trabajar para él. Quería tener su propio restaurante, pero nunca daba el paso. Hasta que lo hizo, pidió un préstamo, por fin, y logró hacer realidad su sueño. Según me contaba Anne, él era feliz con su trabajo y le iría genial porque ese mundo era su pasión y su sueño y luchaba muy duro.

Y yo, aunque no lo conocía bien, estaba segura de que la chica tenía razón. A Liam le iría genial.

Ya había dado un gran paso y no era fácil inaugurar un restaurante en el corazón de Manhattan.

Me contó un poco más de él, e su vida privada. Tenía solo un hermano y hacía un par de años lo perdió. Liam cogió una depresión de la que no le fue fácil salir. Estuvo aislados de todos y solo dedicado a su trabajo. pero consiguió reponerse y, con la ayuda de todos, consiguió salir de ese infierno que era esa enfermedad.

Él pensaba que su vida se acababa con la pérdida de su hermano, pero luchó para tener, de nuevo, ilusión por la vida.

Me dejó sin palabras saber todo eso y por primera vez en mi vida supe que podía admirar a alguien.

Lo miré, saludando a la gente. Verlo ahí, después de saber un poco más de él y cómo de dura había sido su vida, me hizo sentirme, también por primera vez, humilde. ¿Cuánto llevaría cada uno de ellos a su espalda? Seguramente nadie lo tuvo tan fácil como yo.

Ver ese lugar repleto de gente me hacía sentir feliz por él. Había sufrido, luchado y conseguido su sueño y eso era admirable, se merecía lo mejor.

Cada cosa que conocía de ellos, cada vez que intimaba más, me sentía más poca cosa e insignificante a su lado. Daba igual todo el dinero que yo tuviera, allí solo era una mortal más. Alguien normal, como ellos. Y eso solo me generaba felicidad. Si mi hermano me viera, no se lo creería.

La noche pasó, bebimos, comimos y reímos hasta bien entrada la madrugada.

Había pasado la mejor velada de mi vida rodeada de esa gente y no sabía cómo agradecerles todo eso. Me había sentido, por primera vez, persona.

Allí no importaba el estatus social ni el dinero, solo la persona.

A punto de irnos todos, Brian propuso volver a vernos todos al día siguiente y cenar juntos y acepté, me encantaba la idea, me apetecía mucho. Quedamos en vernos en unas horas.

Aunque vivía cerca, Liam no quiso que anduviera a esa hora de la noche por la ciudad, así que llamó a un taxi. Cuando me monté, lo miré y sonreí al ver su preciosa sonrisa. Nos dijimos adiós sin palabras, solo con la mirada.

Llegué a casa y aún estaba sonriendo. Me sentía diferente, me sentía otra persona muy distinta. Era todo extraño, pero me hacía sentir bien.

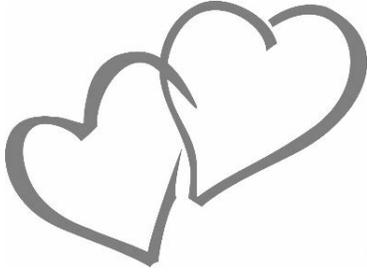
Me acosté y lo único en lo que pensaba es que quería que llegara el

momento de verlos de nuevo para sentirme igual.

Pensé en Anne, tenía la sensación de que por primera vez en mi vida podía tener una amiga y no quería estropear eso.

Y pensé en Liam, ese hombre luchador que me había hecho admirarlo.

Si alguien se merecía cosas buenas en la vida, ese era él.



Capítulo 6

Me levanté a la mañana siguiente con una sonrisa en la cara al ver el mensaje de Liam. Me levanté, me preparé mi taza de café y volví a leerlo de nuevo.

“Buenos días, Megan. Quería darte las gracias por ayer, por venir y por ser tú. Necesito disculparme, no estuve contigo todo lo que quise, tenía demasiadas cosas que atender. Pero prometo compensarte esta noche. Lo pasaremos bien todos juntos por Manhattan.”

De verdad que ese chico era más que un encanto. Le contesté al mensaje.

“Buenos días, Liam. No tienes que darme las gracias ni disculparte. La inauguración fue todo un éxito y me encantó compartir ese momento contigo, disfruté mucho. Seguro que esta noche será igual o mejor. Las gracias te las doy yo a ti por incluirme en tu círculo de amigos.”

Esperé a que me respondiera, pero en ese momento me sonó una llamada en el móvil de un número desconocido.

Cogí la llamada.

—¿Sí? Dígame...

—Buenos días, le llamamos del Hospital Central. El señor Colin Thompson nos dio su número de teléfono como persona de contacto. Llegó hace unas horas con heridas que hemos tenido que curarle, anoche tuvo un altercado, al parecer. Agradeceríamos si puede venir a por él, la está esperando.

Puse los ojos en blanco al oírlo y me puse de muy mal humor después del susto de saber que estaba en un hospital. Mi corazón parecía que se me salía del pecho, pero toda ese miedo, al saber que solo eran rasguños, se convirtió en ira. Estaba más que harta de Colin y del desastre que era, es que ya no podía con él. No iba a estar para ayudarlo cada vez que se le fuera la cabeza porque él no quería ponerle remedio a la situación y curarse.

—Buenos días.... —respiré hondo— Dígame una cosa, por favor, ¿Colin se mantiene en pie?

—Sí, señorita.

—Entonces que salga de allí solo y se venga en taxi —estaba más que harta.

—Como usted diga, se lo diré.

—Muchas gracias.

Que le dieran, estaba cansada del tema, no iba a estar detrás de él si seguía en el mismo plan.

No era mi hijo, no era su madre y lo tenía demasiado acostumbrado a ayudarlo en todas sus meteduras de patas. Pues ya ni una más si él no ponía de su parte. Que tenía un límite, como todo el mundo.

Mi hermano tenía que darse cuenta de que no era un crío a quien sacar de apuros, era un adulto que caía una y otra vez en lo mismo y si él no quería salir, nadie podría ayudarlo.

—Perdón, Megan... ¿Todo bien?

Miré a mi asistente cuando me habló, la chica seguramente había escuchado mi conversación y se había, también, preocupado.

—No, Emily... Otra vez Colin.

—¿De nuevo en problemas, no? Disculpe mi atrevimiento para decirlo así.

—Nada que disculpar. Al parecer está en el hospital, me llamaron de allí. Anoche tuvo un altercado y acabó en urgencias, pero solo son rasguños, nada

de importancia. Me pedían que fuera a recogerle y no lo haré. Que venga andando o llame a un taxi, no puedo estar siempre con estas cosas cuando él no cambia, Emily —necesitaba soltarlo con alguien.

—La entiendo y déjeme decirle que hace bien. No quiero ser una entrometida en sus temas personales.

—Puede decirme lo que piensas.

—Ayuda mucho a su hermano porque lo quiere, pero sé que no está de acuerdo con cómo lleva su vida y usted sufre mucho por él. Entiendo que siempre lo ayude, pero también necesita verse solo, a ver si así abre los ojos y se da cuenta de que no puede seguir por ese camino ni, mucho menos, hacerla sufrir a usted con ello.

—No tengo ganas de seguir así. Anoche me pasó algo, conocí a un grupo de gente que me encantó. Se conocen de toda la vida y me hicieron sentir parte de ellos. Me sentí distinta, libre... Quiero cambiar quien soy, quiero cambiar mi vida, rodearme de cosas y personas buenas, que me den alegría. Quiero disfrutar y dejar a un lado todo lo malo que conlleva mi mundo, Emily.

—Me gusta mucho oírle decir esas cosas, Megan. Es usted una chica brillante, muy joven, sé que no ha tenido la oportunidad de mirar más allá de lo que vive, pero también sé que quiere más en la vida. No todo es dinero. Tener a gente cerca que nos dé cariño, que se preocupe por nosotros y que nos apoye es más importante de lo que pensamos. Si quiere conocerlos, hágalo y viva, se lo merece.

—Gracias... Hoy los veré otra vez, vamos a cenar juntos —sonreí, ilusionada.

—Pues no sabe cuánto me alegra eso —sonrió ella—. Muchas veces he pedido por usted, muchas veces le pedí a Dios que le pusiera en su camino a alguien que la quisiera y la valorara al conocer quién es de verdad, alguien que viera más que la superficie. ¿Me deja contarle algo?

—Claro —sonreí. No solíamos hablar mucho, pero mi asistente era una persona muy educada y me había sorprendido ver que me tenía cariño y que veía más allá de la mujer frívola que yo mostraba.

—Yo no tengo nada en la vida, nada material importante. Cuando salgo de aquí y llego a mi casa, me doy cuenta de que lo tengo todo. Tengo una familia preciosa, los adoro, como ellos a mí. En ese momento es cuando me siento más rica que nadie, pero no por lo material. Eso es lo que pido que usted sienta, que conozca la verdadera felicidad y sea feliz, porque se lo merece.

—Gracias —dije emocionada, me levanté y por primera vez en mi vida, le di un abrazo, me habían calado hondo sus palabras.

—No me las dé y no llore. Yo le tengo mucho cariño y estaré con usted para lo que necesite. Nunca la juzgaré, estoy para escucharla si necesita desahogarse. Cuente con mi apoyo para todo. Bueno, todo no, porque si es para dinero... —rio, haciéndome reír.

—Pero tú sí puedes contar conmigo para eso, Emily, que nunca te dé pena, si necesitas, me lo pides —dije con sinceridad.

—Gracias, pero no se preocupe. Tengo una vida humilde, no necesito de grandes cosas, Le estoy muy agradecida por trabajar con usted, no necesito más.

En aquel momento me sentí un poco extraña. Era como si, de repente, me hubiera convertido en alguien completamente diferente. No quería seguir siendo esa mujer frívola, necesitaba hablar con la gente, ser más empática, conocerlos mejor. Parecía ser que una sola noche con Liam me había cambiado por completo.

Me sentía humilde y me encantaba eso, me gustaba poder hablar así con Emily, siendo algo más que una fría jefa.

—Creo que he tenido un flechazo —suspiré, soltándolo por fin, avergonzada por contarle esas cosas a ella.

—Ay, eso significa que se ha enamorado, Megan —dijo emocionada.

—Tanto como amor no creo que sea. No puede ser, solo nos hemos visto dos veces. Se me cayó la funda de las gafas en la calle, él me las devolvió y me invitó a la inauguración de su restaurante, a la que fui anoche. Apenas nos conocemos.

—Pero eso son los flechazos, Megan. Ocurren en segundos. A mí me pasó con mi marido.

—¿Sí?

—Pues sí. Yo salí, como cada día, a comprar el pan. Y lo vi. Desde ese momento supe que era el amor de mi vida. Eso es un flechazo. El corazón se te encoge, te pones nerviosa. Y todo eso es porque tu alma sabe que ha encontrado a su otra mitad.

—Qué bonito... No sé qué siente él, Emily. A lo mejor no ha sentido lo mismo.

Emily sonrió y me miró como una madre y eso me emocionó. En ese momento me di cuenta de la bella persona que era, ese rostro lleno de arrugas pertenecía a una gran mujer y se le notaba en sus ojos que aún con la dura vida que seguramente llevaba a su espalda, era feliz, sus ojos brillaban.

—No se preocupe, pronto sabrá lo que siente él —me guiñó un ojo—. Si volverá a verlo es por algo, porque él quiere verla. No piense demasiado, solo disfrute de todo lo que la vida le está mostrando. Verá como esas personas le van a enseñar muchas cosas bonitas.

—Eso quiero hacer, disfrutar de ellos. Pero me siento triste por Colin, a veces creo que ya es un caso perdido y me da tristeza no querer ayudarlo, pero es que sé que no puedo hacer nada más por él. Mis padres tienen la culpa de lo que le pasa a Colin, su indiferencia le ha destrozado. Como me ha pasado a mí. No es fácil sentirse siempre sola y ahora que conozco a gente que no me hace sentir así ni como una más, no quiero que se vayan de mi vida.

—Sé cómo se siente, pero...

—Por favor, tutéame.

—Sé cómo te sientes —repitió, sonriendo—. Pero tu hermano necesita una lección, tenías que dársela. Tiene que entender que no siempre habrá alguien que le saque de sus problemas, él tiene que poner de su parte.

—Lo sé... Pero ahora vendrá enfadado —puse los ojos en blanco—. Y la verdad es que me da igual, que no es un niño pequeño.

—Así mismo. Que lidie con sus consecuencias. ¿Me permites decirte algo?

—Claro, Emily.

—Tienes razón en lo de tus padres, no tienen excusas. Tienen mucha culpa de todo lo que sufre Colin. Pero la verdad es que él no puede estar siempre aferrándose a eso, a culparlos. Él es el dueño de su vida, no el responsable de los errores de los demás. Debe verlo y superarlo. Porque al único que necesita, es a él mismo.

Me quedé mirando a mi asistente, cuánta sabiduría en esas palabras, cuánta verdad. Tenía razón, no podíamos culparlos por todo, las decisiones acababan siendo nuestras.

—Tienes razón —dije.

—No me hagas caso, no soy muy culta —rio—. Pero sé algo de la vida.

—Me siento muy rara. Pero lo único que tengo claro es que mi vida tiene que cambiar. No todo es dinero, tenemos muchas cosas que hacer, tenemos que madurar.

Emily me sonrió con ternura y tras un “Lo conseguirás”, siguió con sus labores.

Seguí allí sentada, pensando en todo.

Recordando la noche anterior de nuevo, la alegría que sentía por haber conocido a esos chicos y las ganas que tenía de volver a verlos de nuevo.

A media mañana, recibí una llamada. Me quedé sorprendida al ver que era Anne. La noche anterior nos habíamos dado los teléfonos, pero no imaginé que me llamaría. Fue una sorpresa que me llenó de ilusión.

Solo me llamaba para ver cómo me había despertado y cómo me lo había pasado la noche anterior. Estuvimos como una hora al teléfono, hablando hasta de lo que íbamos a ponernos esa noche.

Cuando colgué, lo hice sonriendo. Me gustaba Anne y estaba feliz por haber congeniado con ella y por sentirme como una amiga para ella.

Me sentía especial, sentía que mi vida ya había comenzado a cambiar.

Para la cena de esa noche, me puse un modelito normal, una falda vaquera, una camisa... Informal. No quería ir demasiado arreglada. Un poco de maquillaje y me fui para el restaurante, donde había quedado con ellos.

Cuando llegué, aún no habían llegado los demás. Solo estaba allí Liam. Sonrió al verme y me recibió con un abrazo que me hizo sentir muy bien. Después de sus halagos, nos tomamos algo en la barra mientras esperábamos a que apareciesen los demás.

Había mucha gente ya allí, parecía que el restaurante estaba siendo un éxito. Me encantaba. Como me gustaba ver a Liam ejerciendo de dueño, pendiente a cada detalle, llevando adelante su sueño.

Cada vez me gustaba más ese chico.

Los chicos llegaron y me abrazaron todos, felices por verme. Me sentía más que cómoda con ellos cerca. Se tomaron también algo y nos fuimos para el reservado que Liam nos tenía preparado. Los cinco ya sentados, dispuestos a disfrutar juntos de una buena cena.

El buen rollo entre ellos era impresionante, pero me hacía gracia cómo se metían unos con otros y nadie se lo tomaba a mal, señal de que se conocían muy bien.

—Entonces, Megan, te dedicabas al marketing, ¿no? Creo que dijiste que

llevabas el de la empresa familiar.

Me asombró que hablara de eso y que se acordara, además. No quise maldecirme mentalmente por la mentira, pero tenía que seguir con ella.

—Sí —dijo Robert, no dejándome hablar—. Eso dice, pero trabajando desde casa, seguro que trabaja menos horas de las que debe —bromeó, haciendo reír a los demás.

—Lo que te pasa es que eres un envidioso —me defendió Anne.

Sabía que bromeaban, pero me sentía mal porque les había mentido y no quería seguir con eso. Tenías que contarle la verdad.

—¿Queréis que os cuente la verdad? —pregunté, todos me miraron con curiosidad y yo, en ese momento, estaba dispuesta a hacerlo. Si después de eso no me querían ver más, lo entendería, pero debía de ser sincera. Ellos lo merecían.

—Claro que queremos —Liam me guiñó un ojo.

—Pues claro —rio Anne.

—La verdad es que no trabajo... —esperé a que me dijeran algo, se me quedaron todos mirando.

—¿Es en serio? —preguntó Brian, Liam empezó a reír y a negar con la cabeza.

—¿Entonces tampoco tienes un lujoso apartamento? —Anne no dejaba de reír.

—Sí lo tengo, vivo allí pero no trabajo. Mi apartamento está pagado, puedo mantenerlo, como a la asistenta... —me tuve que reír al ver sus caras.

—¿Vendes droga? —preguntó Robert muy seriamente.

—No seas bruto —se quejó Anne—. Deja que nos explique las cosas. A lo mejor vive con la herencia de un millonario desde que se quedó viuda.

—A ver, chicos. Intentaré explicarlo —comencé—. Mis padres... Nunca han sido cariñosos, ni buenos padres. Pero tienen mucho dinero. La única

consideración que han tenido en la vida es que mi cuenta corriente siempre esté llena de ceros, cada semana una paga que no imagináis. Solo han servido para eso —dije con tristeza—. Nunca he tenido que trabajar, nunca he tenido que hacer nada en la vida más que gastarme el dinero de ellos. Pero llega un momento en el que te das cuenta de que eso no es nada. No te sientes bien, no te sientes plena. Sientes que has desperdiciado tu vida y que el dinero no es más que papel. Mucho dinero, todo lo que quisiera, pero ni un solo amigo de verdad... Soy más pobre que nadie en el mundo —me callé y mordí mi labio para no llorar después de haberme sincerado así.

—No estás sola, nos tienes a nosotros —sonrió Anne.

—Y tanto que nos tienes, además, es la primera vez que yo tengo una amiga millonario —rio Robert.

—Dejad la tontería —los cortó Liam, cogió mi mano y la acarició—. Al principio, tú no puedes elegir tu vida, sigues el camino que te marcan. Eso nos pasa a todos. Tienes mucho dinero, pero te has dado cuenta de que tu vida está vacía. No tienes que sentirte mal por eso, sino bien por haberlo visto, porque no todos lo hacen. No estás sola, estás con nosotros. Puedes conocernos si quieres y ver que estamos contigo, con o sin dinero. Para mí es un placer tenerte cerca.

—Ayer lo pasé muy bien, me sentí como nunca, disfruté mucho. Voy a recordar esa noche toda mi vida. Hoy me habéis dado la oportunidad de compartirla de nuevo con vosotros y de verdad, que eso ya es mucho para mí —dije con sinceridad.

—No hay problema, nosotros invitamos, tú pagas y te querremos mucho —bromeó Brian, haciéndonos reír.

—Pues hecho —dije riendo.

—Va a ser que no, a ti te invito yo —Liam me guiñó un ojo.

—Lo que no entiendo, Megan, es a tus padres, cómo se puede ser así de

fríos —dijo Anne—. Supongo que es tu prueba, lo que te toca vivir en la vida y eso no debe de marcarte, tú tendrás tu familia y no serás como ellos.

—Eso espero —sonreí.

Me sentí libre al contarles toda la verdad. Me hicieron sentir segura, no me juzgaron y eso ya era mucho.

Cenamos entre bromas y risas y volví a sentirme que era parte de ese grupo de gente tan especial.

Con Liam... La verdad es que me encantaba. Todo me atraía de él, cada gesto, cada sonrisa, me gustaba su forma de ser, tan sencillo, tan natural. Era el hombre perfecto.

Al despedirnos, Liam me acompañó a casa. También vivía cerca, pero prefería saber que yo llegaba bien. En la puerta de mi edificio, lo invité a subir.

—¿Quieres subir y ver el apartamento? Nos tomamos la última arriba —dije inocentemente, pero mis intenciones no lo eran tanto.

—¿Por qué no? Mañana lo tengo libre, no tengo prisas por acostarme —sonrió.

Entramos al edificio y subimos hasta mi casa. Se quedó alucinado cuando vio el lugar.

—Es tres veces mi casa... —rio.

—Es muy grande, pero sigue siendo un apartamento —reí—. Solo tiene dos dormitorios —serví una copa para cada uno y le di la suya, estaba delante de las cristaleras del salón, observando la ciudad.

Nos quedamos los dos en silencio, mirando la noche a través de esos cristales.

Estaba deseando de que entre Liam y yo pasara algo, con cualquier otro habría pasado, pero él no era como los hombres a los que yo estaba acostumbrada.

Unos segundos más tarde, lo miré al notar que me estaba mirando. Me ponía nerviosa esa forma de mirarme. Era sexual, pero... Diferente, era como mucho más que eso.

Su mirada me quemaba, era como si me tocara sin hacerlo. Me estaba excitando con solo mirarlo a los ojos. Nos mantuvimos así unos segundos y de repente, dejó su copa en la mesita, me quitó la mía e hizo lo mismo. Yo no sabía qué esperar.

De nuevo con sus ojos sobre los míos, levantó su mano y acarició mi cara, haciéndome suspirar. De repente, noté sus labios sobre los míos, rozándose, provocándome.

Nos besamos y se sentía espectacular.

Tiré de él hasta el sofá, donde caímos cuando los besos se nos fueron de las manos. Sus manos comenzaron a acariciar mi cuerpo, sus ojos sin dejar de mirar a los míos, quemándome, excitándome.

Abrí mis piernas, dejando que se acomodara mejor, sentía que iba a perder el control con cada caricia y con cada beso.

No era una mujer sumisa, me gustaba llevar el control, pero con él era diferente. Quería que hiciera conmigo lo que quisiera.

Mis manos alrededor de su cuello, pegando su boca a la mía. Un movimiento de sus caderas, haciéndome gemir. Y ahí todo se descontroló.

Comenzamos a desnudarnos, nuestros cuerpos, por fin, pegados, sin ropa de por medio. Los gemidos llenando el silencio de la noche. Casi no podíamos ni respirar.

Deseaba tenerlo dentro y no tardé mucho en notar su miembro en la entrada de mi sexo, me hizo gemir como nunca cuando entró por completo en mí, pensé que iba a desfallecer. Liam sonrió al ver mi cara de placer, bajó su boca hasta mis pechos y mientras me penetraba una y otra vez, no dejó de jugar con ellos.

Mi orgasmo no tardó en llegar, dejándome temblorosa y completamente

saciada.

Los dos habíamos alcanzado el éxtasis, cuando nuestras respiraciones se normalizaron, nos miramos a los ojos. Algo me entró por el cuerpo, una especie de escalofrío cuando lo miré. Nada malo, pero algo que me impactó. Me besó, con fuerza, liberándome, de nuevo, de cualquier pensamiento.

—He soñado con esto desde que te vi por primera vez. No sabes cuántas veces —reconoció, dejándome asombrada.

—No parecía que... —me callé, acaricié su pelo, suspirando.

—Había pensado en tatuarme en la frente que me moría por comerte, pero no llegué a hacerlo —rio.

—Qué pena —dije tras una carcajada.

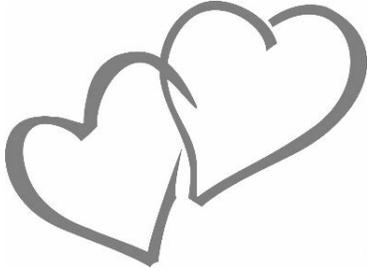
Me dio un beso y nos quedamos así un buen rato, los dos abrazados, disfrutando el uno del otro y de las sensaciones.

Tras vestirnos y tomarnos un té caliente, se marchó, advirtiéndome que esa noche solo era el principio de todo lo que teníamos que vivir entre los dos.

Y, por extraño que parezca, me hizo feliz oír eso.

Me acosté sintiéndome feliz, sobre todo después de leer el mensaje que me envió Liam un rato después de marcharse.

“Feliz noche, preciosa. Me obsesiona cómo me seduces.”



Capítulo 7

Desperté a la mañana siguiente recordando lo que había vivido con Liam la noche anterior. Aún sentía cada caricia, cada beso, cada instante que estuvo dentro de mí. Me hubiera gustado mucho haber dormido con él, pero no iba a pedírselo y él tampoco dijo nada al respecto.

Nunca me había sentido como en ese momento, era todo tan diferente a lo que había vivido anteriormente... Podría decirse que era la primera vez que sentía de verdad estando con alguien y había sido con él.

Con Liam no era todo como con los otros, tan previsible. Era muy diferente. No era solo sexo, no era algo automático. Era más bien un actor de amor y lo sabía porque como me había sentido no podía ser otra cosa más que eso. Solo con eso me podía sentir tan especial. Y me encantaba.

Me levanté de la cama y fui a por mi taza de café. Emily descansaba los fines de semana, así que estaba completamente sola.

Un café bien cargado mirando la ciudad era lo que necesitaba para sentirme más que feliz. Era como si ese día todo brillara más, como si todo estuviera más magnificado. Cada sorbo al café, las vistas más preciosas que nunca.

No sé explicarlo bien con palabras, pero sentía que yo había cambiado, me veía alguien completamente diferente y estaba sintiendo cosas muy nuevas para mí.

Y todo era gracias a Liam.

Estaba pensando en él cuando mi móvil sonó, una llamada de Liam, casi

me derramo el café encima de lo nerviosa que me puse.

—Buenos días —dije al descolgar, me había puesto roja, menos mal que no lo veía.

—Buenos días, Megan —noté la sonrisa en su voz—. ¿Dormiste bien?

—Sí, me acabo de levantar, ni tiempo me dio al café. ¿Y tú?

—Yo bien, quería saber si te apetecería comer conmigo en el restaurante.

—Claro que me gustaría —sonreí.

—Entonces te espero allí, no tardes mucho.

—Nos vemos —dije antes de colgar.

Un poco fría la llamada, ¿no? Pero... ¡Comería con él!

Me relajé un poco antes de prepararme para ir a verlo mientras dejaba divagar a mi mente, mis pensamientos iban a la velocidad de la luz.

Llegué al restaurante y entré, estaba hablando con un empleado, se acercó a mí cuando terminó.

—Estás preciosa hoy —me dio un beso y me agarró por la cintura.

—Gracias —sonreí, ruborizada—. También estás muy guapo.

Era, os lo prometo, la primera vez que yo le decía eso a un hombre. Pero él era el primero que me hacía sentir como si fuera una adolescente con su primer amor. O peor.

—Se me olvidó decirte algo cuando te llamé —dijo en mi oído.

—A ver, no me pongas nerviosa —reí.

—Lo de anoche fue perfecto.

—Me alegra oír eso —le guiñé un ojo.

—¿No me vas a decir que para ti también? —rio.

—¿Necesitas que te lo diga? A ver... Fue más que bien, estuvo increíble.

—Gracias —rio—. Tu cuerpo es perfecto, lo sabes. Y yo tenía unas ganas de ti...

—No me pongas roja —le advertí.

—Me encanta hacerlo —dijo con voz ronca.

—Fue perfecto, Liam.

—No sé, supongo que no soy el hombre más guapo o atractivo con el que estuviste —dijo con algo de inseguridad y me dio mucha ternura.

—Eso da igual, lo que importa es que tú eres especial.

—¿Y qué significa eso? —me miró fijamente a los ojos.

—Siento cosas contigo que jamás sentí... —bajé la cabeza por la vergüenza, él me la levantó, haciendo que lo mirara.

—Me pasa lo mismo contigo, Megan.

—¿No es muy pronto para decir este tipo de cosas? —pregunté y me mordí el labio, pensativa.

—¿Por qué? Si es la verdad, hay que reconocerla. Entre nosotros hay algo especial, está ahí. Como una química.

—Me gusta esa palabra, Liam. Sí, es como algo especial.

—A mí me encantas tú... Tú sí eres especial.

De verdad que me encantaba ese hombre, cada vez más. Nos fuimos hasta una mesa que había en una esquina y disfruté de la atención de Liam y de sus camareros, que no dejaban que nos faltase de nada.

—hoy no puedo beber mucho que tengo una reunión —suspiró y bebió de su copa de vino.

—¿Una reunión un fin de semana? Para matarte...

—Ya ves. A las seis de la tarde. Negocio con una agencia y solo podían hoy.

—¿Y para qué? Si puedo saber.

—Quería contratar a alguien como imagen del restaurante.

—Una buena idea. No soy relaciones públicas, pero mi hermano sí conoce a mucha gente con la que ponerte en contacto. Así que si necesitas ayuda, solo tienes que decírmelo.

—Gracias. Pero ahora lo que me importa es que no podré estar todo el día contigo por la maldita reunión y me apetece estar contigo.

—A mí también me gusta estar contigo...

—Me encanta cuando te ruborizas —dijo seductoramente.

—Y lo provocas —me quejé, bromeando.

—Sí, además, me miras como...

—¿Excitada? —me arriesgué a preguntar.

—Exactamente así.

—Me excitas, Liam, ese es el problema.

—Agradezco a Dios que eso ocurra —rio—. Mejor no más vino y más agua o acabaremos mal.

—No seas exagerado —reí—, tontear es bonito.

—Lo sé, pero esto también es nuevo para mí y también me pongo nervioso —reconoció.

—¿Y te excitas? —adiós a la vergüenza, tenía que sacar a la chica menos delicada que llevaba dentro.

—Y me pongo nervioso...

—¿Estar excitado es estar nervioso?

—Pues en mí parece que sí... Me haces ser alguien diferente —dijo alegremente—. Y eso me gusta.

Lo estaba mirando a los ojos todo el tiempo hasta que los suyos bajaron para fijarse en mi escote. Noté cómo su mirada cambiaba, le gustaba lo que veía.

—Te gusta jugar y eso me gusta a mí —reconoció.

—Aprendo rápido —me guiñó un ojo.

—¿Soy maestra para eso? —estaba divertida y provocativa.

—Lo eres y una buena. Anoche me di cuenta de cuánto sabes.

—Si es por eso, tú eres entonces el mejor de los alumnos.

—¿Otra vez me pones nervioso?

—No uses esa palabra. Di la que es. Quiero oírla y quiero excitarme cuando lo haga —dije sin vergüenza ninguna.

—¿Qué me harás si no lo hago? —me estaba picando, seguía jugando conmigo.

—Pues puede que te deje solo y me vaya —me encogí de hombros.

—No serías capaz de hacer eso.

—¿Creen que no? Si me pones a pruebas, vas a ver que soy muy capaz.

—Tienes la seducción en los genes y lo sabes, jamás pensé que se pudiera conocer a nadie así.

—¿Cómo son las mujeres que has conocido en tu vida?

—No como tú, al final eran demasiado previsibles y eso me termina aburriendo.

—¿Y qué te hace pensar que yo no lo soy?

—Es evidente, Megan. Lo tuyo es el misterio. No te muestras en realidad, creo que nunca podría saber por dónde me vas a salir y eso me encanta. Sobre todo el reto de llegar a conocer a la verdadera Megan, esa que escondes.

Me había quedado blanca con esa afirmación. Estaba teniendo un tira y afloja con alguien ingenioso y que veía en mí mucho más de lo que lo había hecho nadie en su vida. Como ya sabía, no era como los tíos de los que solía rodearme. Pero Liam cada vez me sorprendía más. Era un seductor nato y, a la vez, la sutileza era su fuerte.

—Puede que te decepciones si la conoces —sentencié.

—No digas eso, Megan, no me decepcionaría nunca de ti.

—No era mi intención molestarte.

—Entonces no hables mal de ti. Me encantas, me fascinas, eres una gran mujer y si los demás no lo han sabido ver, mejor para mí, pero yo no soy tonto.

—No soy nadie especial...

—Eso lo decido yo, no tú. Déjame conocerte, sin máscaras. Y dejemos a un lado las cosas malas, la negatividad no está con nosotros.

—Yo solo sé que hasta ahora he perdido el tiempo, esa es la sensación que tengo, que nada de lo que he vivido sirve.

—Todo sirve para algo, todo ocurre por algo, con el tiempo lo entenderás. Eres joven, te queda mucha vida por vivir y mucho que aprender.

—Soy una fracasada en muchos sentidos.

—Yo no veo eso. Veo a una mujer con sueños, Megan. Que quiere ser mejor.

—He estado muy ciega —suspiré.

—¿Ciega?

—Pensé que todos los hombres eran iguales y ahora me encuentro contigo, no pensé conocer a nadie así de maravilloso.

—No soy nadie, soy un tío como otro cualquiera. Lo que tengo me lo he trabajado duro. Y eso te diría cualquier persona sobre su vida.

—No yo... Contigo me siento libre y puedo hablar de todo, eso ya es mucho para mí. No me he trabajado nada de lo que tengo.

—¿Y por eso te crees menos maravillosa? No digas tonterías. A ver, Megan, olvida el pasado, olvida todo cuando estés conmigo y déjame conocer a la verdadera mujer. Déjame demostrarte que el cariño no tiene nada que ver con el dinero, el cariño nace y llena como nada en la vida. Déjame demostrarte cuan maravillosa eres y que si los demás no han visto la verdad en ti es porque los ciegos han sido ellos.

—A lo mejor yo no les permití ver nada.

—Entonces hazme ese honor a mí —sonrió.

—No sé qué decir, Liam.

—Solo di que me dejas demostrártelo.

—Eso seguro.

En ese momento daba igual quién era yo y quién era él. Una niña rica con un chico de clase media, a mis padres podía darles algo. Menos mal que no se iban a enterar. Ni yo se lo iba a decir ni a ello les importaba lo que yo hiciera con mi vida. Mi vida era mía y estaba más que dispuesta a coger las riendas, pero de verdad.

—Mañana no se abre el restaurante, ¿te apetece que vayamos a comer fuera?

—Claro, Liam, donde quieras —sonreí.

Sonrió y seguimos comiendo. Me gustaba la forma que tenía Liam de querer conocerme, pero yo también quería conocerlo a él. No le dije que Anne me había contado lo de su hermano, esperaba que lo hiciera él, pero me daba la impresión de que con su vida era algo más hermético y que, quizás, le costaría un poco más abrirse a mí sobre ciertos temas tan personales, pero le daría su tiempo para que lo hiciera por sí mismo.

Al terminar, me dijo que tenía que hacer una cosa en el despacho, que lo acompañara y lo hice sin rechistar.

Cuando entré en el supuesto despacho, me di cuenta de que me había engañado. Eso era una despensa y estaba muy oscuro. La puerta se cerró a mi espalda y noté su cuerpo pegado a mí.

Sus labios en mi nuca y su lengua provocándome escalofríos. Sus manos en mis caderas, me acarició el vientre y subió hasta mi pecho a la vez que pegaba mi cuerpo más al suyo. Cogí aire, no sabía ni lo que iba a decir, pero me tapó la boca con una de sus manos.

—No, ahora no —dijo en un susurro.

Sonreí, estaba esperando a ver qué era lo que pasaba. Todo estaba oscuro, así que solo podía sentir de otras maneras.

Sus manos tocaron y acariciaron hasta que estuvieron dentro de mi ropa, por encima de la ropa interior que llevaba, acariciando mi sexo.

—Mega, abre las piernas —dijo en mi oído, con voz ronca.

Hice lo que me pedía, noté y escuché cómo se desabrochaba su pantalón y poco después, tras dejarme desnuda de cintura para abajo, sentí su miembro en lo bajo de mi espalda. Gemí.

Una de sus manos en mi clítoris, su erección en mi trasero, su otra mano dejando libres mis pechos. Era un placer insoportable el que sentía, necesitaba sentirlo dentro pronto y el movimiento de mis caderas se lo hacía saber.

Me hizo agacharme un poco y poco después gemí al notar toda su erección en mi interior, tuve que morderme el labio para evitar chillar, pero aun así no lo amortigué mucho.

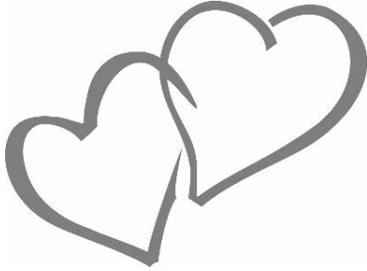
Entró y salió de mí con fuerza, con desesperación. Sus dos manos en mis pechos, los agarraba con fuerza mientras sus movimientos se hacían más y más rápidos. Yo no podía ni respirar y el orgasmo llegó para mí, haciéndome estallar en mil pedazos.

Cuando eyaculó, nos quedamos los dos en silencio, sin decir nada. salió de mí y escuché cómo se subía la cremallera. Yo aún no era capaz de arreglarme, aún me temblaba todo.

Me dio un beso en el hombro y sin decirme nada, se fue, dejándome allí.

Aluciné, es que no me podía creer que me dejara allí, sola, aun temblando por los efectos del orgasmo.

Me coloqué la ropa y salí, estaba fuera, esperándome. Fuimos hacia la barra, nos tomamos algo, quedamos para vernos al día siguiente y me marché a casa. estaba con una sonrisa en la cara, emocionada por lo que estaba viviendo con él.



Capítulo 8

Esa mañana me despertó el timbre. Escuché cómo Emily abría la puerta y que era Colin, resoplé y me levanté de la cama. Fui hacia el salón para saludarlo, Emily estaba trayendo el desayuno para los dos.

—Buenos días, pija vaga. No me puedo creer que no fueras por mí al hospital, aún estoy enfadado —dijo con una cara que mostraba que lo estaba.

—No estoy para ayudarte siempre en todo, Colin.

—Pero si solo tenías que ir por mí... Yo es que alucino contigo —tomé asiento y bebí de mi taza de café después de agradecerle a Emily.

—Yo también alucino y no me puedo creer que no dejes de meterte en líos —el lío al que me refería no era tan pequeño, tenía la cara bastante magullada. Sentía un poco de arrepentimiento por no haberlo ayudado, pero tenía que darle una lección.

—No podía dejar que me pisotearan...

—Y qué más da si terminas con la cara hecha un cuadro, mejor liarte a propinar hostias a diestro y siniestro para sentirte mejor.

—No tienes ni idea de mi vida, hermanita.

—Y prefiero seguir así....

—Mañana salgo para Miami, Mark me invitó a su fiesta. Me ha dicho que quiere que vengas.

Claro... Quería que fuera para terminar conmigo en la cama, era la única razón por la que un amigo de Colin me invitaría a una de sus fiestas. No era la primera vez que ocurría y a mi hermano le venía bien porque por ese motivo

lo invitaban a más fiestas de lo normal.

Se iba a quedar sin fiesta si era necesario, pero yo estaba cansa de esa situación. Lo había hecho muchas veces, había terminado en la cama con quien fuera y me había dado igual, había pasado un buen rato, pero yo ya no era esa mujer. Tenía a Liam, no necesitaba buscar nada en nadie más.

—Dale recuerdos, pero discúlpame con él, no puedo ir.

—Claro, el trabajo no te deja —dijo irónicamente.

—Seguro que más que tú hago, al menos no me meto en problemas cada dos por tres —no podía callarme, entré al trapo.

—Espera, que ahora eres el ejemplo para seguir —rio.

—No tengo ganas de discutir, Colin. Ve, haz lo que quieras, ¿cuánto tiempo estarás allí?

—No sé. Ya que voy, aprovecho y termino con más de un compromiso.

—¿Compromisos de camas? Entiendo...

—Compromisos de amor, hermanita.

—Amor, claro... —resoplé, intentaba que no me pusiera de mal humor esa mañana, pero estaba perdiendo la batalla.

Me callé, esperando que se fuera pronto porque no tenía ganas de empeorar mi día. Y menos mal que no tardó mucho en hacerlo, tras tomarse el desayuno, se fue. Me dijo que volvería a la vuelta de su viaje, lo que significaba bastantes días, porque ese aprovecharía hasta el último minuto de fiesta.

Suspiré, mi hermano no iba a cambiar. Su vida seguiría siempre así y sabía que todo eso le iba a perjudicar, pero estaba en él salir de ese mundo o matarse.

Duele entender que no puedes hacer más por alguien, pero llega un momento en que terminas aceptando que solo él puede cambiar si quiere y que tú solo puedes quedarte observando si sale del pozo o se hunde para siempre

en él.

Hablé un poco con Emily mientras terminaba de desayunar y después me preparé la bañera, tenía que relajarme. El tema de mi hermano, por más que yo quisiera mostrar indiferencia, me afectaba demasiado. De fiesta en fiesta, drogas, alcohol... Rezaba porque viera dónde estaba y lo mal que iba a terminar.

Y pensar en mi hermano me hacía pensar en mis padres al culparlos. Su forma de actuar fue lo que llevó a Colin a caer empicado y yo no sabía si podría perdonarles eso alguna vez. Se suponía que los padres estaban para proteger a sus hijos, para enseñarle lo bueno y lo malo, para reconducirlos cuando se salieran del camino. Pero mis padres no eran normales, ellos no tenían ese rol en nuestras vidas. Y el rencor que les guardaba era muy grande.

Intenté callar mi mente y disfrutar de ese momento de relax. Ya fuera, arreglada para mi cita, bajé a la calle. Liam ya estaba ahí, esperándome dentro de su coche, con su preciosa sonrisa. Entré y me monté, me dio un beso en la mejilla y sonreí.

—Estás guapísima —me guiñó un ojo y arrancó.

—Gracias. Tú también.

—¿Qué te parece si paseamos y comemos algo por la Quinta Avenida?

—Perfecto, el bullicio de la ciudad me fascina —no pude evitar reír, por más que su pregunta sonara a proposición, era una decisión ya tomada.

—Pues vamos, me apetece —rio él y yo seguí riendo mientras negaba con la cabeza.

—Espero que sea especial el día de hoy —dije con voz seductora, para ponerlo nervioso.

—¿Qué esperas tan especial?

—No sé, tal vez repetir el estar encerrados en una despensa... —dije como con vergüenza, pero emocionada por repetir algo así.

—Me pones nervioso cuando hablas así. Y me das miedo...

—Lo del miedo sabes que no lo creo. Creo que te transformas... Y quiero verte transformado de nuevo —le guiñé un ojo cuando nos miramos.

—Estoy conduciendo y te aseguro que me estoy poniendo muy nervioso.

—¿Y? Quería decírtelo. Y... Tengo otra cosa que decirte.

—A ver... Pero dime antes si tengo que parar el coche —enarcó sus cejas. Me reí, no pude evitarlo.

—No, no creo que necesites parar el coche, pero sí que creo que te gustará oírlo.

—Me das miedo... —negó con la cabeza.

—Tengo agujetas, Liam. Te juro que desde que estoy contigo, tengo agujetas en lugares que ni sabía que se podían tener —dije muy seria.

—Estás loca —soltó una carcajada—. Voy a chocar por tu culpa, que lo sepas —no podía dejar de reír.

—Pero es que es verdad, te lo juro. Y la única forma de que las agujetas desaparezcan es hacer más ejercicio... Ya sabes, el mismo ejercicio —seguía riendo y yo quería excitarlo al máximo.

Puse los ojos en blanco cuando mi móvil sonó y rompió ese momento entre los dos. Cuando vi que era mi padre, resoplé, no iba a coger la llamada, bastante que ya me había jodido mi momento erótico. Pasaba de él y me daba igual lo que quisiera. Además, ¿ahora se acordaba de llamarme?

—Es tu padre... —dijo Liam al ver el nombre en la pantalla.

—Ya veo...

—¿No lo coges?

—No tengo ganas.

—Te duele, ¿no?

—Eso da igual, Liam. Prefiero pasar del tema, de nada vale pensar en eso.

—Lo siento, no quise ponerte triste.

—No es tu culpa.

—Ni quiero que esa llamada nos corte el momento, Megan.

—No lo hará. Se me pasará pronto, solo que saber de él me pone enferma.

El móvil volvió a sonar y volví a ignorarlo. Y sonó una tercera vez... Mi padre no dejaba de insistir y resoplando, cogí la llamada.

Miré a Liam antes de responder y le sonreí de vuelta cuando me sonrió con ternura. En sus ojos leía que me entendía y que me apoyaba y eso era mucho para hablar.

—Hola —dije al descolgar, no sabía qué ocurría ni por qué insistía.

—Megan, te llamo para que vengas a la fiesta, como todos los años. Será el...

—Ya me comentó mi hermano, pero no puedo ir. Ya tenía planes para ese día. Es que ando bastante ocupada...

—No puedes decir que no, Megan, tienes que venir.

—No, no voy a ir, papá. Y tampoco entiendo que insistas, que Colin y yo vayamos o no, no te afectará en nada. No es que se note nuestra ausencia...

—No me enfades, Megan.

—¿Yo? No es mi intención, pero eres libre de hacerlo si quieres. Pero no iré a esa fiesta.

—Entonces allá tú con las consecuencias.

—¿Es una amenaza?

—Tú me estarías obligando a tomar una decisión.

—Pues hazlo, papá, tal vez también tomaré yo alguna.

—Estás siendo injusta, Megan. Siempre lo eres, conmigo y con tu madre. No entiendo por qué si te damos todo lo que necesitas. Tienes una cuenta bancaria que es impensable para cualquier mortal y tú solo sabes hacernos sentir tu rechazo.

—Claro... Mira, papá, no quiero discutir. Adiós.

—Ya hablaremos...

—No lo haremos, ni ahora ni en mucho tiempo. No me apetece. No tengo ganas de tener que buscar un psicólogo por hablar contigo.

Y colgué. No quería hablar, no tenía ganas de hablar de nada con él. Suspiré y me quedé mirando a la nada.

Liam no habló, estuvo callado, respetando ese momento de soledad que necesitaba y se lo agradecía mucho. Aún no sabía toda la historia para poder opinar.

Poco tiempo después dejamos el coche y fuimos a comer a un restaurante donde yo solía ir de vez en cuando. Al parecer, Liam también había ido más de una vez. Me sorprendió que eligiera aquel lugar para comer.

Cuando ya la tensión abandonó mi cuerpo, pude relajarme y disfrutar de la cena junto a él. Volver al juego que teníamos en el coche, sentirme, de nuevo, seductora. Por suerte, el episodio de mi padre no me amargó la comida y pude dejarlo en un segundo plano en mi mente para poder disfrutar con Liam.

Comimos y paseamos, aproveché para hacer algunas compras. La ropa era algo que me encantaba y a mí me daba igual si yo tenía el armario lleno, yo nunca tenía suficiente con eso. Liam no podía creerse lo que me gastaba en cada “trapito”, como él decía, pero se portó bien, acompañándome y cargando con casi todas las bolsas.

—Megan, la verdad ¿necesitas todo esto? —preguntó cuando dejamos las bolsas de ropa en el maletero del coche.

—Si vas a seguir conmigo, más vale que te acostumbres a esto, es mi pasión.

—Eso lo entiendo, pero no creo que necesites nada.

—Sí lo necesito. Como te necesito a ti. Yo soy así, Liam. Me gusta gastarme el dinero, sobre todo en ropa. Es lo que llevo haciendo toda mi vida. No puedes pretender que cambie eso, no a estas alturas. Lo siento, pero si no

te gusta cómo soy, ya sabes... —lo dije seria, pero ambos sabíamos que estaba bromeando.

—Yo no voy a ningún lado, cariño, solo hacía un apunte —me guiñó un ojo y me dio un beso.

—Cariño... Me gusta esa palabra —dije emocionada.

—Estás loca —rio y me besó de nuevo, cerró el maletero del coche y me agarró para besarme mejor.

—¿Un eras tú el que no quería una mujer previsible? Pues ¡bingo! Aquí estoy, la que no lo es.

—Y eso me encanta, pero es que... Estoy...

—Muy guapo, lo sé —lo interrumpí.

Lo hice reír de nuevo. Se estaba divirtiendo y yo también, nos lo estábamos pasando muy bien. Y todo eso me había ayudado a olvidar lo mal que me había hecho sentir la llamada de mi padre, al menos podía haber parado esa mala sensación.

Que insistiera lo que quisiera, no quería ir a esa fiesta. Mi hermano y yo no íbamos estar pendientes a todos sus deseos, también teníamos una vida. Bueno, yo intentaba tenerla y no me apetecía verles la cara a mis padres.

Llegamos a mi casa después de cenar, pasamos un día maravilloso fuera. Lo invité a subir y a tomar algo y aceptó. Y a lo que no dije claramente, pero que ambos sabíamos. Y estábamos deseando hacerlo.

Yo esperaba seducirlo un poco, pero no pude. Al llegar a mi casa y entrar, Liam me pegó a la pared de la entrada y devoró mi boca, dejándome sin respiración. Lo notaba desesperado, lo mismo que sentía yo, deseaba devorarlo.

Nos besamos, nos devoramos, nos desnudamos antes de llegar a la cama donde caímos, rendidos al placer.

No quería que ese momento terminara, no quería dejar de sentirlo.

Cuando eso ocurrió, aún los dos temblando por haber alcanzado el éxtasis, nos quedamos mirándonos a los ojos, sin decirnos nada. bajó su cabeza y me dio un dulce beso es los labios antes de levantarse de la cama.

Vi cómo recogía su ropa del suelo y al rato escuché cómo se abría y se cerraba la puerta de mi apartamento.

Otra vez sola. Otra vez me había dejado sola después de estar conmigo. No podía ser...

No entendía lo que estaba pasando, no entendía por qué hacía eso.

En ese momento me sentí muy poca cosa, allí, sola, encerrada en mi torre de cristal.

Lo que sentía por Liam cada vez era más profundo, cada vez lo necesitaba más y me daba miedo lo que pudiera significar eso. Sobre todo porque no sabía qué era lo que sentía él. Aunque lo imaginaba, en momentos como ese cuando después de estar conmigo desaparecía como alma que lleva el diablo, me sentía con que no podía dar nada por hecho.

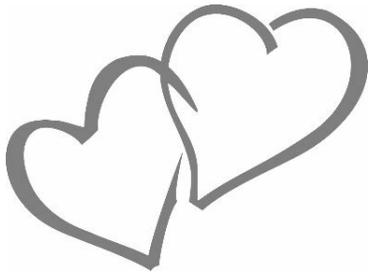
Me puse la bata y me levanté de la cama, me serví una copa de vino y me quedé en el sofá, mirando la ciudad a través de esas inmensas cristaleras.

Suspiré y volví de nuevo mi mente a Liam. Me encantaba, era más que eso. Pero sabía que había algo que no me contaba y eso le hacía huir como lo había hecho ya dos veces. Quizás nos veríamos de nuevo y el tema no surgiría, pero ¿volvería a marcharse también la próxima vez?

Ojalá pronto pudiera confiar en mí y contarme qué era lo que provocaba esa manera de actuar porque lo que yo más deseaba en el mundo es que lo mío con Liam siguiera adelante.

Él era especial para mí y mientras estaba junto a él, me sentía la mujer más feliz del mundo.

No necesitaba nada más.



Capítulo 9

A la mañana siguiente me despertó la notificación de un mensaje en el móvil. Era Anne, sonreí al leerlo.

Me invitaba a almorzar cuando saliera del trabajo y le dije que sí, que nos veíamos. Yo no tenía nada que hacer y no había quedado en ver a Liam, así que tenía todo el día libre.

Me sentía rara con el hecho de tener una amiga, no me lo podía creer, era una sensación extraña y bonita. Sabía que Anne podía ser realmente una amiga de verdad. Y me había hecho mucha ilusión su proposición.

Quedamos en vernos cerca de donde trabajaba, llegué a tiempo y cuando me vio, se acercó a mí haciendo la tonta, desfilando por la calle, como si fuera una pasarela de las más importantes, me hizo reír, era un encanto de mujer y súper divertida. Nos dimos un abrazo y dos besos.

—Estoy muerta de hambre —resopló.

—Pues vamos, que yo también me comería una vaca —reí, caminando con ella hacia el restaurante de comida mexicana donde habíamos elegido comer.

Entramos, nos sentamos a la mesa y pedimos.

—Hoy me siento cansada... Te juro que si tuviera el dinero que tienes tú, no trabajaría en la vida. Qué hartita estoy —dijo dramáticamente.

—Pues yo me cambiaría por ti, te lo aseguro. No sabes lo que es vivir como yo —dije con sinceridad.

—Tú también tienes lo tuyo encima, el tema de tu familia debe de ser muy

difícil para ti.

—Más que eso. No es solo que no nos llevemos bien, sino que no tengo familia. Podríamos decir que mi familia son los ceros de mi cuenta corriente.

—Cuando hablas de ellos, además de tristeza, se nota como odio.

—Supongo que es así, pero es como me nace. Pensé que no me afectaba tanto, tengo dinero y todo lo que quiero, pero cuando llegó el momento en que me di cuenta de que eso no servía y que realmente no tenía nada, sentí como si el mundo se me viniera encima y eso me hizo odiarlos. Y no es una buena sensación.

—No los odias, es la rabia. No eres una persona mala, si lo fueras, yo no estaría aquí. Y me tienes, me ganaste —sonrió.

—Eso aún no me lo creo, Anne, aún no asimilo el poder decir que tengo una amiga —dije con vergüenza.

—Pues soy tu amiga y estaré siempre, ya lo verás y lo creerás. ¿Sabes qué?

—A ver... —dije con curiosidad.

Miré a esa mujer que tanto me ofrecía casi sin conocerme y sabía que era sincera. No solo era una mujer preciosa, sino que por dentro lo era aún más. La forma que tenía de ser, de tratar a los demás, con esa dulzura que desprendía, esa sensibilidad extrema que yo había notado... Era muy diferente a todas las chicas que había conocido a lo largo de mi vida, tan superficiales y con los sentimientos encerrados. Era tan diferente a mí... Mientras nosotras lo creíamos tener todo y éramos seres marchitos, Anne desprendía vida. Era lo que más me gustaba de ella.

—Me gusta hablar contigo, me gusta cuando me cuentas tus cosas —me guiñó un ojo.

—Qué bonito es eso —sonreí.

—Es así, me gusta oírte. Eres alguien que ve sus errores, que aprende de

ellos y quiere cambiar y eso es muy importante en una persona.

—¿Tú crees?

—Sí, es así. Pero me gustarás más cuando veas lo que vales —rio.

—Buena estoy —reí yo, haciendo la broma—. Ya en serio, no tengo muy buen concepto de mí ahora mismo.

—Pues deberías tenerlo. Fallar no importa, todos lo hacemos. Pero fallar, verlo y rectificar es lo realmente valioso. No ha debido ser fácil para ti ver que vivías en un mundo falso y querer salir de él.

—La verdad es que no es fácil y aún no sé si estoy haciéndolo bien.

—Yo creo que lo estás haciendo muy bien, confía en lo que te digo, vas por muy buen camino. Estar con gente como yo te va a ayudar, verás —dijo riendo, como bromeando, pero era cierto.

—No es para risa, es así, no sabes cuánto me ayuda tenerte cerca —dije emocionada, sin evitar derramar una lágrima—. ¿Y sabes qué?

—A ver... Dime lo que quieras, pero no llores —sonrió con cariño.

—Perdón, es que me emociono —reí como una tonta, limpiándome esa lágrima—. Para mí, toda la gente tiene un precio, al menos en el mundo en el que me muevo. Pero al salir de ahí, me he dado cuenta de que no todo el mundo es así. Los sentimientos no se pueden comprar.

—Menos mal que te diste cuenta. Se podrá comprar muchas cosas, pero eso no. Este mundo es capitalista, todo se basa en el dinero, en comprar y en tener más y más. Pero cuando hablamos de humanidad, las cosas no son así. Hay mucha gente que es capaz de hacer cualquier cosa por tener un buen fajo de billetes, pero lo mayoría de los mortales vemos que eso solo es papel y que lo que realmente vale y nos hace feliz son cosas mucho más valiosas y que nada tienen que ver con el dinero.

—Es tal cual lo dices...

—Y dime, Megan, dejando a un lado tanta filosofía —rio—. ¿Tú y Liam os

estáis viendo?

—Pues sí...

—¡Lo sabía! —dijo emocionada.

—Liam es... No sé ni qué decir, es un amor. Pero hay algo que no me cuadra Anne.

—A ver, cuéntame —esperamos a que el camarero dejara las cosas en la mesa y seguimos con la conversación.

—Liam es el mejor, es un gran hombre. Pero... Hay algo que no sé... No me cuenta nada sobre él o sobre su vida y tengo como una sensación rara sobre eso.

—Entiendo lo que me dices. Liam es así, una gran persona, pero es cierto que le cuesta mucho abrirse a los demás. Con nosotros es porque lo conocemos desde pequeño, sino... Es muy celoso con su intimidad.

—Es que hay algo que se me escapa de él. Le gusto, eso lo sé, se nota, pero ¿es solo sexo? ¿Algo ocasional?

—¿Solo sexo? Tirártelo no es poco —rió a carcajadas, haciéndome reír.

—Estoy más que enganchada con él, Anne —dije seria cuando dejé de reír.

—Dale tiempo, irá bien, no te comas la cabeza tanto.

—Lo intento.

—Hay cosas peores, como lo mío...

—¿Lo tuyo? Cuéntame.

—Nadie sabe esto, Megan, es un secreto. Necesito contarlo...

—Puedes confiar en mí.

—Lo sé —sonrió—. Estoy enamorada de alguien...

—Ajá... —la animé a seguir.

—Brian... Estoy enamorada de Brian —dijo al final, tapándose la cara, avergonzada.

—¿En serio? —estaba alucinando— ¿Él sabe algo?

—No, qué va a saber...

—No sé, a lo mejor se lo imagina.

—Qué va. Y yo no voy a insinuarle nada, creo que me tiene cariño, pero como si fuera su hermana.

—No sé cómo nunca se te ha notado. ¿Nunca has hecho nada, ni un comentario?

—Sí, una vez que estaba bebida. De broma le dije que si seguíamos solteros al cumplir los cuarenta, que nos tocaría casarnos, pero estaba borracha, no cuenta —rio.

—¿Y él qué dijo?

—Pues que antes de aguantarme a mí, se quedaba toda la vida soltero.

Me reí a carcajadas, como ella.

—Pero eso sería de broma, mujer.

—Claro, tan broma como la mía —rio.

—Pues yo que tú insinuaba algo, no sé, poco a poco, a lo mejor te sorprendes.

—No sé, Megan. Brian es muy bromista y no se toma las cosas en serio tampoco, así que es difícil dejarle caer. Nos conocemos desde hace mucho, creo que para él soy como una hermana. Es que nos conocemos tan bien que no creo que quiera ni sexo conmigo. Soy algo así como la mujer intocable.

—No sé yo... Es complicado, pero eres una mujer preciosa, yo no creo que le seas indiferente, Anne. Él no sería tan tonto de desperdiciar la oportunidad de tenerte a su lado.

—No sé... Pero así de duro es el amor. Me apetecía contarte mi gran secreto, gracias también por confiarme los tuyos. Sobre Liam... Él es así, Megan, no lo hace solo contigo. Es hermético con sus sentimientos, pero te aseguro que si estáis quedando es porque está interesado en ti.

—Ojalá, Anne... Yo siento mucho por él, la verdad es que lo adoro aunque no lo conozca del todo. Nunca había sentido algo así por nadie y es todo muy grande para mí. Cuando se va y me deja sola, me siento como vacía, no sé explicarlo. Me duele que se vaya, me da pena volver a sentirme sola. Ay, que no quiero llorar...

—No llores —sonrió—. ¿Has hablado ya hoy con él?

—No, ni tampoco hemos quedado. Pero pensaba en ir al restaurante esta noche, como sorpresa, aunque no sé si le gustaría.

—No te va a echar, Megan —rio.

—Eso espero —reí yo también.

Comimos entre risas, me lo pasé muy bien con ella. Me despedí cuando tuvo que volver al trabajo y di un paseo por el parque, hacía un buen día. Estuve sola toda la tarde, me tomé un café y cerca de la hora de cenar, acabé en la puerta del restaurante de Liam.

Entré con un poco de miedo, sin saber cómo iba a reaccionar, pero es que me apetecía mucho verlo.

Al verme entrar, me sonrió, como siempre lo hacía y me relajé, no le había molestado mi visita sorpresa.

—Esto sí que es una sorpresa —me dio un beso a la mejilla y me dijo que lo acompañara a la barra.

—Estaba paseando y pensé en tomarme algo aquí —me sentí en uno de los taburetes y él a mi lado.

—Vaya... Y yo que me había ilusionado pensando que querías verme —suspiró, como con pena.

—Tampoco es que seas Liam DiCaprio —dije de broma.

—Sí, una pena —rio, nos sirvieron dos copas de vino y bebí un poco.

—Hoy almorcé con Anne —le conté.

—Me encanta —sonrió—. Es una gran mujer, te sentirás bien con ella y te

hará mucho bien, Anne siempre ayuda positivamente.

—Sí, me gusta mucho —sonreí—. Me hubiera gustado pasar más tiempo con ella, pero tenía que volver al trabajo.

—Será la primera de muchas más veces, verás. Ven, sígueme, quiero enseñarte algo. Deja la copa aquí —me guiñó un ojo.

Yo ya sabía adónde íbamos y me excité con solo pensarlo. Y por eso mismo, porque sabía a qué, arqueé mis cejas y me quedé en el sitio, sin moverme. No iba a pasar lo mismo de siempre. No iba a ir con él para que después saliera corriendo, así que me quedé donde estaba. No me gustaba la sensación de ese momento y no iba a caer otra vez, que después lo pasaba muy mal, por más que deseara estar de nuevo con él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al ver que no me movía, estaba de pie, a mi lado.

—Sí...

Fue a cogerme del brazo para que me levantara, pero no lo dejé.

—Vas a venir conmigo, no puedes negarte y lo sabes —hizo que me levantara y que lo siguiera—. Te quiero ahora, Megan y no vas a negarme eso. Lo sé yo. Lo sabes tú... —entramos en la despensa y suspiré, frustrada por lo poco que había durado mi determinación. Frente a mí, agarrando mi cintura, pegó nuestros cuerpos.

—Eres idiota —resoplé.

—Sí que lo soy, pero te gusto —y noté sus labios sobre los míos, haciéndome perder cualquier resquicio de cordura.

Ahí estábamos los dos. Él dominando la situación, yo dejando que lo hiciera. La barrera que había puesto para no sentirme mal la había derribado en menos de un segundo, y es que no podía negarme a él.

Lo deseaba tanto como él a mí.

Intenté no pensar y solo disfrutar del momento de tenerlo para mí, disfrutar

de su cuerpo y dejarlo hacer con él mío. Liam provocaba en mí un placer que nunca había experimentado.

Los besos y las caricias eran desesperadas entre nosotros. Con la ropa ya quitada, acabamos en el suelo, disfrutando del cuerpo del otro.

Temblando por el placer...

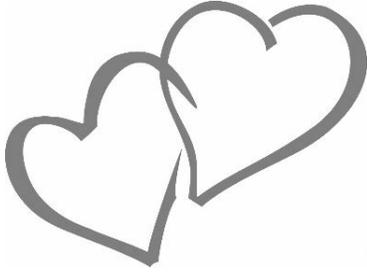
Me ayudó a levantarme al terminar, se vistió y me ayudó a vestirme a mí y me llevé una sorpresa al ver que no se iba y me dejaba allí sola. Me besó, mordiendo mi labio inferior cuando ya estábamos listos y fue en ese momento cuando se fue, dejándome allí, sin decirme nada.

Joder, lo había vuelto a hacer.

Cuando pude relajarme, fui hasta la barra y terminé de beberme mi copa de vino. Un adiós a Liam y me marché de allí tras su sonrisa de “me encantó el polvo, pero solo fue un polvo”. O al menos eso era lo que entendía yo.

Y me sentí muy mal. Llegué a mi casa sintiéndome idiota.

Y sola, otra vez...



Capítulo 10

Estaba saliendo de mi dormitorio a la mañana siguiente cuando escuché cómo llamaban al timbre y cómo Emily abría la puerta. Llegué al salón y me extrañó que quien entrara en mi apartamento fuera mi hermano, pensaba que ya se había ido para Miami.

—Pensé que ya te habías ido —dije al verlo

—Necesito hablar contigo —sonaba preocupado y eso no me gustó nada.

Emily apareció con una taza de café para cada uno y nos sentamos en el sofá tras darle las gracias.

—¿Qué has hecho ahora? —pregunté, temerosa.

—Yo no hice nada, lo has hecho tú.

—¿Que yo hice qué? No sé de qué hablas —o venía colocado o no entendía nada.

—Te vi ayer. Estabas en la puerta de un restaurante.

—Ajá...

—Te despedías de Liam —dijo muy serio.

—¿Y tú cómo sabes su nombre?

—¿Estáis juntos, Megan?

—Tanto como eso no, no hace mucho que nos conocemos, pero de todas formas, dime cómo es que lo conoces. ¿O es que me has estado siguiendo? Si es así e intentas joderme esto, Colin... —cogí aire, intentando calmarme—
Mierda, ¿de qué lo conoces?

—La noche que estuve en el hospital...

—¿Sí?

—La pelea que tuve fue con él.

—Ay Dios... —me iba a dar algo— Quiero saber todo, empieza a explicarme pero ya, Colin.

—El odio que me tiene no es de ahora, Megan, es de hace mucho.

—¿Odio? ¿Pero por qué demonios te odia?

—Por lo de su hermano... —dijo cabizbajo.

—Su hermano... ¿De qué hablas? —estaba desesperándome, iba a perder la poca paciencia que tenía.

—Es hermano del hombre al que atropellé. Es el hermano del chico que murió, Megan y me odia a muerte.

—Ay que me da... No te estarás quedando conmigo, ¿no? Porque si es así, es una broma de mal gusto, Colin —me levanté, nerviosa perdida.

—Cuando te vi con él... Tenía que decírtelo, Megan. No sé si será bueno que lo veas de nuevo. Va a descubrir quién eres tarde o temprano.

—Joder... ¡Vete de mi casa!

—Megan...

—¡Que te vayas! —grité como una loca.

—Así que te acuestas con él... —dijo al levantarse del sofá.

—Maldita sea, Colin, ¡vete de aquí! ¿Cuánto daño más vas a hacer? Te jodes tu vida, jodes la vida de otra persona y la de todos los de alrededor y ahora estás jodiendo la mía. Tenía ganas de ser feliz —se me escapó una lágrima—. ¡Vete! Maldito seas...

Vi cómo se iba y escuché cómo la puerta se abría y se cerraba. Me quedé allí un momento mientras dejaba que las lágrimas salieran a borbotones. Sentí el abrazo de Emily y me aferré a ella como si se me fuera la vida. Ella entendía, seguro, por lo que estaba pasando, sabía que tenía muchas ganas de cambiar, de vivir y de ser feliz.

Pero esa ilusión se acababa de romper, mi hermano acababa de joderme la vida. Mierda, Liam era el hermano del chico que mi hermano...

No podía ser.

En mi memoria tenía la imagen de los padres de ese chico, pero nunca conocí a otro familiar más. Desembolsamos una fortuna para tapar lo que pasó, sus padres aceptaron una enorme cantidad de dinero. ¿Sabía Liam de eso? ¿Y ahora qué iba a hacer yo con todo aquello?

—No sé qué hacer ahora, Emily, es que no puedo creerlo —no podía dejar de llorar, la tristeza y la incertidumbre no me daban tregua.

—Qué mala suerte... Ay, cielo, se complicó todo, no entiendo por qué tenía que pasarte esto.

—Si él sabe quién soy yo... Nunca me aceptará, Emily, nunca lo hará.

—No puedes ocultar quién eres, Megan. Se enterará, sea por ti o no. Y cuando se entere quién es tu hermano... No creo que quiera verte otra vez —dijo con pena, mirándome, pero siendo sincera. Decía lo que yo ya sabía, no había por qué maquillar las cosas.

—Maldito... No quiero volver a verlo, lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas, Emily, odio a Colin.

—Sé cómo te sientes, cielo. Ahora estás dolida, pero no tomes decisiones así, hay que hacerlo y decir las cosas con la cabeza fría.

—Ay Emily... —sollocé— Siento tanto dolor...

Me quedé un rato con ella, dejando que me consolara. Después me fui a mi dormitorio y me dejé caer en la cama, sin poder dejar de llorar. Sentía el corazón roto, la sensación era horrible. Estaba sola y me sentía más sola que nunca.

No quería sentirme así, no podía soportar ese dolor. Quería hacer una locura, desaparecer por completo. Tal vez huir y no volver en mucho tiempo.

No sabía qué podía hacer, pero lo que tenía claro es que no podía hacerle

daño a Liam y cuando descubriera que yo era la hermana de Colin, el que mató a su hermano, le iba a hacer mucho daño. Y ya mi hermano le había hecho demasiado daño como para yo hacerle más. Él no podía enterarse de quién era yo, eso lo destrozaría, saber que con quien se estaba viendo era con la hermana del hombre que acabó con la vida de su hermano, quien le destrozó la vida.

Cogí mi ordenador y busqué un vuelo para Irlanda. Me compré, hacía un tiempo, una casa allí y aunque nunca había estado, me había encargado de que se remodelara y se decorara a mi gusto.

Tenía que desaparecer, perderme por allí.

Cogí el primer vuelo que había disponible, salía a última hora de la noche. Tenía que darme prisa, preparar las maletas y desaparecer lo más rápido que pudiera. Tal vez empezar una nueva vida allí, lejos de Liam, donde no pudiera hacerle más daño.

Salí del dormitorio y mientras almorzaba, le conté mis planes a Emily. Se puso muy triste, que me echaría de menos, pero lo entendía. Me dijo que no me preocupase por nada, ella se encargaría de mi apartamento. La sentí desconsolada y así era como me sentía yo también.

Con las maletas ya listas, le di un gran abrazo y lloré antes de marcharme de allí, tenía un taxi esperándome en la puerta y no tardamos en salir con rumbo al aeropuerto.

Desde el coche, viendo cómo la ciudad se quedaba atrás, la pena que sentía se aumentaba. No podía dejar de llorar, la felicidad que creí encontrar fue demasiado efímera, no me había dado tiempo a nada.

En el avión, viendo cómo la ciudad desaparecía de mi vista, sentí que también se acababa mi vida. Ya nada volvería a ser como antes. Yo no había elegido ser quien era, yo no tenía la culpa del daño que mi hermano hizo, pero yo era la que tenía que sufrir algunas de las consecuencias.

Tampoco era culpable Liam y había sufrido un daño irreparable y yo no podía dañarlo aún más.

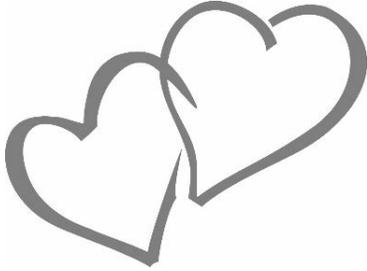
Sentía que no me quedaba nada. No tenía nada. Solo dinero...

Me notaba triste, vacía...

Ojalá todo eso no estuviera pasando, pero era real.

Se terminó la ilusión,

Yo sentía que se me terminada la vida.



Capítulo 11

Cuando aterricé en el aeropuerto de la capital irlandesa, había un chico esperándome para llevarme a mi casa. El apartamento que tenía allí estaba en el centro de la ciudad, en una de las calles más importantes y más conocidas de Irlanda. No sabía eso porque hubiera ido, pero sí había investigado mucho sobre ese lugar antes de comprarme esa casa. Ese apartamento no fue más que un capricho y un regalo de mis padres por mi cumpleaños, un regalo más para suplir la ausencia por no haberlo celebrado conmigo.

Fuera lo que fuera, era mi casa.

Había pensado muchas veces en ir, pero nunca se me dio la ocasión. Tenía pensado pasar allí un verano, y al final todo había predispuesto que estuviera allí sin planearlo y antes de lo que me imaginaba.

Menos aún de la forma que hubiera querido.

Me sentía como si fuese un monstruo, huyendo de la realidad. Colin había jodido mi relación, había jodido mi vida cuando había decidido, por fin, vivirla. Seguro que todo eso también era un castigo de la vida hacia mí, una manera de darme una lección por lo mal que me había comportado siempre y por el poco valor que les había dado a las cosas.

Pagué por la libertad de mi hermano tiempo atrás, un hombre había perdido la vida y en ese momento yo estaba huyendo por haberme encaprichado con el hermano de ese hombre.

Todo era una mierda. Yo no merecía nada bueno, solo lo malo que me estaba sucediendo por haberlo hecho tan mal en la vida.

En ese momento pensaba que no servía de nada poner miles de kilómetros de distancia, no servía de nada que huyera, la penitencia la llevaba dentro. Esa carga se quedaría siempre conmigo, como un equipaje pesado en mi espalda, como una carga insoportable en mi conciencia.

Era mi castigo.

Lo pagaría, porque lo que no podía hacer era hacerle daño a Liam. Liam no podía saber quién era yo, no podía hacerle ese daño, no podía ser tan egoísta y tan mala persona. Era mejor que yo sufriera, sola, en silencio.

Dejé las maletas en mi casa y eché un vistazo. Estaba preciosa, tal como yo había ordenado que quedara. Me sentí un poco mejor allí, no tan extraña como imaginaba.

Salí a dar un paseo por la ciudad. Estaba cansada de tantas horas de vuelo, pero necesitaba tomar el aire. Aproveché para entrar en un supermercado y comprar algunas cosas, ya al día siguiente me encargaría mejor de llenar el frigorífico y la despensa.

Aunque no hacía sol, iba con mis gafas, como si eso pudiera evitar que la gente me mirase... Pero nadie lo hacía, era como invisible y eso me llenaba de paz. Eso es lo que buscaba mientras estaba en esa ciudad, ser un ser invisible.

Había pasado del lujo y de una clase social en la que todos sabían quién era, a estar en otro lugar del mundo, muy lejos de mi mundo, donde nadie me conocía. Allí daba igual si era la hija de los Thompson. O la hermana de Colin, como fuera que me conociesen.

Me sentía como si estuviera viviendo un destierro. Ahí me había llevado vivir con todos mis lujos y mis pocas consideraciones en la vida.

Con algo comprado, volví a mi casa. Guardé la compra y deshice la maleta. Más tarde, me senté en el sofá con una taza de café en las manos, era lo único que me apetecía, tenía el estómago cerrado.

Tomaba mi café cuando el teléfono sonó. Al ver que era Anne, un suspiro

doloroso se escapó de mis labios. No sabía si contestarle o no porque no sabría qué decirle, pero... Anne no tenía la culpa de nada y quizás se podía preocupar, así que terminé descolgando la llamada.

—Hola... —dije al coger la llamada, evitando llorar de nuevo, pero ella lo notó rápidamente.

—Mega, ¿qué te pasa? ¿Estás llorando? Suenas muy triste.

—Me fui, Anne —las lágrimas salieron sin control, no pude controlarme.

—¿Que te has ido adónde? No entiendo nada, Megan. ¿Qué significa que te has ido?

—Que me fui de la ciudad. Estoy en Dublín ahora mismo. Cogí un vuelo anoche y me vine.

—¿Qué haces allí?

—Me vine por un tiempo...

—¿Por un tiempo? No entiendo, por Dios, cuéntame qué es lo que pasa —estaba bastante preocupada.

—Ahora no puedo, Anne. Te lo explicaré todo, pero dame tiempo. Pero necesito un favor.

—Lo que sea, solo dime.

—Necesito que te despidas de Liam por mí. Dile que lo siento mucho, por todo, pero que me tuve que marchar de allí. Dile que estoy feliz por haberlo conocido, que nunca lo olvidaré, que siempre tendrá un lugar en mi corazón.

—Megan, ¿pero qué pasa?

—No puedo contarte ahora, de verdad. Solo dile eso. Y dile que nunca me busque, que, por favor, nunca intente volver a hablar conmigo.

—¿Estás allí porque quieres o contra tu voluntad, Megan?

—No malpienses. Yo elegí estar aquí.

—No quiero malpensar, pero es que me estás asustando.

—Es lo único que podía hacer, Anne, es la única solución que encontré.

Créeme, es lo mejor.

—Necesito que me cuentes.

—Y lo haré, solo dame un poco de tiempo.

—Está bien, lo haré. Y le diré eso a Liam. Pero, por favor, no dejes de llamarme y prométeme que estarás bien.

—Te lo prometo. Y te mantendré al tanto. Hablamos pronto...

—Un beso, Megan, cuídate.

Colgué la llamada y me puse a llorar desconsoladamente. Sentía que estaba rota por dentro, no había nada que me pudiera consolar. Ni nadie.

Había dejado mi vida atrás, era momento de empezar de cero. Pero para eso tenía que soportar mucho dolor y no era fácil. Pero tenía que hacerlo. En ese momento lo que menos importaba es cuánto me costaría, o si podía, tenía que hacerlo y ya.

Sentía un poco de alivio porque al menos podía hablar, de vez en cuando, con Anne. Eso me hacía sentir algo menos sola.

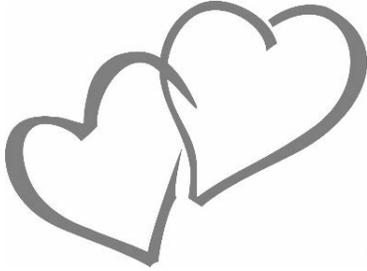
Pensé en Liam y en el mensaje que le dije a Anne que le diera. No podía imaginar cómo iba a reaccionar él, qué iba a pensar de mí, qué sería lo que iba a sentir.

Tal vez se sentiría engañado...

Pero ese dolor era más soportable que el de saber que con quien estás saliendo es la hermana del asesino de tu hermano. Eso sí lo habría destrozado y eso sí que no me lo perdonaría nunca.

Cargaría con todo el dolor y la pena si eso se la quitaba a él.

Por eso estaba en Irlanda.



Capítulo 12

Llevaba ya varias semanas en tierras irlandesas. No había hablado con nadie, ni siquiera con Anne, no le había cogido las llamadas, aún no me sentía con fuerzas. Vivía sola, concentrada en esa soledad.

Cada vez que me ponía a pensar, recordando la vida tan vacía que había llegado hasta ese momento, me odiaba un poco más a mí misma. Podía culpar a todos, desde mi padre hasta sus antepasados, pero yo era la única culpable de la mujer en la que me convertí.

El dinero hacía mucho daño. Nadie se imaginaba cuánto.

Podía haberlo usado de otra forma, quizás para ayudar a mucha gente a tener una vida más fácil pero no, yo había sido una egoísta, pensando que vivía mejor que cualquiera, hasta que me di cuenta de que solo era una desgraciada y de que todo lo que tenía no valía nada.

¿Tantos ceros en mi cuenta corriente para qué?

Para verme sola, en ese momento, lejos de Liam y medio muerta en vida por el dolor.

¿Y ahora cómo me iba a ayudar el dinero a soportar eso?

Cada minuto que pasaba dándole vueltas a la cabeza no era más que una maldita agonía. Me torturaba una y otra vez, y era insoportable.

Era lunes por la mañana y aún estaba con el pijama puesto. El día estaba lluvioso, así que no me apetecía mucho moverme de la cama si no era para estar tumbada en el sofá, tapada con una manta y viendo llover a través de las ventanas.

Llevaba desde el día anterior dándole vueltas a la cabeza, se me ocurrió que ya que había decidido establecerme allí por un tiempo, tenía que hacer algo productivo. Tal vez buscar un trabajo, por muy raro que os parezca... O tal vez montar un negocio allí, el dinero no sería problema para ello, no podría darle un mejor y más productivo uso.

La idea de ser completamente diferente no había cambiado, seguía con las ganas de convertirme en otra mujer.

Lo que había pasado con Liam era demasiado doloroso para mí. Podía haberse convertido en el amor de mi vida, pero que mi hermano fuera el culpable de la muerte del suyo había terminado con cualquier posibilidad de que ocurriera algo entre él y yo. Y eso me hacía sentir que perdía la cordura.

No había nada positivo en lo que estaba viviendo, pero si quería encontrar algo a lo que aferrarme era que, quizás, todo eso había provocado que mi vida cambiara de una vez por todas.

Tenía que empezar de cero. Y a miles de kilómetros de todo eso.

Cuando por fin me levanté de la cama ya era casi mediodía, me di una ducha y me preparé un café, seguía sin ganas de comer nada. por no contar que yo de cocinar... Pues no tenía ni idea, así que otro sándwich no era algo que me apeteciera.

Seguía con mi taza de café en las manos, estaba sentada en el sofá y miraba por la ventana. El paisaje era precioso, eso no podía negarlo. Y cuando llovía, aún más, le daba un aire más melancólico a la ciudad.

Me sentía como si tuviera miedo, creo que esa es la palabra más acertada para definir cómo me sentía. Me daba miedo pensar y recordar, no por los recuerdos en sí, sino por evocar las sensaciones de tristeza y dolor que volvían a mi mente y se hacían dueñas de mi cuerpo.

Y también me angustiaban otras cosas. Cómo estarían todos, cómo estaría

mi apartamento... Allí echaba de menos a Emily, además de por su trabajo porque seguro que me consolaría al verme así. Pero estaba sola, completamente sola y a veces sentía que me ahogaba, como si esa soledad fuese una soga en mi cuello que apretaba y apretaba hasta dejarme morada.

Aún llovía un poco, aunque no tanto como unas horas antes, así que un poco cansada de sentirme encerrada en una jaula, decidí salir a dar un paseo por la ciudad.

No era algo que hiciera en mis viajes. Yo solo servía para alojarme en los hoteles más caros y para ir a visitar las tiendas más lujosas, nunca me había interesado caminar y conocer una ciudad a fondo. Pero yo ya no era esa mujer, estaba viviendo otra cosa muy distinta.

Y no viajaba con Colin. Tampoco tenía a nadie cerca. No estaba Liam...

Estaba sola y tenía que hacer algo.

Me vestí y salí a la calle. Y en ese momento volví a sentirme libre, alguien más de las cientos de personas que caminaban por la ciudad, sin que nadie me reconociera, sin el estigma que era ser la hija de mi padre.

Pasaba delante de los escaparates y pasaba de largo, no me apetecía comprar ropa, había perdido las ganas de hacer algo así. Sin embargo, sí entré en otro lugar al que nunca había entrado. A una librería. Eché un vistazo y acabé cogiendo un par de libros que me llamaron la atención. Di una vuelta más para echar un ojo y entonces vi cómo entraba alguien que me llamó la atención. Era un hombre bastante atractivo, seguramente rondaría los cuarenta, pero no fue su físico lo que me atrajo, sino su mirada. Tenía algo que me ponía nerviosa, era como bastante seductora.

Me enfadé un poco conmigo misma, no entendía cómo podía pasarme algo así a mí. ¿Qué alguien me pusiera nerviosa? Ese hombre despedía magnetismo, no podía explicarlo de otra forma. Atlético, vestido con un traje de chaqueta que le sentaba muy bien y bastante varonil... Era la seguridad es sí mismo lo

que tanto llamaba mi atención.

El lugar no era demasiado grande, así que no tardé mucho en tenerlo cerca y en que se fijara en mí. Que se fijara aun llevando chándal era todo un logro, pero es el vestuario que elegí para ese gris mañana. Me miró, nuestros ojos se encontraron y la seguridad que vi en los suyos me hizo sonrojar.

En el momento de mi vida en el que me encontraba, yo no creía ni en el amor, ni en la felicidad ni, mucho menos, en los flechazos. Eso solo lo había vivido con Liam y las cosas fueron como fueron... Pero en ese momento ni quería ni me apetecía pensar ni creer que me pudiera pasar algo así. Sobre todo porque quien estaba todavía en mi mente y en mi corazón era Liam.

Yo no estaba preparada para nadie más.

Pero mentiría si dijera que ese hombre no logró que, por unos segundos, me olvidara de mi pena. Y eso me gustaba tanto como me disgustaba.

Olía bastante bien, el olor de su perfume llegaba hasta a mí y me estaba nublando los sentidos. En ese momento no me acordaba ni de Liam ni de nadie, tan atontada me había quedado.

Siempre estaba en mi corazón y siempre sería así, pero tenía claro que tenía que seguir con mi vida y fijarme en otro era una señal de que podía conseguirlo, ¿no? Al menos es lo que pensé en ese momento, quizás lo hacía para no sentirme culpable.

No lo habría mirado un tiempo atrás, pero en ese momento había conseguido cautivarme. Era muy atractivo y nunca estaba mal mirar la belleza. De todas formas, disimulé, como pude y me dirigí a la caja para pagar mis libros.

—Buen libro sobre mitología elegiste —dijo una voz a mi lado, la voz de ese hombre, que me miraba sonriendo.

—Es la primera vez que leo algo de esto, espero que tengas razón —dije tímidamente, no quería demostrar demasiada ignorancia.

—Es un interés bastante peculiar, ¿quién lo diría en alguien como tú?

—¿Qué quiere decir con peculiar?

—Nada malo, es solo que conozco la obra y al autor y podría definirse así.

—¿En serio? —pregunté con curiosidad.,

—Pues sí, es un buen tipo y escribe muy bien.

—No lo conozco, pero seguro que me va a encantar.

—Lo que puedo prometerle es que no le decepcionará —sonrió.

—¿Se burla de mí?

—Para nada, me alegra que haya tenido curiosidad de leer algo como eso, aprender siempre es bueno y me alegra que haya elegido ese libro.

Sus ojos sonreían y sentía, por su tono de voz, que intentaba coquetear, pero era bastante sutil. Lo hacía bien, para qué negarlo.

—No quise molestarla... —se disculpó.

—Tranquilo, no lo hizo. Ha sido muy amable y me alegra haber charlado con alguien en un día tan gris.

—Un placer para mí también. Soy Darren y estoy pasando unos días en esta ciudad, temas de trabajo... Cuando tengo algo de tiempo libre, me gusta perderme por la ciudad y comprar algunos detalles que llevarme cuando me vaya.

—Yo soy Megan. También estoy de visita por aquí...

—Le va a sonar muy atrevido, ¿pero le apetece un café? Es que descubrí un lugar con unos dulces fantásticos —sonrió.

No sabía si aceptar o no la proposición, tenía ganas de hacerlo, pero... Me tendría que inventar una historia para explicar por qué estaba allí, no iba a contarle la verdad.

También me sentía mal, podíamos llamarlo remordimientos. Yo no merecía, o eso me decía, un momento bueno, no merecía un respiro y disfrutar de la vida, no después de cómo me había portado toda mi vida.

Estaba desterrada, así lo sentía yo, el placer no estaba dentro de mis planes.

—No quise molestarla —volvió a decir al ver mi cara de pena.

—No, no lo hizo, de verdad. Soy yo, que tengo demasiadas cosas en las que pensar.

Pagué los libros y él hizo lo mismo. Sabía que no iba a insistir. Al salir de la librería, decidí que no había nada de malo en tomarme un respiro.

—Darren...

—Dígame —sonrió mientras cerraba la puerta del local a su espalda.

—Si no le importa, me gustaría acompañarle.

—Pues me hace muy feliz oír eso, le van a encantar los dulces.

—Pero con una condición.

—A ver...

—Que me tutee, no me hable de usted, soy Megan.

—Solo si tú haces lo mismo —sonrió.

—Lo haré —reí.

—Entonces... Vamos, que te van a encantar esos pasteles, ya lo verás.

No tuvimos que caminar mucho hasta entrar en el lugar que él quería. La cafetería era preciosa, con una decoración de madera por dentro que la hacía parecer el interior de un barco. Me fascinó.

Nos sentamos en una de las mesas vacías, uno frente al otro. Era un poco extraño todo, como que no sabíamos qué decir en ese momento, solo sonreíamos como dos tontos.

El camarero se acercó y pedimos unos dulces y un par de cafés. Cuando se marchó con el pedido, Darren inició, por fin, la conversación.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, Darren.

—¿Estás sola en la ciudad?

—Pues sí...

—Yo también —sonrió—. ¿Y puedo preguntarte por qué?

—Te puedo decir que es una historia demasiado larga y la verdad es que no me apetece mucho hablar de eso ahora, espero que lo entiendas.

—Lo entiendo y discúlpame si te puse triste por hacerte recordad, no era mi intención. Puedo hablarte un poco de mí —sonrió de nuevo—. Edito libros, es por eso por lo que sé sobre uno de los que elegiste, por eso conozco a quien lo escribió.

—¿En serio? —aluciné en ese momento.

—Pues sí —rió—. ¿Puedo preguntar otra cosa?

—Creo que preguntas demasiado —reí—. A ver, dispara.

—¿Por qué la mitología?

—Pues no lo sé, supongo que por intentar algo diferente, por sentirme diferente. Quizás me pueda sentir como esos dioses, inmortales, capaces de poder con todo en la vida —me encogí de hombros—. Quizás sintiéndome como ellos, también me pueda sentir un poco más libre y sentirme parte de otro mundo.

—Suenas a que has sufrido mucho.

—Pues la verdad es que sí...

—Lo siento, Megan —notaba la tristeza en su voz.

—No importa. La vida es eso, hay que superarlo y seguir.

Y ya no quería hablar más sobre eso, no quería ponerme triste. Quería, solo, disfrutar de esos pasteles y se lo hice saber. Al final pasamos un buen rato, riendo y hablando un poco de él. Me decía que estaría cuatro días más en la ciudad y que después tendría que volar hacia otro lado. Era inglés, pero por su trabajo, su país apenas lo pisaba.

—¿Te gustaría desayunar mañana conmigo? —me preguntó antes de despedirnos.

—Vale —sonreí.

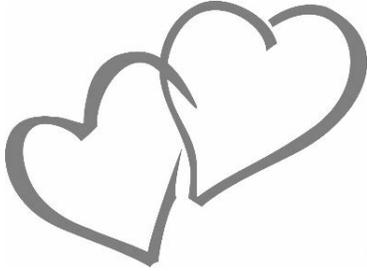
—Entonces, si te parece, te acompaño ahora a casa y así ya sé dónde tengo que recogerte. Caballero hasta la muerte —bromeó.

Me reí a carcajadas.

—Como quieras —dije entre risas.

Me acompañó a casa, me despedí de él, quedando en vernos a la mañana siguiente. Ya en mi casa, tranquila, Liam se me vino otra vez a la mente, como pasaba muchas veces durante el día. pero esa vez había algo diferente. No solo pensaba en Liam, sino que, de vez en cuando, en quien pensaba era en Darren.

No me gustaba nada eso y me sentía mal, pero...



Capítulo 13

Esa mañana me desperté muy temprano y estaba nerviosa, no dejaba de mirar el reloj.

Darren me había hecho sentir bien, mientras estaba con él no pensaba en todo lo que me dolía y eso era de agradecer. Pero estar con él me hacía sentir nerviosa y no lo entendía. No nos conocíamos y no habíamos hablado mucho de nuestras vidas privadas, pero tampoco es que hubiéramos tenido tiempo ni que a mí me apeteciera hablar de cosas que me dolían mucho.

Había notado que por más que Darren me diera la impresión de ser un hombre con seguridad en sí mismo, además, era eso lo que él mostraba, él también se había sentido nervioso con mi compañía y eso, para mí, era como tener una especie de poder importante. Eso era lo que sentía al provocarle ese nerviosismo.

Mientras esperaba a que llegara, me apoyé en el cristal del ventanal de mi apartamento. Otro día gris, pero ese no llovía, aunque no creía que tardara mucho en que eso ocurriera.

Apoyé mi cara en el frío cristal y suspiré mientras cerraba mis ojos. Entonces vi a Liam en mi mente, tan nítido...

Apenas había dormido esa noche por no poder borrar su imagen de allí, haciéndome sentir, cada vez que venía a mí, la persona más desleal del mundo. Él seguía en mi mente y seguía en mi corazón.

No había razones para sentirme así, no había hecho nada con Darren, solo tomarnos un café y quedar para desayunar esa mañana, pero no podía evitar

sentirme así. Darren me hacía sentir cosas, creo que me hacía sentirme ilusionada y eso no me hacía sentir bien.

Resoplé, no podía sentir eso. No estaba haciendo nada malo y, además, yo me había alejado de él y tenía que seguir con su vida. Entre nosotros no podía haber nada, no después de lo que nos unía. Nuestra historia estaba rota aún sin que hubiera comenzado de verdad.

Yo sentía mucho por él, me había enamorado de él, pero se quedaría como un recuerdo, lo nuestro era imposible. Nunca habría un futuro entre nosotros, nunca existiría nada. Nunca volveríamos a vernos.

Y jamás le explicaría el por qué.

Así que lo que estaba haciendo era lo mejor, me había ido de su vida, había desaparecido por completo. Era lo mejor para los dos.

Por eso estaba en Dublín y mi vida seguía, doliera todo más o menos.

Necesitaba ilusiones, soñar con algo. Necesitaba tener una meta en la vida, algo por lo que luchar. Y, tal vez, Darren estaba en mi camino por algo, quizás para ayudarme a sanar algunas heridas, ¿no?

No, no podía pensar eso. Yo no quería eso. Yo no quería ni estaba preparada para conocer a alguien más en ese sentido cuando el dueño de mi mente y de mi corazón era otro hombre. No sería leal conmigo misma y no sería justo para con Darren. Nos caíamos bien, pero nada más. Sería una bonita amistad.

Y si tenía eso tan claro, ¿por qué le estaba dando tantas vueltas al tema? Pues fácil, porque había quedado otra vez con él. Pero seguía siendo una salida de amigos, nada más.

Algo en mi interior no se creía eso, algo en mi interior me decía que tuviera cuidado, que podía engancharme a él, agarrarme a él como si fuera mi salvación para que pudiera seguir mejor adelante y eso no era justo para él. Ni para mí.

Usar a las personas no era nada bueno, nadie se merecía que le hicieran eso. Lo había hecho antes y sabía que no me haría sentir bien, como era normal. Ya esa mujer no existía, la que estaba en ese momento era alguien muy diferente. No la mujer frívola, sino una mujer que tenía muy en cuenta los sentimientos.

El portero me hizo salir de mis pensamientos, le dije que ya bajaba, me terminé de preparar y bajé para encontrarme con él. Darren estaba esperándome abajo, me recibió con una sonrisa.

—Buenos días —dijo alegremente.

—Buenos días —sonreí.

—Déjame decirte que estás muy guapa por las mañanas — ¿era mi imaginación o su voz sonaba ese día más ronca?

—Sí, las ojeras me hacen lucir bien —reí.

—Bueno, los osos pandas son bonitos —rio.

—No sé si me gusta esa comparación, pero dejémoslo en que gracias por el piropo.

—No es un piropo, Megan, estás preciosa —dijo muy serio.

—Gracias... —dije algo sonrojada.

Caminamos y entramos a desayunar en la misma cafetería donde habíamos merendado la tarde anterior. Esa mañana estábamos los dos algo más nerviosos que la primera vez que nos vimos, lo cual era extraño, pero me hizo mucha gracia. Volvimos a sentarnos en la misma mesa que la otra vez y le pedimos al camarero el desayuno.

—¿No dormiste bien? —preguntó cuando nos quedamos solos.

—Lo que suelo dormir desde hace un tiempo...

—No me conoces, Megan, pero créeme si te digo que puedes confiar en mí. Si quieres hablar, estaré para escucharte.

—Gracias, Darren. Pero no me apetece. Ya me ayudas con regalarme tu

tiempo —sonreí, agradecida.

—Te regalo el tiempo que necesites, eso seguro.

—No quiero que lo pierdas tampoco —reí.

—¿Crees que pierdo mi tiempo si te lo doy a ti?

—No sé, no soy una mujer muy interesante, la verdad. No hay mucho que hablar conmigo —me encogí de hombros—. Supongo que sí, puede ser una pérdida de tiempo para ti. Soy bastante aburrida.

Vi cómo se mordió la lengua y esperó hasta que el camarero nos trajo el desayuno para hablar. Yo no era una mujer insegura, pero en ese momento me sentía así. En realidad hacía mucho tiempo que sentía que era alguien que no merecía la pena ni conocer.

—¿Crees que eres aburrida?

—A lo mejor aburrida no es la palabra. Pero tampoco soy interesante —le di un sorbo a mi café.

—¿Y por qué piensas eso?

—Creo que si me conocieras de verdad, me darías la razón —dije con sinceridad.

—No sé por qué piensas así, Megan, pero déjame decirte algo. Por mi trabajo, conozco a mucha gente y personas muy diferentes. Y puedes pensar que es una intuición, pero algo en ti me llama especialmente la atención.

—Será mi cara bonita —y no era una broma ese comentario.

—Una cara bonita con ojeras, sí. Ayer eras más cara bonita que hoy y a lo mejor te invité al café por eso. Pero te aseguro que si no me hubieras resultado interesante, no estaríamos desayunando hoy. Porque no me gusta perder mi tiempo con gente no interesante.

—Ah...

—Sí, ah —sonrió—. No sé por qué tienes esa visión de ti misma, eso me intriga. Pero lo que vemos en nosotros no es lo que mostramos a los demás, ni

lo que yo veo en ti.

—No te entiendo...

—Yo no veo esa mujer poco interesante que dices. Yo veo a alguien fuerte y valiente. Alguien que se siente insegura porque no quiere ver lo que de verdad es capaz de hacer por sí misma.

—No me conoces, Darren —no me gustaba lo que estaba diciendo, sentía que me estaba juzgando y no era justo.

—No te critico ni te juzgo, Megan, solo te digo la sensación que me da, que puede ser cierta o no. Te noto tensa, ayer estabas un poco más relajada. No sé si es que no querías volver a verme y lo hiciste por no hacerme un feo. No quiero que conmigo te sientas obligada a nada.

No me gustó, tampoco, notar que era él, en ese momento, quien se sentía inseguro.

—Lo siento, Darren. No fue mi intención hacerte pensar eso. Y disculpa mi humor de hoy, es solo que no dormí bien. Últimamente pienso demasiado y eso me afecta, me hace estar más sensible a cualquier comentario. Quería desayunar contigo, si estoy aquí es por algo.

—Pues me alegra oír eso, Megan —sonrió.

—Lo siento, de verdad, a veces me comporto como una imbécil —puse los ojos en blanco.

—No tienes que pedir perdón nada más que por llamarte imbécil a ti misma —guiñó su ojo, diciéndome con eso que era lo único que le molestaba—. Vamos a tener que cambiar eso, así que los días que me quedan en esta ciudad, lo convertiré en mi proyecto, que no seas dura contigo misma y, mucho menos, que te insultes —dijo muy serio.

—Entonces no te vas a separar de mí —reí, me hizo mucha gracia el comentario.

Y por fin una risa que hizo que el ambiente se volviera mejor. Empezaron

las bromas y las risas y dejé atrás el mal humor que había tenido. Y Darren ayudó mucho, me hizo sentir bien con su compañía.

Se nos hizo tarde y decidimos dar un paseo mientras buscábamos un lugar para almorzar. Mi vida personal había quedado en un segundo plano, aún no me sentía con ganas de hablar de ello y sabía que él lo entendía. Por eso nos centrábamos en su vida, sobre todo en comentar cosas de su trabajo.

La verdad es que Darren tenía una vida interesante. No tenía hijos, se casó y se divorció. Amaba su trabajo y dedicaba su vida a él. Viajaba mucho y aunque a veces era un incordio, estando solo lo llevaba bien e intentaba disfrutar de cada lugar que visitaba.

Me daba la sensación de que se sentía libre y era algo que a mí me gustaría sentir.

Comimos en un precioso restaurante español y dimos un paseo para bajar la comida, estábamos llenísimos. Lo pasé muy bien con Darren, su compañía me hacía bien. Era fácil hablar con él y era bastante bromista, hacía todo muy ameno.

Tras el paseo, me acompañó a casa.

—Tengo algo para ti —estábamos en el portal, a punto de despedirnos—. Espero volver a verte y dártelo.

—¿Algo para mí? —pregunté, sorprendida— ¿Qué es?

—Una sorpresa —sonrió.

—Así no me das muchas pistas —reí—. Pero siendo inteligente... ¿Es un libro?

—¿Y cómo lo adivinaste? —ríe.

—Eres editor y me tienes una sorpresa, hasta yo puedo atar cabos —reí.

—Chica lista. Pero es un libro especial, no te lo esperas.

—Pues yo lo quiero —reí.

—¿Comemos mañana juntos y te lo doy?

—Mmmm... ¡Pues claro! —reí.

—Nos vemos aquí a las doce. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ninguno se movió, nos quedamos mirándonos. Fui a moverme, pero su mano fue más rápida al posarse sobre mi mejilla.

—Me gustas mucho, Megan. Necesitaba que lo supieras...

Me miró y me acarició la mejilla mientras su cara se acercaba a la mía. Quitó su mano y me dio un dulce beso en la cara. se separó de mí, se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé sin saber reaccionar, aún no podía moverme.

Y Liam volvió a mi mente, haciéndome sentir, de nuevo, culpable.

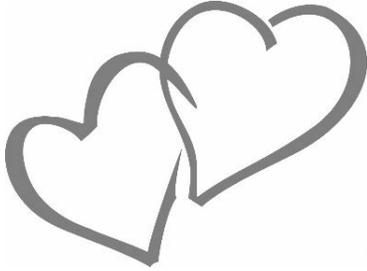
Mierda, así no se podía, no mientras Liam siguiera dentro de mí. ¿Qué más necesitaban mi mente y mi corazón para olvidarlo? ¿No era suficiente con saber que nunca podríamos estar juntos?

Tenía que seguir con mi vida, no podía hacer otra cosa.

Subí a casa, me di una ducha y me serví una copa de vino mientras intentaba leer. Pero mi mente no paraba, la imagen de Liam no se iba.

Hasta que me acordé de Darren. Pero Liam volvía a hacer que lo olvidara...

Mierda, estaba en un buen lío.



Capítulo 14

La mañana siguiente me desperté pensando que era una tremenda idiota, si es que no había otra forma de definirme a mí misma. Llevaba toda la noche sin dormir, había cerrado los ojos apenas una hora, no podía dejar de darle vueltas a la cabeza y cuando ya, amargada de la vida, me levanto de la cama, me golpeo el dedo pequeño del pie con la mesilla de noche. No había mejor manera de comenzar el día. Si es que era más que idiota.

Estaba llorando del dolor, es que no había nada en el mundo que doliera como eso. Bueno, sí, golpearse la rodilla, cosa que yo solía hacer muy a menudo. O quemarse la lengua al beber algo caliente, como el café, cosa que también solía pasarme.

En definitiva, era idiota.

Y toda la culpa era mía por no dormir, pero es que mi cabeza no podía dejar de pensar. Y yo necesitaba descansar o iba a darme algo, tenía los nervios a flor de piel, por no contar que podía lesionarme en cualquier momento, si es que no me mataba.

Después de un joder a grito pelado, fui al baño y me di una ducha rápida antes de prepararme mi taza de café y sentarme a tomármelo en el sofá. Estaba ya arreglada, esperando a que Darren viniera a buscarme.

Aún quedaba para eso, así que allí me quedé, con mi taza de café vacía, esperando... Y comiéndome las uñas. No había peor vicio para mí que ese, lo hacía desde que tenía conocimiento. Claro que nadie lo sabía, las postizas lo

tapaban todo y hacían milagros. Pero si me vieran cómo las tenía en realidad... Hasta sangre me hacía.

Solté otro joder cuando me arranqué un padrastro, eso sí que dolía, incluso más que golpearse el dedo del pie, la rodilla o quemarse la lengua. Desde luego, esa no era mi mañana. Mejor me queda ahí, bien quietecita o no iba a seguir viva por mucho tiempo...

Me curé el dedo y me pinté un poco las uñas, ya me pondría las postizas nuevas en otro momento. Mientras esperaba que se secara el esmalte, el teléfono sonó con la entrada de un mensaje. Con el ceño fruncido, leí cómo Anne me pedía que nos viéramos en Skype por videollamada. Me puso nerviosa que me dijera que era algo muy urgente. Rápidamente abrí el programa y la llamé.

—¿Qué pasa? Me asustaste —dije nada más ver su imagen en la pantalla.

No me gustaba verla cansada y con una cara... ¿Por qué estaba tan seria? Lo que yo no necesitaba para ponerme mejor, al final iba a comerme las uñas de nuevo y a la mierda si me las acababa de arreglar.

—Menos mal que me llamaste, no voy a perdonarte nunca el que ni siquiera me mandes un mensaje —dijo muy enfadada.

—Lo siento... Te dije que te contaría, pero que necesitaba tiempo también. No es fácil, Anne, pero no es nada contigo, de verdad.

—Ya lo sé... Pero tienes que entender que me preocupo por ti, Megan. No puedes irte sin dar apenas explicaciones y que yo me imagine lo peor.

—Lo sé y lo siento. Pero ya ves, estoy bien —sonreí un poco, bien no estaba, la verdad. Viva sí.

—¿En serio estás bien?

Pues para conocerme de tan poco tiempo, me conocía muy bien...

—No —no tenía por qué engañarla, suspiré—. Estoy mejor, eso sí.

—¿Y me vas a contar de una vez qué es lo que pasa?

—Anne... —quería, pero es que no podía hacerlo.

—A ver, Megan. A ver cómo te lo digo para que lo entiendas. Para mí eres mi amiga y me preocupo por ti. Y me has tenido y me tienes muy preocupada por tu huida repentina. Yo no sé qué es lo que está pasando, pero no por ser amigas voy a decirte que lo haces bien cuando lo estás haciendo muy mal. Necesito que me expliques lo que pasa, por qué te fuiste y quiero que lo hagas ya, no puedes ser tan egoísta conmigo.

—¿Yo egoísta? Esto que estoy haciendo es de todo menos egoísta.

—Es egoísta conmigo. Ni siquiera me cuentas, me dejas preocupada. Y por cierto, luces muy mal, ¿no duermes bien?

—Estupendamente duermo —dije con ironía—. No puedo contarte aún, Anne, no me siento fuerte para ello, tienes que entenderlo. Te lo explicaré todo, pero cuando me sienta preparada. Así que si eso es todo...

—No, no es todo. A ver, no sé si debo de decirte esto, pero en fin... Las cosas no están bien, Megan.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no está bien?

—No qué, quién. Liam no está bien.

Y con esa frase casi me pongo a llorar.

—¿Qué le pasa a Liam? Dime que está bien, Anne, por favor, dime que no le pasó nada.

—No puedo decirte que está bien...

—¿Pero qué paso?! —grité, me iba a dar algo si le pasaba cualquier cosa.

—Está muy extraño desde que no estás, Megan. Y estoy preocupada porque está bebiendo. No sé si te conté o si él lo hizo, pero...

—¿Si me contó qué?

—Al morir su hermano, Liam comenzó a beber y lo superó, pero le costó mucho dejar de hacerlo para ahogar sus penas. Ahora tú no estás y vuelve a beber de nuevo, me preocupa que esta vez no consiga salir de eso.

—¿Me estás diciendo que Liam es alcohólico? —no podía creerme eso, oh Dios...

—No es alcohólico, no así, pero sí puede llegar a serlo, Megan.

—No sabía nada... Y de verdad que me dejaste mal y no sé qué hacer, pero te aseguro que lo mejor es que yo me haya ido de su vida. Si hubiera seguido con él, podría haberlo destruido, Anne.

—¿Pero por qué? Tienes que contarme qué ocurre para que digas algo así.

—Lo haré, pero no ahora. Tengo que irme... Ya te cuento más adelante.

—Está bien, pero no tardes, estoy muy preocupada por los dos.

—Lo haré... Besos.

Colgué la videollamada y suspiré. Pobre Liam, no quería verlo mal y no me esperaba eso. Pero estar junto a él... Y enterarse de quién era yo... Eso sí podía sumirlo en un pozo del que no saldría nunca más.

El portero sonó, era Darren. Intenté dejar mis preocupaciones en casa y bajé.

—Buenos días —dije al verlo.

—Buenos días, preciosa. Vamos, que hay hambre.

Yo no tenía hambre, pero... No tardamos en llegar al restaurante y en pedir el desayuno. Estaba en silencio, no me apetecía ni hablar y Darren era quien intentaba sacar conversación.

—Megan, ¿qué te pasa? Te noto rara... No has hablado desde que nos vimos.

Lo miré a los ojos y suspiré. Si es que yo no servía para disimular, mi cara lo decía todo al parecer.

—Me dieron malas noticias —dije tan tranquila como pude.

—¿Pasó algo? ¿Tu familia bien?

—Bueno, digamos que no...

—Lo siento, Megan.

—No pasa nada, pero prefiero no hablar de ello, la verdad. No me hace bien.

—Como quieras, pero que sepas que estoy aquí si lo necesitas, en mí puedes confiar —sonrió con tristeza.

—Te lo agradezco, pero no me siento fuerte para hablar de ello. Mejor dime dónde está ese regalo —intentaba cambiar el tema y animarme un poco.

—Pues... aquí —dijo entregándome algo envuelto que traía en una bolsa.

—¿Lo envolviste y todo? —pregunté riendo.

—Claro, los regalos hay que envolverlos —rio—. Ábrelo, a ver si te gusta.

Rompí el papel, siempre me encantaba hacer eso. Veía que él estaba expectante y yo no podía dejar de sonreír.

—Oh... —dije al ver lo que era— ¿El mismo libro que compré en la librería?

—No, Megan, el mismo no —me guiñó un ojo—. Abre y lee.

Hice lo que me decía y sonreí al ver que estaba dedicado.

“Con todo mi cariño, para una mujer muy especial que se adentra en este mágico mundo. Espero conocerte pronto y que disfrutes de cada una de mis líneas y te enseñen a volar”.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Abrí los ojos como platos.

—¿En serio? —pregunté, boquiabierta.

—Ya te dije que somos amigos, no fue un imposible.

—Vaya... Ahora sí que voy a leer con más ganas —reí.

—Sé que es un regalo tonto, pero me hacía ilusión que lo tuvieras firmado.

—Tonto no es, Darren, a mí me ha hecho ilusión —sonreí—. Muchas gracias.

—Por nada —sonrió.

La verdad es que me había gustado mucho el detalle y era cierto,

empezaría a leer sobre eso nada más llegar a casa.

—Me encantas cuando sonríes, se te ilumina la cara...

Lo miré cuando me dijo eso y me puse roja rápidamente.

—Darren...

—Pero tu ojos muestran tristeza hoy.

—Lo siento... Son problema que tengo y no quiero molestarte con ellos.

—No me molesta eso, Megan. Pero respeto que no quieras hablar de ello. Solo que sepas que estoy si necesitas desahogarte. Solo intenta sonreír más hoy —me guiñó un ojo.

—Mi hermano me ha jodido la vida —dije de repente, casi sin pensarlo.

—¿Tu hermano? No sabía que tuvieras.

—Sí... No sabes mucho de mí —dije con tristeza—. Mi hermano, Colin, además de joder la suya propia, tuyo que hacerlo también con la mía.

—¿Qué hizo para eso?

—Algo grave. Me ha dejado vacía... Sin ilusiones...

—No puedes decir eso, Megan. Nunca se puede perder la ilusión. Eso no.

—Sí se puede, te lo aseguro. Porque hay cosas que sabes que nunca podrás tener.

—En la vida se puede tener todo, Megan. Solo hay que luchar por ello.

—No...

No era así, pero sabía que intentaba animarme. De todas formas, cuando le contara, sabía que me daría la razón. Mis ilusiones con Liam no tenían razón de ser después de lo que nos unía por culpa de Colin.

—Mi hijo falleció...

Me quedé sin poder moverme, mirando su cara cuando dijo eso.

—Darren, lo siento —dije apenada, no me gustaba verlo triste y debía de ser muy duro perder a un hijo.

—Ya nació enfermo, falleció al nacer, no se pudo hacer nada por él. La

que era mi esposa, no pudo con eso y perdió la razón, por decirlo de alguna manera. Fue duro y sigue siendo muy duro para mí, pero la vida sigue.

—Es admirable que hables así.

—No lo es, solo que no nos queda de otra que seguir adelante. Te cuento esto para que entiendas que aunque nos pasen cosas malas, mientras sigamos vivos, tenemos que seguir viviendo. Megan. Yo no sé si tendré más hijos, si eso ocurre, haré que sea el niño más feliz que exista. Yo nunca llegaré a superar del todo la pérdida de mi hijo, pero seguiré adelante, día a día.

En ese momento me hablaba mientras las lágrimas salían de sus ojos, sin control ninguno. Se me partía el alma ver la pena, la tristeza y el dolor. Me levanté y le di un abrazo para reconfortarlo, no podía hacer mucho más por él.

Pasamos la mañana caminando mientras me contaba cómo había ocurrido todo. Como decía, le venía bien soltar lo que llevaba dentro. Y yo estaba ahí para escucharlo.

Cuando me despedí de él y me fui a casa, pensé que Darren tenía razón. Las cosas malas pasaban, cosas horribles además. Pero los que seguíamos vivos teníamos que seguir adelante, superar las cosas y no lamentarnos porque eso solo nos hacía más daño.

Claro que era más fácil decirlo que hacerlo, pero había que intentarlo.

Yo no me consideraba inteligente para muchas cosas, y estas era una de ellas, porque para mí lo mejor era lamentarme y no luchar. Sabía que por Liam no podía hacerlo, era un imposible, no podíamos estar juntos. Pero me quedaría con eso de seguir viviendo, aún con ese dolor.

Y por eso me despedí de Darren con un gran abrazo, agradecida por haberme dado ese empujón que tanta falta me hacía en ese momento.

Quedamos al día siguiente para almorzar juntos ya que tenía cosas que hacer por la mañana con respecto a su trabajo. me contó mucho sobre sí mismo y pasamos un buen día disfrutando de la ciudad.

Antes de despedirse de mí, me dio un pequeño y corto beso en los labios. En ese momento sentí algo, como si tuviera mariposas en el estómago y eso me asustó hasta que Liam volvió a adueñarse de mi mente, apoderándose de ella.

No me había olvidado de él por ese beso.

Llegó el último día de Darren en la ciudad. No pudimos vernos porque seguía con liado con su trabajo, así que me invitó a cenar. Pensé que se marcharía para no vernos más, pero antes de irse, antes de que yo subiera a mi casa, sus palabras me dejaron estupefactas.

—Mañana me iré, pero no tardaré en volver a buscarte, Megan.

No supe qué decir en ese momento...

—Darren, ¿de qué hablas?

—Te veré de nuevo. No te pediré nada, pero al menos déjame ver si la cosa entre nosotros fluye. Es lo único que te pido, tener la oportunidad de saber si puede haber más.

—Pero es que yo... —cogí aire— Aún estoy herida por una relación que salió mal y que ni él ni yo provocamos. Fue el destino quien se empeñó en separarnos y tengo que superarlo todavía, Darren.

—Date tiempo, es la mejor cura.

—Ojalá sea así.

—Volveré en unos días, voy a intentar tener vacaciones. Y mientras nos podemos conocer mejor. Ya la vida dirá... Pero al menos podré pasar un tiempo más contigo. O toda la vida, si me dejas.

Eso sí que me había dejado completamente en blanco. Yo no estaba lista para una relación, pero me agradaba su compañía y me gustaba.

¿Sería capaz de comenzar una nueva vida con él? ¿Sería mi oportunidad para seguir adelante?

No le prometí nada, pero quedamos en vernos cuando regresase. Un beso más y se marchó. Dejándome allí, con mil dudas en la cabeza.

Y no podía dejar de sentirme culpable por Liam.

Los días pasaban...

Hacía una semana que Darren se había marchado y yo me sentía aliviada porque me había dicho que volvía en nada, así que me sentía mejor al saber que dejaría de sentirme tan sola. Por muy egoísta que suene eso.

Pero físicamente no estaba nada bien. Los últimos días me había notado demasiado cansada y decidí, finalmente, ir al médico. Me mandaron unas pruebas para ver qué era lo que estaba pasando.

Y cuando me enteré lo que ocurría, casi me desmayo allí mismo.

—Está usted embarazada.

Así me lo dijo el médico, sin paños calientes, ¿para qué? Cuanto más directo, mejor...

Salí ese día de la consulta y me temblaba todo, en ese estado me había quedado. Lo último que me podía haber imaginado era eso. Una anemia, cualquier cosa. ¿Pero un embarazo? Dios mío, iba a tener un hijo de Liam.

Y yo no podía decirle nada.

Iba a tener un hijo del hombre que siempre sería el amor de mi vida y él iba a ser el padre de un hijo con la hermana del hombre que mató a su hermano. Si algo sacaba de todo eso es que la vida tenía un macabro sentido del humor.

Y ahora estaba Darren. Ese hombre que quería comenzar algo conmigo y yo ahora le saldría con que iba a ser madre de otro hombre. Del hombre de mi vida, para ser exacta, un hijo que nacería del amor que aún seguía sintiendo por su padre.

La nostalgia se adueñó de mí, a veces lloraba, otras me las pasaba suspirando mientras miraba cómo caía la lluvia sobre la ciudad...

Otras veces el dolor era insoportable. Había pensado que nada podía ser peor que dejar al hombre que amaba atrás y sabiendo que nunca más

deberíamos vernos, que lo nuestro estaba prohibido. Pero sí había algo peor: enterarme que iba a darle un hijo.

Lo había dejado sin explicaciones, había huido porque no quería enfrentar lo que ocurría. Porque no podía ni quería decirle quién era yo. Y me encontraba con ese regalo que más que eso lo sentía como algo envenenado.

No sabía ni cómo sentirme.

Deseaba que Darren apareciese pronto y que me ayudara con esa nostalgia y con esa tristeza que se había apoderado de mí tras recibir la noticia de mi próxima maternidad.

Por otra parte me daba miedo que lo hiciera, porque tendría que explicarle todo. Y decirle que iba a ser madre. Eso terminaba con cualquier posibilidad que pudiera haber entre nosotros.

Pasé los siguientes días en casa, leyendo, por fin, el libro que me había comprado. Intentando evadir mi mente, pero no era fácil.

Iba a ser madre de un hijo de Liam, ¿cómo iba a poder dejar de pensar en ello?

El destino se estaba cebando conmigo.



Capítulo 15

Apenas quedaban unas horas para que Darren volviera y yo seguía sin saber cómo iba a decirle que estaba embarazada y, por ende, explicarle mi pasado. Y menos sabía qué iba a decirle sobre Liam.

Es cierto que entre Darren y yo no había nada, ni había pasado nada más allá de un par de besos que podían darse dos amigos, pero por sus últimas palabras sabía que él sentía por mí más. Que él quería de mí más. Y que hasta yo había dudado en si podía aceptarlo para poder seguir adelante, considerarlo como el ancla al que aferrarme para tener mi nueva oportunidad de vivir. Pero estaba más que claro que entre él y yo no podía existir nada más con lo que yo estaba viviendo.

Me merecía todo lo que estaba pasando. Me sentía culpable por no haberme alegrado por la vida que crecía en mí. Hasta ese momento. Ya pensaba que mi bebé sería una bendición para mí, no un castigo que me daba la vida.

Y yo iba a seguir adelante por mi bebé. Aunque lo hiciera sola, porque Liam no podía saber nada de lo que estaba pasando.

Estaba tumbada en el sofá, viendo la televisión esa noche cuando mi móvil sonó con una llamada. Extrañada, miré y vi que era Emily quien llamaba. No me apetecía aún hablar con nadie, pero no podía quedarme con la duda de por qué mi asistente me estaba llamando. Seguramente necesitaba comentarme algo sobre mi apartamento.

—Hola, Emily —saludé cuando descolgué.

—Ay, Megan...

Fruncí el ceño, ¿estaba llorando?

—Emily, por Dios, no me asustes. ¿Estás bien?

—Ay Megan, no sé cómo te voy a decir esto —sollozaba y mi cuerpo se pudo en tensión. Casi pude sentir cómo se me paraba el corazón por el susto. ¿Cómo me iba a decir qué? ¿Pero qué pasaba?

—Emily... Me estás asustando. Y no te entiendo nada, además. Por favor, tienes que relajarte, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo? —yo parecía calmada, pero os puedo asegurar que me temblaban las manos mientras mi mente se imaginaba miles de cosas.

—Pasó algo muy malo, ay Dios...—sollozó.

Dios mío... Se me pasaban miles de ideas por la cabeza. Y si me llamaba Emily... Entonces es que algo le había pasado a mi hermano.

—Emily, por Dios, dime qué es lo que pasa de una vez —dije casi desesperada.

—Perdona, pero es que tienes que saberlo.

—¿Saber el qué, Emily? —iba a chillarle, estaba ya a punto de darme algo.

—Es que no puedo... No sé cómo decirte esto —no dejaba de llorar y yo iba a ponerme ya como una loca a gritar.

—Joder, tienes que relajarte porque te va a dar algo y me va a dar a mí de camino. Respira y dime qué es lo que pasa —dije intentando mantener la calma.

—Son tus padres...

—¿Qué les pasa a mis padres?

—Megan... Han muerto.

¿Qué...? No había escuchado bien, no podía ser eso. Me quedé en shock, no sentía nada, no podía ser y punto.

—No entiendo...—dije, sin poder asimilar lo que me estaba diciendo.

—Tus padres murieron esta mañana —no dejaba de llorar.

—Eso no puede ser, Emily... ¿Qué es lo que ocurrió?

—Un accidente con el coche. Se dice que el chófer había bebido demasiado o eso me dijeron.

—¿Y mi hermano?

—Ay Megan... Tu hermano está bien, no te preocupes. Me dijo que te avisara.

—Está bien. Mañana mismo vuelvo. Relájate, no tardaré en volver.

Pero iba por él, por mi hermano. Porque por muy mal que suene, seguía como sintiéndome neutral con la noticia del fallecimiento de mis padres. No es que deseara que algo así ocurriera, pero tampoco me había destrozado la noticia. Al menos no hasta el momento.

—Emily, tienes que respirar. No tardaré en volver, ¿vale?

—Tienes que venir, Megan, tienes que estar aquí —lloraba—. No se han comportado muy bien, pero son sus padres, mi niña...

—Ya lo sé... No sé si es que todavía no lo asimilo que no siento nada. Estará allí pronto, espero verte al llegar.

—Estaré aquí. No tardes.

Colgué y suspiré. Mis padres habían fallecido y yo estaba completamente en blanco. No terminaba de asimilar lo que estaba sucediendo, tampoco era capaz de soltar una lágrima por ellos y eso, en el fondo, me hacía sentir muy mal.

Mis padres tenían todo el dinero del mundo, pero eso no los había salvado de una muerte trágica. Morir porque el conductor de su coche iba bebido...

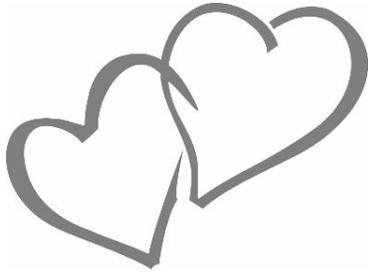
En mí solo había indiferencia, es que no podía sentir otra cosa, ellos nunca se habían comportado como unos padres. Jamás.

Me habría gustado poder sentir otra cosa. Llorar, sacar la rabia y el rencor

que tenía dentro, pero es que ni eso me salía.

Pero sabía muy bien que era el momento para volver, no podía dejar a Colin solo.

Cogí aire, la vida volvía a ponerme a prueba. Cerca de Liam otra vez.



Capítulo 16

Estaba amaneciendo y yo aún seguía en el sofá, con la mirada perdida. Un rato después de la llamada de Emily, me vine abajo. Por fin había podido sacar afuera los sentimientos por lo que les había ocurrido a mis padres. Por fin había podido sentir el dolor porque, mejor o peor, eran quienes me dieron la vida y ya no volvería a verlos más. Y eso dolía, incluso a alguien como a mí que pensaba que no sentía nada por ellos.

Eran mis padres...

Cerré los ojos, esperando descansar un rato. Un poco después, el timbre de mi casa sonó, despertándome. Fui a abrir, medio dormida, pensando en quién podía ser ya que no conocía a nadie en esa ciudad y Darren... Era muy temprano para que viniera.

Abrí la puerta y sonreí como pude al verlo.

—Buenos días, guapísima. ¿Otra noche sin dormir? —si me hacía esa pregunta es porque tenía unas ojeras de caballo, seguro. Y lo de preciosa... A saber la cara que tenía, para foto seguro que no estaba.

—No imaginé que fueras tú, es muy temprano... —lo invité a pasar y me siguió hasta el salón.

—No es tan temprano, son casi las doce de la mañana —rio.

—¿En serio? —bueno, señal de que había logrado dormir algo.

—Sí, de verdad —sonrió—. ¿Estás más delgada? —preguntó mirándome

—Menos mal que ya llegué y puedo darte de comer, obligada si hace falta.

Como para tener hambre con todo el caos que era mi vida en ese

momento...

—Siento recibirte así —me refería a mi pijama y mi cara de dormida—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café?

—No, mejor te vistes y comemos algo fuera, parece que te hace falta tomar un poco el aire.

—Lo siento, Darren, pero no puedo —suspiré y me senté, él hizo lo mismo—. Tengo que preparar el equipaje —vi cómo me miraba, esperando a que lo contara qué era lo que estaba ocurriendo—. Mis padres tuvieron un accidente y han muerto. Tengo que volver —suspiré de nuevo, me sentía como... ¿Desconsolada?

Lloré, lloré como no lo había hecho hasta ese momento. Como si en realidad no hubiera asimilado nada hasta entonces. Como si la mujer fría que estaba siendo las últimas horas la hubiera dejado desaparecer. Lloré como nunca pensé llorar por ellos. Porque dolía, dolía más de lo que me imaginaba y hasta ese momento no me había permitido a mí misma reconocerlo.

Darren me abrazó y yo dejé que saliera todo, aceptando su abrazo, calmándome con él. Para mí era como mi salvavidas. Necesitaba tanto ese momento...

Necesitaba soltar todo lo que llevaba dentro, todo lo que sentía. Tenía que desahogarme. Darren acariciaba mi espalda, intentando consolarme.

—Suelta todo y relájate, estoy contigo, no estás sola.

—Mis padres, Darren... —lloraba.

Estuve abrazada a él hasta que las lágrimas me dejaron respirar y pude levantar la cabeza para mirarlo a los ojos mientras limpiaba mi cara mojada, él me miraba con cariño.

—Estaré contigo, pediré unos días libres, no te dejaré sola.

—No, Darren, no tienes que hacerlo, es algo mío.

—Estás mal, Megan y yo no puedo dejarte así, quiero estar contigo en lo

que necesites. Me voy contigo, busca un vuelo para mí también mientras yo preparo el desayuno y no pongas esa cara porque necesitas comer —me advirtió al ver mi cara de asco.

—Pero Darren...

—No voy a discutir, voy contigo. Así que venga —se levantó y se fue a la cocina.

Yo no podía dejar que hiciera eso, encendí el ordenador dispuesta a comprar solo el billete para mí.

—¿Lo tienes ya? —preguntó, venía con una bandeja con el desayuno, la colocó en la mesa y se sentó a mi lado.

—Encontré el que voy a coger, sí —pero él no venía.

—Venga, coge el mío, apunta mis datos.

—Darren, no...

—No voy a admitir un no, Megan. Dije que voy contigo y voy, no te dejaré sola.

Iba a decirle de nuevo que no cuando olí la mermelada y el estómago...

Me levanté rápidamente y me fui al baño, iba a echar hasta lo que no tenía en el estómago. De rodillas delante del váter, comencé a echarlo todo. Noté cómo me retiraba el pelo de la cara mientras yo me vaciaba, me sentía muy mal... Cuando terminé, me ayudó a levantarme.

—Lo siento —me disculpé, apenada porque me hubiera visto así.

—No hay nada que sentir, ¿estás mejor?

—Sí... Pero no tenías que haber venido, no tienes que ver eso —cogí mi cepillo de dientes y me quité el mal sabor de boca.

—Como si eso importara... Lo único que importa es que estés bien. Y no lo estás, Megan. O descansas o no podrás coger ese avión.

Me enjuagué la boca y salí del baño, me senté de nuevo en el sofá y volví a oler la mermelada. Casi vomito de nuevo.

—Quita eso de ahí —gemí, señalándola.

Darren me miró con curiosidad, pero lo hizo y la llevó a la cocina, aliviándome.

—No estoy enferma, Darren —dije cuando se sentó a mi lado—. De verdad que no.

—No, una persona que vomita es porque está muy bien —dijo irónicamente.

—A ver cómo te lo explico... —suspiré.

—¿Qué pasa, Megan?

Lo miré a los ojos y se lo dije de sopetón.

—Estoy embarazada.

No sabía si ese hombre se había quedado sin respiración, pero ni se movía ni pestañeaba.

—¿Estás... embarazada? —preguntó.

—Sí...

—¿De cuánto tiempo? ¿Cuánto tienes de embarazo?

—De pocas semanas.

—¿Qué hay sobre el padre del niño?

—No, Darren, yo no puedo hablar de eso ahora.

—Está bien, lo entiendo. Pero ¿él lo sabe? Es su padre, Megan, tiene que saberlo.

—No tiene que saber nada, es mi hijo. De verdad, no puede saber esto...

—Pero es su padre, merece saberlo, Megan —insistió.

—No —negué inmediatamente—. Yo aún tengo cosas que afrontar y superar. No estoy preparada ni para hablar de ellas Te pido que no me juzgues.

—No lo hago. Si es tu decisión, la respetaré y estaré a tu lado para lo que necesites, solo te digo lo que pienso, pero tú decides. Cuando quieras contarme, lo haces. Pero de verdad que no lo necesito, te respeto.

—Gracias.

—¿Cómo estás tú con la noticia?

—Asustada, yo no sé nada sobre niños, Darren, ¿cómo voy a cuidarlo?

—Nadie sabe —sonrió.

—Pero la gente, al menos, está más preparada que yo. Yo no sirvo para eso, no sabré lo que tengo que hacer.

—No, nadie sabe y nadie está listo. Eso se aprende con el tiempo, con la experiencia.

—Supongo que es así. Entre la noticia del embarazo y la muerte de mis padres, siento que me va a dar algo —suspiré.

—No te dará nada, eres una mujer muy fuerte, aunque no te lo creas. Podrás con todo y serás la mejor madre del mundo.

—Gracias por el halago —sonreí.

—No es ningún halago, es lo que pienso. Además, no estás sola, estoy aquí.

—Sí, pero...

—No me estás entendiendo, Megan. Déjame estar aquí, contigo.

—No entiendo... —porque de verdad, no quería creer que me estuviera pidiendo lo que estaba imaginándome.

—Déjame estar contigo y con tu hijo. A tu lado, haciendo de todo para que no os falte nunca nada. No te pido nada, tampoco te fallaré, pero mi deseo de estar contigo no cambia por ese bebé, ahora lo deseo aún más. No quiero que ninguno de los dos estéis solos.

—No puedes hacer eso, Darren.

—Puedo y quiero. Quiero estar contigo, Megan. Quiero estar con ese bebé.

—Si acepto eso, me sentiría egoísta —dije con sinceridad.

—Bueno, también es egoísta lo que te estoy pidiendo, ¿no crees?

—No puedes parar tu vida por mí y por un niño que no es tuyo, Darren.

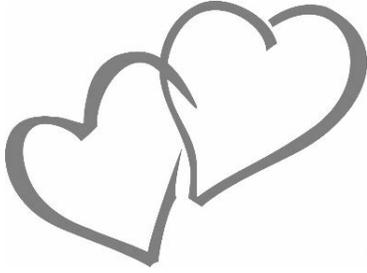
—Yo quiero hacerlo. Pero no es momento de eso ahora, no estás para decidir nada. Hagamos una cosa. Iremos para tu país, estaré en ese momento contigo y volveré aquí contigo. Ya hablaremos de todo lo demás después de que pase esto. Pero por ahora, déjame estar con los dos. Apoyaros.

No sabía qué decir, no podía permitir que hiciera algo así, pero tampoco podía decirle que no por más injusto que fuera todo para él. Incluso para mí.

—No puedo aceptar...

—Compra los billetes —insistió.

Nos miramos a los ojos, viendo la determinación en los suyos y supe que no podría decirle que no. Así que hice lo que me pedía, compré los billetes y unas horas más tarde estábamos los dos volando con dirección a mi ciudad.



Capítulo 17

Estaba en el avión, rumbo a mi país y me sentía mal. Peor que mal. Darren estaba conmigo, dejando su vida parada para no dejarme sola y yo lo había permitido. Ni siquiera me había pedido que le contara nada sobre mi pasado y sobre Liam. Estaba ahí, a mi lado, sin importarle nada más que eso.

Me sentía egoísta, como si volviera a ser esa mujer que quería dejar en el pasado. Pero no había podido negarme a su insistencia.

—Gracias, Megan.

Lo miré a los ojos, aún quedaban muchas horas de vuelo y yo estaba algo adormilada ya.

—¿Gracias por qué? —pregunté.

—Por dejarme acompañarte —dijo con dulzura.

—Si alguien tiene que agradecer algo, soy yo. Gracias por estar en este momento contigo.

—Quiero estar contigo y sí que tengo que agradecer que me lo permitas con lo que estás viviendo, es muy duro para ti.

—Sabía que tendría que volver en algún momento u otro, pero que sea así... No sé, Darren, no me lo esperaba.

—Es normal, la muerte nunca se espera. Por eso creo que siempre hay que disfrutar al máximo del presente. Vivir como si fuera nuestro último día en el mundo.

—Me gusta eso —sonreí—. Pero nadie piensa que va a morir, nunca pensamos que nos ocurrirá a nosotros y dejamos todo para el mañana.

—Y no aprovechamos la vida. Es bonita, nos da mucho y se puede ser muy feliz, pero no sabemos hacerlo. Por eso quiero estar a tu lado, porque no quiero perder mi oportunidad de ser feliz.

—No sé qué decir a eso —dije emocionada, sin palabras.

—No tienes que decir nada —me guiñó un ojo.

—Hace un tiempo, era la mujer más frívola y egoísta del mundo. Parece que fue hace mucho, pero no es así. Por eso quiero empezar de cero, abrí los ojos y vi lo que realmente importa en la vida.

—Eso es muy bueno, admirable. ¿Y qué quieres ahora? ¿Qué sientes?

No podía decir lo que quería, porque a quien quería era un imposible.

Y sobre cómo me sentía...

La verdad que nada bien. Tenía mucha pena por lo que les había ocurrido a mis padres. No sabía cómo iba a reaccionar allí, si mis demonios y mi ira se apoderarían de mí o si me dejarían mostrar mis verdaderos sentimientos. No sabía cómo iba a actuar al ver a Colin.

Y Liam... Estaría cerca de mí y no podría acercarme a él.

Bajé la mirada, pensativa. No podía explicar cómo me sentía.

Darren me dio un apretón en la mano, entendiendo mi silencio. Me acordé un poco e intenté dormir lo que nos quedaba de vuelo. Así serían más llevaderas las miles de emociones que sentía en ese momento.

Cuando por fin me bajé del taxi en la puerta del apartamento, todo volvió a estar a flor de pie. Subí rápidamente y abrí la puerta. Y como me prometió, Emily estaba allí, esperándome.

Me abracé a ella, consolándola mientras yo comenzaba también a llorar.

—Ay Megan. No sé si decir que me da alegría verte —suspiró cuando nos separamos.

—Nos da alegría —sonreí como pude—. Aunque sea en esta situación. Te eché de menos, Emily, eres muy importante para mí y siempre has estado ahí.

—Yo también te eché de menos —sonrió—. Todo ha sido horrible —suspiró—. Qué tragedia...

—Yo lo mismo lloro que soy de hielo, no sé ni cómo sentirme. Mira, él es Darren —se saludaron y nos sentamos en el salón.

—Tiene mucha suerte —dijo Emily mirando a Darren.

—Tutéame, por favor —sonrió él—. ¿Y por qué soy afortunado? —preguntó, intrigado.

—Por tenerla a ella, claro, es una gran mujer —se refería a mí y me hizo sonrojar.

—Pensé eso nada más verla —más me hizo sonrojar él cuando me miró intensamente.

Tras un té, mientras Darren descansaba un poco porque el viaje había sido agotador, Emily y yo entramos en mi cuarto y deshicimos las maletas.

—Me gusta que estés aquí, pero no es alegría cuando has tenido que venir por una desgracia —suspiró ella.

—Yo no sé ni cómo me siento. A veces con pena, otras veces ni siento lo que ocurrió, debo de ser una mala persona.

—No, no lo eres. Es normal que te sientas así, eres humana.

—Me hubiera gustado que me afectara más...

—No, mejor así —sonrió—. El dolor es menor. Además, te conozco y sé que todavía estás en shock, como si no asumieras lo que ha ocurrido.

—Puede que sea eso —las veces que parecía entenderlo me venía abajo, así que quizás Emily tenía razón—. Ellos nunca se preocuparon por mí, no fueron nadie en mi vida, Emily.

—No hables así de los muertos —me riñó.

—Pero es la verdad, nunca estuvieron, ni con mi hermano tampoco. Siento lo que les pasó, pero no me destroza, no sé explicarme.

—No tienes que hacerlo, yo te entiendo. Pero son tus padres.

—Espero no ser tan mala madre con mi hijo —dije de sopetón.

—¿Pensando en tener hijos? Pues sí que has cambiado.

. ¿Pensando? Si solo fuera eso...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estoy embarazada.

—Oh Dios mío... ¡Pero eso es maravilloso! ¡Felicidades, mi niña! ¿Cómo ocurrió?

—Pues cómo iba a ocurrir, Emily —puse los ojos en blanco y me reí, bromeando.

—Deja la broma —rio ella—. Sabes a qué me refiero.

Sí, lo sabía, pero era mejor reírse que pensar en Liam y en que nunca sabría de nuestro bebé.

Me senté en la cama y suspiré.

—El hijo es de Liam.

—Oh, Dios mío —abrió los ojos como platos y se sentó a mi lado.

Y comencé a contarle a Emily lo que había vivido desde que hui de allí.

—Pues has hecho muy bien en dejar que te acompañe —dijo ella cuando terminé de explicarle mi relación con Darren.

Yo no sabía si había hecho bien, pero lo hice. Y allí, en Manhattan, en el único que podía pensar era en Liam.

—Deja de pensar, mi niña, la vida sabe por qué haces las cosas. Me alegra que estés aquí. ¿Lista para el funeral?

No, no lo estaba, pero el tiempo no iba a esperar por mí.

—Una ducha y estaré lista en una hora —prometí.

Y no tardamos mucho en salir para el velorio de mis padres. El lugar estaba lleno de gente, y allí estaba mi hermano. Mirándome, pero ninguno dijo nada al otro. No quería ni verlo.

Él era el culpable de mi destierro. Él era el culpable de que mi hijo

naciera sin su padre.

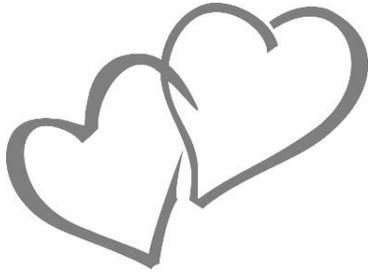
La gente contaba anécdotas que habían vivido con mis padres y se me encogió el corazón, yo no tenía mucho que contar sobre ellos. La ceremonia se me estaba haciendo eterna. Solo quería que todo aquello terminara y volver a mi casa.

Solo quería que todo eso quedara como un mal recuerdo.

Ya lidiaría yo toda mi vida con la culpa y los sentimientos.

Porque estaba velando a mis padres y no pude, en ese momento, soltar una lágrima.

Volvía a ser la mujer de hielo.



Capítulo 18

El siguiente amanecer fue distinto, ya había pasado el entierro de mis padres, mis emociones, contradictorias, iban calmándose un poco. Desperté y al abrir los ojos me encontré con Darren tumbado en mi cama. En ese momento recordé cómo la noche anterior se había quedado a mi lado mientras yo lloraba. Seguía ahí, conmigo. Y eso era de agradecer.

Me sentía aliviada al tenerlo a mi lado, era egoísta por mi parte y lo sabía, pero agradecía el cariño que me daba, en esos momentos lo necesitaba.

—Buenos días, guapísima. ¿cómo te sientes hoy?

—Mejor —sonreí.

—Me alegra oír eso, estaba esperando que te levantas porque tengo un hambre...

Me reí.

—Entonces vamos a ello —dije entre risas.

Cuando entramos en la cocina, ya Emily estaba terminando de preparar el desayuno.

—Buenos días —dijo al vernos—. Ya está casi listo. En nada se los llevo.

—No, hoy desayunaremos todo aquí —sonreí y ella no podía creérselo, viendo la cara que se le quedó.

—Me va a encantar eso —dijo alegremente.

Preparamos la mesa entre los tres y nos sentamos a desayunar. Emily se había convertido en alguien muy importante para mí y quería compartir ese momento con ella.

Hablamos un poco del velorio, pero al ver mi cara, cambiaron el tema. Y llegamos a qué haríamos los próximos días, tenía que enseñarle a Darren mi ciudad.

—No, eso no. No vas a estar de caminata de aquí para allá, no lo voy a permitir. Yo puedo ir solo, no me pasará nada. Y tú tienes que cuidarte, Megan —era una orden en toda regla.

—Solo estoy embarazada.

—¿Qué quieres decir con solo?

—Que estoy embarazada, no enferma, Darren.

—Lo sé, pero te vas a cuidar.

Puse los ojos en blanco mientras Emily reía, pero lo peor es que ella pensaba como él, no me lo podía creer.

—Puedo andar, hacer turismo... No me va a pasar nada por eso. Incluso puedo ir al gimnasio —dije.

—No vas a hacer nada de eso, te vas a cuidar y a dejar los riesgos a un lado. Además, antes de hacer nada debe de verte un médico, así que ya sabes qué es lo que tienes que hacer: pedir una cita.

—Como usted mande —dije irónicamente.

—Así me gusta —dijo él, pasando de mi ironía—. Y ahora come, toma —me puso delante una tostada ya untada.

—Claro que sí... ¿Alguna orden más? —elevé mis cejas.

—Sí, desayuna y nos vamos de compras. Ya no puedes usar la misma, es demasiado apretada y puede...

—Demasiado apretada... Escúchame una cosita, Darren. Una orden más y de la patada en el culo que te doy llegas a Irlanda antes que en avión. Estoy embarazada, no soy una inútil, así que no me trates como tal ni pretendas que me quede encerrada en la burbuja de cristal que quieres.

—Lo siento... Solo me preocupo por ti —dijo con pena, Emily, sin

embargo, no podía parar de reír.

—Preocuparse no es eso. De lo único que tienes que preocuparte es de no ponerme nerviosa. Y si tú estás nervioso, yo acabaré nerviosa. ¿entiendes? Así que tú verás cómo lo haces, pero ¡no me pongas de los nervios!

Me había hecho perder la paciencia, pero es que no iba a dejar que actuara así conmigo, yo no era de cristal y no lo sería nunca. Si lo dejaba hacer a su manera, no iba a moverme de la cama hasta que mi hijo naciera. Y eso sí que no, podía volverme loca. Me estaba poniendo histérica con solo pensar en ello.

—Y ahora mueve el culo, nos vamos —dije levantándome de la silla.

—¿Nos vamos a dónde?

—De turismo, a pasear, porque lo haré —y con mi tono sabía que no podía llevarme la contraria.

Salí de la cocina escuchando las risas de Emily, pero yo tan decidida a irme a pasear. Conmigo iba a dar Darren.

Me salí con la mía, como era lógico. Paseamos por la ciudad y lo llevé a conocer un par de lugares turísticos. Una parada en una cafetería, cientos de fotos por el camino... La verdad es que pasar el tiempo con Darren era de todo menos aburrido.

—Ven, un selfie aquí —dijo Darren, tirando de mi mano y colocándose donde quería.

Habíamos estado todo el día paseando agarrados de la mano, cuando no me tenía como en ese momento, agarrada por la cintura.

—Mira a la cámara y... ¡Patata! —me hizo reír antes de tomar la foto.

Cuando bajó el móvil, la risa se me cortó. No podía ser...

Un par de ojos estaban fijos en los míos y joder, no podía estarme pasando algo.

Pestañee varias veces, pero ahí estaba él.

Liam...

Sentí que su mirada me desgarraba el alma, el corazón me dolía por tenerlo tan cerca. Me quedé sin poder moverme, viéndolo allí, algo alejado de mí, pero lo suficiente cerca para que nuestros ojos se encontraran.

—Megan... —oí la voz de Darren, pero no era capaz de reaccionar.

En ese momento, Liam bajó la mirada, se dio la vuelta y comenzó a caminar. Tragué saliva, evitando llorar.

—Dios mío... —susurré.

—¿Qué te pasa, estás bien? —preguntó Darren, preocupado.

—Sí... Perdona —lo miré, quitando la vista de la espalda de Liam, que se alejaba—. Lo siento, no me pasa nada —intenté sonreír.

—Ya... Es él.

No tenía ni que preguntarlo, las reacciones de los dos lo decían todo.

—Sí, es él. Él es el padre de mi hijo —me mordí el labio, pero no con ello evité que algunas lágrimas salieran de mis ojos.

—Megan...

—Lo siento, Darren, de verdad.

—No tienes nada que sentir. No me pidas perdón, no hay nada que disculpar, de verdad. Solo quiero que respires, que te relajes y que no llores. Ni siquiera tienes que explicarme nada —sonrió, limpiándose la cara de las lágrimas.

—Me quiero ir a casa....

—Entonces vamos.

Eso hicimos, irnos de allí.

Llegué a casa y me encerré en mi habitación. Necesitaba estar un rato a solas. A mí que nadie me dijera que la vida no tenía un extraño sentido del humor, porque no era justo jugar así.

Ahí estaba Liam y parecía destrozado y joder, me había visto con Darren.

Lloré. Lloré porque no lo había olvidado. Lloré por nuestra historia imposible. Lloré porque tendría un hijo de él y nunca lo sabría. Lloré por Darren.

Y lloré porque ese hombre siempre sería el amor de mi vida.

Salí del dormitorio, miré a Darren, sentado en el sofá.

—Quiero volver a Irlanda. Mañana mismo.

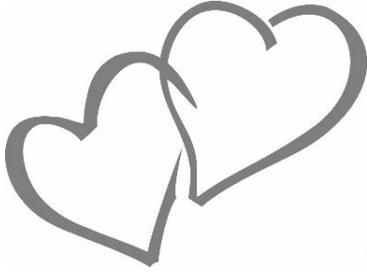
Afirmó con la cabeza.

—Yo me encargo.

Y eso fue lo que hice, huir de nuevo.

Tenía que hacerlo porque si volvía a ver a Liam... No sabía si iba a poder mantenerme lejos.

Aún lo amaba demasiado.



Capítulo 19

Cuando volví a poner un pie en Dublín, aún tenía mis emociones a flor de piel. Esa misma tarde que le dije a Darren que quería irme, nos fuimos. O, mejor dicho, hui de nuevo.

Ver a Liam había sido un golpe bajo para mí y por cómo me miró, para él también. ¿Y cómo no serlo si me vio cariñosa con otro hombre? ¿Qué habría pensado?

Si él sentía la mitad del dolor que sentía yo, estaría destrozado. Pero como me repetí a mí misma una y otra vez, era lo mejor para él. Porque conocer la verdad sí podría destruirlo para siempre.

Me tiré en el sofá nada más llegar a casa. Emocionalmente no estaba bien y físicamente, el vuelo me había dejado demasiado cansada.

—¿Mejor? —preguntó Darren, agachándose a mi lado.

—Sí —mentí.

—Haré algo de comer, descansa un poco —besó mi frente y se fue a la cocina.

Me dolía que él también hubiera tenido que ver a Liam, no tenía que haber sido plato de buen gusto para él, pero así lo había querido la vida. Sabía que tenía que explicarle todo, pero en ese momento solo quería respirar y decirme que estaba haciendo lo correcto con mi vida.

Pero dolía, estar lejos de Liam aún seguía doliendo demasiado.

Mi teléfono móvil sonó y cogí sin mirar quién era.

—¿Sí? —pregunté, desganada, yo solo quería que me dejaran en paz.

—Hola, Megan.

—Anne... Hola.

—No sé qué te pasa, pero no lo estás haciendo bien, ¿sabes? No puedes irte sin dar explicaciones, Megan. No puedes dejar a Liam así, está destrozado.

—¿Crees que yo no? ¿Crees que para mí es fácil?

—No, sé que no, pero joder, es que tampoco me explicas nada —estaba frustrada y lo entendía.

—No es fácil para mí, te lo aseguro. Pero lo mejor es que me aleje de él. Tengo que hacerlo, Anne.

—Pero dime qué es lo que te pasa, me preocupo por los dos. Por favor...

—Te dije que lo haría y lo haré, pero no ahora. No estoy preparada.

—¿Tienes que estar preparada para ello?

—Sí, ya entenderás por qué.

—Puedes confiar en mí, Megan.

—Lo sé, Anne. Pero necesito tiempo.

—Yo no entiendo nada, de verdad.

—Lo sé... Un poco más de tiempo.

—Necesito saberlo, Megan, está roto.

—¡Y yo también! —perdí la paciencia— Pero te explicaré cuando me sienta lista y joder, no es el momento. No me siento bien.

—Está bien, haz lo que te venga en gana. Esperaré a que me cuentes, pero que sepas que no estás siendo justa, no se merece lo que haces.

—No, sé que no, pero es lo mejor —las lágrimas comenzaron a salir.

—Siento ponerme así, pero me preocupo por los dos, Megan.

—Lo sé —dije llorando.

—Sabes dónde encontrarme cuando me quieras contar lo que está pasando. Yo no voy a insistir más. Cuídate.

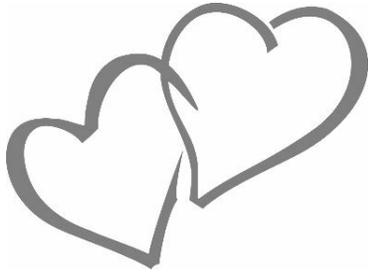
—Gracias. Adiós, Anne.

Colgué la llamada y me abracé al cojín, llorando sin poder parar. Darren no tardó mucho en aparecer a mi lado, intentaba consolarme, pero en ese momento nadie podía hacerlo.

¿Cómo iba a calmar el dolor que sentía por haber perdido al amor de mi vida?

Porque Liam no volvería a estar junto a mí nunca más.

Era lo mejor para él.



Capítulo 20

Los días pasaban y yo me iba calmando. Las cosas estaban más tranquilas y yo podía sobrellevar mejor la pena por haber perdido a Liam.

Me centré en mi bebé, eso era lo que me animaba a seguir adelante. Eso y Darren, quien no se separaba de mí, todo el día pendiente a mis necesidades.

Estaba muy agradecida con él y aunque seguía sintiéndome egoísta, tampoco podía decirle que se marchara, lo necesitaba a mi lado.

Y se lo hice saber, haciéndolo, como él me dijo, el hombre más feliz del mundo. Y yo me dejaba querer...

Desde que volvimos, casi se había instalado en mi casa. Nuestra relación era muy buena y yo daba lo mejor de mí.

Fuimos a la consulta del médico para una revisión y salí llorando al enterarme que iba a tener una niña. No sabría explicar ni cómo me sentí en ese momento.

Desde entonces, Darren y yo comenzamos a preparar la habitación de la bebé. Le compramos de todo y yo cada día venía con algo nuevo para ella... Lo que fuera, desde un chupo hasta ropa.

Me sentía bien. Tranquila. Animada. Con ganas de ver a mi niña y, sobre todo, con ganas de seguir.

A Liam intentaba dejarlo en el pasado, pero eso era imposible. Al menos, como me decía a mí misma, podía seguir día a día. Pero no era fácil cuando él jamás disfrutaría de su hija como lo haría yo.

Y en el fondo, eso era algo que nunca me perdonaría, pero las cosas no

podían ser de otra manera.

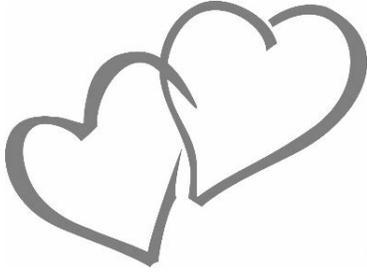
Mi vida había cambiado mucho en las últimas semanas, yo también lo había hecho. Pero lo que nunca cambiaría sería el recuerdo de Liam. En eso se había quedado y eso era lo que tenía que ser, el dolor disminuiría con el tiempo.

Había que seguir adelante, aunque él siempre tuviera un lugar en mi mente y en mi corazón.

Pero mi relación era, en ese momento, con otro hombre. Mi vida estaba muy lejos del pasado. Mi vida era la hija que iba a nacer.

Y por ella daría lo mejor de mí.

Ojalá todo hubiera sido diferente, pero la vida se había encargado de que nosotros no pudiéramos ser felices juntos. Esperaba que él fuera feliz. Yo nunca podría serlo del todo cuando él era parte de mí.



Capítulo 21

Estaba esperando que Darren me trajera una taza de té mientras acariciaba mi vientre. Era como un ritual para mí, me encantaba hacerlo cada mañana, antes de desayunar con él. Era como mi momento a solas con mi hija.

Apareció con mi taza de té y su taza de café, se sentó a mi lado y disfrutamos de ese momento tan nuestro.

Era parte de la monotonía que se había instalado entre nosotros, era parte de la nueva vida que había creado junto a él, lejos de mi pasado.

El timbre de la puerta sonó y Darren fue a abrir. Extrañada, me quedé esperando a ver quién era, pero jamás me podría haber imaginado verlo a él.

Apareció en mi salón, Darren lo seguía y yo estuve a punto de desmayarme al verlo allí.

—Liam...

Dejé, como pude y controlando el temblor de mis manos, la taza de café en la mesa. No podía dejar de mirarlo. Tenía que ser un espejismo, yo debía de estar alucinando...

Su nombre me salió en un susurro, cerré los ojos, esperando que me lo hubiera imaginado. Pero al abrirlos de nuevo, ahí estaba él.

Liam.

—Megan... —susurró con tristeza.

Era real, él estaba ahí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, intentando que no me temblara la voz.

—¿Puedo hablar contigo?

Miré a Darren, de pie, en medio del salón. Y volví a mirar a Liam... Se me rompió el corazón al verlo tan mal. Demacrado, con ojeras y con los ojos de haber llorado horas y horas. Dios mío, cómo me dolía verlo así.

—Liam... —no sabía qué decir, ni siquiera podía hablar.

Vi a Darren acercarse a mí y lo miré.

—Aprovecho y hago algunas llamadas, desayunaré algo fuera —me dijo.

—Darren...

—No te preocupes por mí, tenéis que hablar. Yo estaré bien, nos vemos en un rato —sonrió, me dio un beso en la cabeza y se fue de casa, dejándome a solas con él.

Cerré los ojos cuando escuché cómo la puerta se cerraba y miré de nuevo a Liam. Liam estaba allí, frente a mí.

¿Pero cómo era eso posible? Tenía que explicarme.

—¿Me puedo sentar? —señaló el sofá.

—Sí...

Y se sentó a mi lado, demasiado cerca de mí.

—Te ves bien —dijo con tristeza.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Qué estás haciendo aquí, Liam? ¿O es que pasó algo...?

Se me trababa la lengua, pero es que necesitaba respuestas.

—Dime primero cómo estás tú.

Pues mira, a punto de ponerme a chillar por tenerte cerca cuando ya estaba con una nueva vida y sé que tú y yo no podemos estar juntos, pensé, pero no lo dije.

—Estoy bien —cogí aire—. ¿Y tú cómo estás? —pregunté, aunque veía que nada bien.

—Un poco cansado, son demasiadas horas de vuelo. No he descansado

aún, vine a buscarte nada más dejar las maletas en el hotel.

Eso era un conversación demasiado fría para nosotros, ¿lo próximo sería hablar del tiempo?

—Entiendo... ¿Cómo me has encontrado, Liam?

—No te enfades con ella.

—¿Con quién?

—Emily me dijo dónde encontrarte.

—Oh, Emily —suspiré, no me iba a enfadar con ella, simplemente la iba a asesinar. ¿Cómo se le ocurría decirle dónde estaba? ¿Qué parte de tengo que mantenerlo lejos de mí, duela lo que duela, aún no había entendido?

—Hizo lo que tenía que hacer, Megan.

Oh, claro que sí. Me tuve que reír, porque es que tenía que sacar las emociones de alguna manera.

—Te equivocas, Liam. Ella no tenía que decirte nada, no tenía ningún derecho cuando mi decisión estaba tomada —dije enfadada.

—Ha hecho lo que piensa que es mejor para ti, Megan, nada más.

—Lo mejor para mí... Olvídalo, ¿vale? Ya le diré a ella unas cuantas de cosas. Dime mejor qué estás haciendo aquí.

—¿No está claro? He venido por ti.

—¿Y qué necesitas de mí? —pregunté con calma, aunque era lo que menos sentía en ese momento, quería llorar, tocarlo, besarlo, pero... No, no podía hacer eso, solo lo llevaría a destrozar su vida. Y la mía.

—Creo que no me has entendido —dijo—. Vine a por ti porque te vienes conmigo, nos vamos a casa.

—Esta es mi casa...

—No, no lo es. Tu casa está a muchos kilómetros. Tu casa está conmigo, Megan. No aquí.

—¿De qué hablar? Liam, no hay nada entre nosotros, se terminó, Me

marché, tengo una nueva vida, no hay nada más que hablar ni que regresar al pasado. Yo ya he elegido, entiende eso.

—Así es, tal como lo dices. Elegiste, Megan. Pero no me diste la opción a hacerlo a mí.

—Tú no tenías que elegir nada, Liam. Es mi vida y mi decisión, solo yo tenía que hacerlo. Me fui, elegí eso, no hay que volver atrás.

Dios, tenerlo cerca me estaba matando y estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener la compostura y no ponerme a llorar por tenerlo ahí, a un palmo de mí. Deseando tocarlo... Porque aún no lo había olvidado.

—Éramos dos, Megan. Tú no tenías derecho a decidir por ambos, no podías marcharte y ya está. No me digas que las cosas son así, sabes que no. Me dejaste sin darme una razón. ¿Pensaste cómo me sentiría yo? ¿Has pensado alguna vez en cómo estaría yo?

Dios mío, ¿que si había pensado en él?

No había hecho otra cosa cada día que pensar en él. Es por él por lo que había hecho todo eso, porque no quería hacerle daño. Todo fue por él, maldito fuera.

Tomé aire. Tenía que irse de allí y tendría que seguir sin explicaciones. Fui a hablar, pero me interrumpió.

—Siento mucho lo de tus padres, Megan.

Miera, eso no, eso no tenía nada que ver. ¿Y él cómo sabía...? Si sabía eso, entonces sabía... Oh, joder. Empecé a llorar, ya no pude contenerme más.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté entre lágrimas.

Su mano se posó rápidamente en mi mejilla, limpiando mis lágrimas. Su contacto me hizo temblar, no necesitaba eso, si me seguía tocando, iba a venirme abajo.

—No quiero verte llorar —dijo con pena—. No pude soportar ver cómo sufrías ese día, no sabes cuánto daño me hizo verte mal, Megan.

—Pero cómo...

—Todo el país lo supo.

Claro, cómo no, ni siquiera pensé en eso. La prensa haciendo estragos.

—Liam, por favor... —no me toques, rogué mentalmente.

—Cuando te vi, lo entendí todo —no dejaba de acariciar mi mejilla—. Así que me dejaste porque tu hermano es quien atropelló al mío, fue por eso, ¿no? Ay Megan... —suspiró y yo me mantuve en silencio— Cuando te vi con él en Manhattan —dijo refiriéndose a Darren, el dolor en su voz—, ese día fue horrible. Llegué a casa, solo quería beber y olvidar esa imagen. Después te vi en el entierro de tus padres en la televisión, la señorita Megan Thompson. En el mismo lugar, con los mismos padres de Colin... Ahí fue cuando encajé las piezas, ahí entendí el porqué de tu huida. Y aun así no lo entendía del todo. Porque tú no eres él, Megan y no tenías ningún derecho a decidir también por mí y a marcharte sin darme opción a que yo decidiera.

—No podía hacerte daño —lloré—, no podía hacerte eso, no quería verte sufrir.

—Me hiciste sufrir y mucho cuando te fuiste. No sabes cómo me dolió sentir que te había perdido. Eso me hizo sufrir, no lo otro —empezó a llorar.

—No lo entiendes, Liam. Al hombre que más odias en el mundo, es mi hermano. Soy la hermana de un asesino, de ese que le robó la vida al tuyo —grité, enfadada—. Esa soy yo. Casi me muero cuando me enteré, estaba rota de dolor. Yo te amaba más que a nadie y lo único que podía hacer era irme para que no lo supieras, para que no sufrieras —seguí llorando.

—Tenías que habérmelo dicho, yo tenía que saberlo, Megan.

—No.

—Y has dicho que me amabas... Otro error, porque lo nuestro no es pasado, mi amor. Así que no vuelvas a hablar de ello así. Por favor —rogó.

—Liam...

Liam estaba llorando, como yo. Cogió mi cara entre sus manos y me miró fijamente a los ojos.

—No sé si días, semanas, meses... No sé el tiempo que me he pasado encerrado bebiendo, queriendo olvidar que ya no estabas conmigo. No me importaba nada ni nadie. Ni mi restaurante. Nada tenía sentido. Solo podía culparme y lidiar con mis demonios mientras me destruía. Y fue por perderte, Megan, no por otra cosa. Llegué a pensar que todo fue un juego, que sabías la verdad y que quisiste jugar conmigo. Perdóname... Pensé que me engañaste con otro. Pensé de todo y soy culpable por haber dudado de ti. Tenía que beber más y más porque esos pensamientos me hacían todavía más daño. Pero algo pasó, te vi con él, te vi en la televisión. Y fui a por ti, no podía perderte de nuevo.

—Liam, eso es el pasado.

—Fui a buscarte —siguió, ignorándome—. Pero Emily no me decía nada. Hasta que hace unas horas lloré, me vine abajo y le conté todo lo que estaba sufriendo. Cuánto te quiero, cuánto te necesito. Y por fin tuvo pena por mí. Y por fin estoy aquí, vine por ti, mi amor —lloraba, como lo hacía yo.

—Lo nuestro se acabó, Liam...

—No puede acabar algo así, mi amor. Lo que es de verdad nunca se acaba. Y nosotros hemos dejado huella con eso, él viene como fruto de lo nuestro.

—¿Él?

—Nuestro bebé...

No, no por Dios, eso no. ¿Cómo sabía eso?

—Déjame estar contigo, mi amor. No me alejes de ti, no me alejes de mi bebé. No me separes de vosotros, por favor... —sentía su agonía, era la misma que la mía.

—Dios mío... ¿Cómo sabes eso?

—Cuando le dije a Emily que venía a por ti, antes de marcharme, me

felicité por mi paternidad —sonrió, las lágrimas empañando esa preciosa sonrisa—. Así me enteré —dije con pena.

—La voy a matar.

—No lo harás, hizo lo que debía. Quiere verte feliz. Ven conmigo, Megan, vuelve a casa conmigo. Mereces ser feliz y yo también, y somos la felicidad del otro. Deja que seamos felices, por favor.

—No puedo hacer eso...

—Sí, puedes. Me da igual tu hermano, no me importa quién es. Me importas tú, siempre me has importado tú. Y nuestro bebé. No puedo estar lejos de vosotros, Megan. No me dejes lejos de ti de nuevo, yo te amo.

—Liam... —me dolía el alma...

—Por favor.

—No puedo —sentía que iba a morir allí mismo.

—¿No puedes por él? —no hacía falta preguntar de quién estaba hablando.

—El solo me ha cuidado, Liam. No la tomes con él, me ha apoyado mucho.

—No la tomo con él, pero soy yo quien tiene que cuidarte. A ti y a nuestro hijo. Porque eres mía, Megan y lo sabes. Como yo soy tuyo.

—Bruto...

—Es que es así. Como mi corazón es solo tuyo, el tuyo es solo mío. Como ese bebé es nuestro, de nuestro amor.

—Las cosas ya no son como antes.

—¿Qué no es como antes? ¿No sientes por mí como antes? Porque tiembles, Megan, tiembles cada vez que te toco, tiembles solo con tenerme cerca —se acercó más a mí y sí, temblé—. ¿No sientes nada por mí? ¿Eso me estás diciendo? ¿Que me olvidaste? Si es así, yo te dejo. Pero al menos sé sincera con eso.

Fui a abrir la boca, pero fue más rápido, la suya me devoró, sin dejarme tiempo para pensar.

Dios, cuánto lo había echado de menos...

Me aferré a él, a su cuello, a su pelo... Éramos dos seres desesperados por sentir al otro. Volviendo a recordar... Teniendo más claro que nunca que jamás lo podría olvidar.

Pero las cosas habían cambiado, y mucho. Y estaba Darren.

Separamos nuestros labios y nos miramos a los ojos.

—No sabes cuánto te amo, Megan.

Sí, lo sabía porque yo lo amaba igual, pero no podía hacerle eso a Darren. Se había portado muy bien conmigo y no podía traicionarlo de esa manera. No sabía cómo iba a decirle que no al hombre que amaba, un hombre que me decía que lo único que le importaba era yo, no todo lo que nos separaba.

Un hombre que me ofrecía el amor. Cuando él fue y siempre sería el único hombre al que amaría. Y me ofrecía la posibilidad de una vida juntos, olvidando el pasado.

—Liam... —me levanté del sofá y me acerqué a la ventana, suspirando.

—No se te ocurra decirme que lo nuestro se acabó, Megan —se colocó detrás de mí, haciéndome suspirar de nuevo—. Te amo. Me amas. Y en eso no puedes mentirme. Lo nuestro no se terminó.

Sí, lo amaba y mucho. No podía negar eso, pero...

Las cosas no eran tan sencillas, mi vida había cambiado.

Me di la vuelta lentamente y lo miré. Acertada o no, la decisión estaba tomada.

Liam.

Días antes...

No podía más... Lancé la botella y reventó, el alcohol mojando la habitación, inundando el ambiente con el mismo aroma de hacía... Ya no sabía ni el tiempo que llevaba así, encerrado entre esas cuatro paredes.

Todo estaba hecho un desastre, nada recogido, los cartones de comida, las latas... Todo tirado por el suelo. Y la verdad es que me daba igual todo. Incluso si olía mal, no recordaba cuándo me había duchado por última vez. Pero tendría que hacerlo de nuevo, apestaba.

El móvil sin batería, menos mal. No tenía ganas de seguir escuchando cómo llamaban, preocupados por mí. Tampoco les abrí la puerta ninguna de las veces que vinieron.

No me importaba nada. Solo ella.

Y ella resultó ser la hermana del hombre que mató a mi hermano. La hermana de Colin Thompson.

Llevaba días, semanas, metido ahí, alcoholizándome. Y entonces me entero de eso. De que todo lo que imaginé no era así. No me había engañado, no se había reído de mí. Se había marchado por ser quien era. Y por fin lo entendí.

No sabía si la vida se reía de mí, por qué me hacía eso, pero así estaban las cosas.

La conocí y me enamoré. Nunca quise a nadie como la quería a ella y nunca volvería a ser así. Y la vida no podía destruir eso. Porque ella me amaba, como yo a ella, de eso estaba seguro.

Temblaba cuando la tocaba, suspiraba teniéndome cerca. No fingió, ella sentía por mí tanto como yo por ella. Yo fui quien la tuvo entre sus brazos,

nadie podía negarme que lo que había vivido era real. Ella era real. Y leal. Y transparente conmigo.

Y se había ido, me había dejado. Y estaba seguro de que era por eso.

Pero a mí no me importaba, nada de eso me importaba. Lo único que me importaba era tenerla otra vez cerca. Porque la amaba y nadie podía destruir eso. El pasado estaba ahí, pero atrás, no iba a dejar que me jodiera más la vida.

Perderla a ella fue era el peor de los castigos que podía recibir, me sentía como muerto en vida.

Y por eso, no podía permitir que ni ella ni nadie terminara con algo como aquello.

Idiota, seguro que se marchó por mí, por no hacerme daño siendo quien era.

Pero el daño estaba hecho porque podía con todo en la vida, menos con no tenerla a ella.

Me levanté, como pude. Tenía que ir a buscarla. Tenía que traerla conmigo, estuviera donde estuviera. Aunque la trajera a la fuerza, su casa estaba conmigo. Su hogar era yo. Nadie, nunca, la amaría tanto como yo.

Y nadie, nunca, tocaría algo que era mío. Y ella era mía, para siempre.

Me duché, me vestí y salí decidido a encontrarla, sin importar si se me iba la vida en ello. Llamé a la puerta de su apartamento y su asistenta me abrió. Ví en su mirada muchas preguntas, pero estaba dispuesto a responder todo con tal de encontrarla.

No iba a perder al amor de mi vida. No iba a perderla a ella.

Hablaba y hablaba y esa mujer no decía nada. Hasta que, derrumbado, le rogué. Le pedí que me dijera dónde estaba. Le pedí que no permitiera que la persona que más amaba en el mundo se alejara de mí. Le rogué porque yo la necesitaba para seguir viviendo, la amaba más que a nadie.

Me daba igual ponerme de rodillas, lo que fuera por ella.

Y, gracias a Dios, esa mujer tuvo piedad de mí. Explicándome por qué habían pasado las cosas y diciéndome dónde encontrarla. Casi me la como a besos.

Incluso me dio la mejor noticia del mundo: iba a ser padre.

En ese momento casi me flaquean las piernas, me agarré a la pared para no caer. La miré, su sonrisa de alegría y de tristeza a la vez. Vas a ser padre, repitió. Sí, eso era lo que había oído, Megan iba a tener un hijo.

Si antes pensaba ir a por ella, en ese momento tenía aún más razones. Nadie me iba a separar de la mujer que amaba ni, mucho menos, de mi hijo.

Así fue como llegué a Dublín y por eso estaba, en ese momento, mirando a la mujer que tanto quería.

Sentí que moría cuando un rato antes la vi. Estaba preciosa... Llorando, enfadada... Daba igual, era preciosa.

Y yo le había abierto mi corazón, rogándole que se quedara conmigo, a mi lado, pidiéndole que volviéramos a casa.

La observé, deleitándome en su belleza y bajé la mirada hasta su vientre, donde se encontraba nuestro bebé. Ya se notaba cómo crecía. Mi hijo...

La miré de nuevo a los ojos, rogándole, sin palabras, que no me rechazara, que no terminara con lo nuestro. Tenía mucho miedo de perderla, de pensar que tal vez no me quería tanto como yo a ella.

Ella me miraba con anhelo, pero también con miedo, con dudas... Lo entendía, entendía todo eso. Pero yo no estaba equivocado, también podía ver el amor en su mirada. Eso no podía ocultarlo, no conmigo, porque lo que teníamos era demasiado especial.

Ella seguía enamorada de mí, como yo lo estaba de ella.

Aun así, estaban las dudas. El no saber si hacía lo correcto. Sabía que todo eso era por amor, por el miedo que tenía a hacerme daño, pero no era así. No

me importaba quién fuera, solo me importaba ella.

Cogí aire, temiendo su respuesta. Rogando a Dios por que no me rechazara. Me miró y cogió aire también. Ahí estaba, acababa de tomar una decisión.

Fuera cual fuera, yo no iba a cesar en mi empeño. Si me pedía que me marchara, no me conocía bien si pensaba que no iba a insistir. Porque sabía que en ese momento estarían hablando sus miedos, no su corazón.

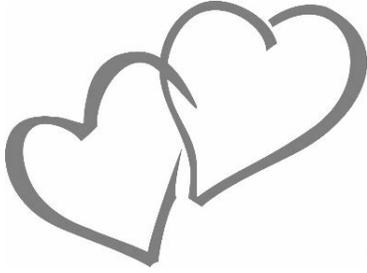
Si me pedía que me marchara, iba a jugar. Iba a hacer todo lo que hiciera falta para demostrarle que nuestro destino era estar juntos. Lo nuestro no iba a acabar, no tendría final.

Si me pedía que me marchara, iba a descubrir cómo era luchar por alguien a quien se ama. Porque iba a luchar por ella hasta mi último aliento.

La observé antes de que hablara. Era el momento de la verdad. Era el momento de ver si sus miedos aún estaban ahí.

Si era así, iba a acabar con ellos, uno por uno, porque no pensaba rendirme.

Llegaba el momento de la elección.



Capítulo 22

Allí estaba, con Liam delante y con una decisión tomada. A punto de decírsela.

Mi mente iba a mil por hora. Él tenía “derecho” a estar allí. Era el padre de mi bebé y entendía que viniera a buscarme para pedirme explicaciones. Para mí, era lógico. Entendía que me pidiera, con lo que nos unía, que estuviéramos juntos. Nos amábamos e íbamos a ser padres.

Pero eso de olvidar el pasado... Yo no podía cambiar quién era, sería la hermana del hombre que mató a su hermano toda mi vida, eso no era algo sin importancia.

Era el padre de mi hijo, eso, al menos, tenía que respetarlo. Pero aparte de eso, nada más. Porque las cosas entre nosotros no serían tan fáciles como él pensaba o quería hacerme ver.

Mi decisión estaba tomada y había aprendido, con el tiempo, que aunque nos guste menos o más la elección, siempre hay que decidir con la mente fría y no ser impulsiva.

Lo que no sabía es si estaba haciendo eso, meditando antes de tomar la decisión, porque negarme a estar con él significaba que me obligaba a mí misma a ser infeliz. Porque no lo tendría a mi lado.

Pero había que ser sincera y leal, leal con Darren. Un hombre que había estado ahí sin que se lo pidiera, estaba a mi lado para todo y yo no podía pagarle así. Yo ya había elegido una vida y tenía que seguir adelante con ella, con todas las consecuencias. Ya no era esa niña que no pensaba en lo que

acarrearía sus actos.

Era una Thompson, para bien y para mal. Y siempre lo sería.

—No puedo culparte por venir, hiciste lo que tenías que hacer, Liam.

—No te entiendo...

—Vienes y me pides que regrese contigo, que sigamos siendo lo que éramos. Entiendo que lo hagas, pero las cosas no son así. ¿Sabes? Tengo más claro que nunca que todo lo que doy no es sano, me siento como si fuera un animal dañino.

—No quiero oírte decir algo así porque no es así, Megan. Eres la mejor mujer del mundo y yo te adoro. Para mí eres maravillosa...

—Si te quedas a mi lado, si accedo a eso... Sé cómo soy, Liam, y al final te haré daño porque es lo único que sé hacer... Mi apellido te dañará. Todo el que se acerca a mí acaba destrozado, es como una maldita maldición.

—Deja de decir tonterías.

—Si no te destruyo yo, lo hará mi hermano —suspiré.

—No podemos condicionar nuestra vida por algo que ocurrió y de lo que no somos culpables. Tú lo significas todo para mí, lo que pasó con mi hermano no puede ser una traba para que seamos felices, Megan.

—Es que no es solo eso, Liam. No sé ni qué pensar... Yo también terminaré destruyéndote, es mejor que te alejes de mí.

—¿También vas a destruir a Darren?

—Seguramente lo haga, no es algo que yo elija, pero sucede. Sé que es así. Mi apellido está maldito y yo tengo que pagar por muchas cosas. Como mis padres nos destrozaron a mi hermano y a mí, me pasa igual. Y no quiero gente cerca a la que joderle la vida.

—No es tu culpa, joder, deja de pensar así, no tiene sentido —dijo llorando, veía cómo de mal se sentía, desesperanzado, como lo estaba yo. Pero es que pensaba así, yo terminaría de joder su vida si seguía cerca de mí y

no podría vivir con eso.

—Tengo un pasado, Liam. He odiado a mis padres y lo único que he hecho es ser una mala persona y derrochar su dinero para tapar mis carencias. He hecho cosas de las que me arrepiento. Me he follado a tíos para aumentar mi lista y sentirme mejor, esa era la mierda de mujer que conociste. No tengo nada, jamás me esforcé por nada, solo he sido un parásito en la vida. Solo he mirado por mí y por mi puto ego. He aprovechado mi cuerpo para sentirme mejor. Haber sido puta sería mejor que lo que hice.

—Y te arrepentiste, eso es lo que cuenta. Me da igual lo que hicieras, ya no eres esa mujer. Todos nos equivocamos y lo viste y lo cambiaste. ¿Cómo no enamorarme de alguien así?

—No han sido simples errores, elegía, conscientemente, el mal sobre el bien. Es lo que soy, no la mujer que tú crees. Mira, aquí estás, llorando —sollocé— porque te estoy haciendo daño de nuevo. Eso es para lo que sirvo, lo llevo en la sangre.

—Deja de decir estupideces, joder. Yo te amo y podremos con eso, cambiarás la visión que tienes de ti porque te demostraré cada día la mujer tan valiosa que eres. No voy a salir corriendo, no eres el demonio. Eres la mujer que amo. La mejor mujer del mundo, aunque tú no lo veas.

—Quizás ocurra lo que dices, quizás deje de autocastigarme. Pero no puedo volver contigo, Liam. Yo no puedo convertirme de nuevo en esa mujer que tanto odio, dándole una patada a Darren después de lo que ha hecho por mí, ha estado ahí incondicionalmente. Tenemos que olvidar lo nuestro, es lo mejor. Quiero quedarme con el recuerdo de nuestra primera vez, del día que inauguraste el restaurante. ¿Lo recuerdas?

—Jamás podré olvidar ese día, Megan.

No dejaba de llorar y yo tampoco. Sabía que quería seguir luchando por lo nuestro, pero no tenía sentido. Yo no iba a hacerle daño nunca más, y solo

servía para eso.

—Pues quedémonos con eso —suspiré.

—Me estás pidiendo que olvide a la mujer que amo. Que me aleje de ella y de mi hijo.

—No, yo no te negaré a mi hijo. A nuestro hijo. Pero nosotros tenemos que estar lejos, Liam.

—¿Y no te duele pedirme eso?

—¿Crees que no? Me fui a miles de kilómetros de ti, ¿por qué crees que lo hice? Estaba muriendo en vida, joder y lo único que me quedaba era marcharme lejos de ti. Llegó Darren, ha sido un gran apoyo, yo no puedo pagarle mal.

—Así que esa es la razón —quiso acercarme a mí, seguramente para besarme, pero di un paso atrás. Si me tocaba, estaría perdida, mi determinación se iría—. Siempre he luchado por lo que he querido, Megan. He trabajado muy duro para tener lo que tengo, no me rindo fácilmente y odio perder. Y a ti no te voy a perder, te lo juro. Estaré en la ciudad una semana —sacó algo de su cartera, una tarjeta y la dejó en la mesa—. Estaré en ese hotel.

—No hace falta...

—Que te daré tiempo para pensar. Piensa, solo tienes una semana. Si me dejas irme, te juro que no me verás nunca más. Pero piénsalo bien.

—Me estás presionando, Liam.

—Claro que lo estoy haciendo. La vida no es eterna, el tiempo pasa. Las oportunidades están ahí solo un corto periodo de tiempo y está en nosotros cogerlas o no. Si no apareces, aceptaré que no quieres una vida conmigo y tendré que vivir siempre con el dolor de saberte lejos. Perdí a mi hermano, parece que lo mío es perder a la gente que quiero.

Esa frase fue un duro golpe para mí. Sabía que había sufrido mucho y que le había costado seguir viviendo. Y ahora me decía eso a mí.

Liam era la persona más fuerte que había conocido, recibía duros golpes y, aunque le costara, se levantaba. Aún más fuerte. Y yo lo estaba alejando de mí y de su hijo, propinándole otro golpe mortal. Iba a destruirlo de nuevo.

Y el miedo volvía a ganarme la batalla. Prefería eso, sabiendo que Liam se recuperaría a intentarlo y ser la culpable, que quedara en mi conciencia el haberle hecho aún más daño.

—No iré, Liam. Tenemos que terminar y dejar las cosas aquí y ahora. Podrás ver a tu hijo cuando quieras, nunca te lo negaré. Pero nuestra historia debe quedar en el pasado.

—No va a quedar en el pasado mi historia de amor, Megan —dijo convencido.

—¿De amor? No sé si llamarla, más bien, de desgracias.

—No seas cruel...

—No es eso, Liam, solo digo la verdad. Nuestra historia nos puede hundir a los dos, ya lo hizo.

—Pero nos amamos, eso debe de ser más fuerte. No podemos dejar que los caprichos de la vida nos impidan ser felices.

—Pues gana la vida, nos maldijo desde el primer momento...

Estaba enseñándole todo lo malo, tenía que hacer que se fuera. Que se desencantara, porque no teníamos un futuro. No podíamos luchar contra eso.

—Él está aquí porque nos amamos, Megan —señaló a mi barriga.

—Está aquí por la pasión, sí. ¿Pero es eso amor de verdad? Se nos fue la cabeza, lo nuestro no tenía sentido y no nos importó. El bebé estará bien, pero lo nuestro fue un error, Liam —no, no lo fue, error era dejarlo marchar, pero tenía que hacerlo. Por los dos.

—No es así y no creo que pienses eso. Porque si es así, es que nunca fuiste sincera conmigo. Y me amaste, Megan, lo sigues haciendo. El futuro es nuestro, lo elegimos nosotros. Deja el miedo...

—No es miedo —mentí—. Hemos sufrido mucho en poco tiempo. Tienes que irte, tienes que marcharte, no quiero ser la culpable de tu destrucción.

—Me estás destruyendo cuando me pides que me vaya. Me matas, ¿no lo ves? Sin ti nada tiene sentido, moriré, Megan.

—No, no lo harás. Eres un superviviente, eres fuerte. Renacerás y más fuerte aún. Aceptarás que no soy la mujer indicada para ti. No hay nada más que hablar, Liam. Es mejor que te vayas.

—Me iré, por ahora... Estaré en el hotel, esperando a que recapacites, esperando a que tu amor sea mayor que tus miedos. Tengo que intentarlo, tengo que quemar todos los cartuchos, no puedo dejar de luchar por ti.

—Vete... —casi rogué.

—Estaré ahí —dijo señalando la tarjeta.

Y se marchó, dejándome allí, sola.

En ese momento, las lágrimas volvieron a salir, los sollozos desgarraban mi garganta.

Lo había echado, le había dicho que lo nuestro no tenía un futuro. Esa era la decisión que había tomado y sí, él tenía razón, los miedos y la culpa pesaban mucho más que lo que sentía por él, por eso mismo merecía a alguien mejor, por eso mismo no podía volver a él.

Estábamos predestinados, siempre pensé eso, pero nuestra historia estaba maldita.

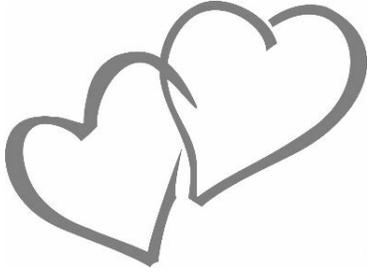
No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero era lo que debía hacer. No podía volver a Liam, lo destrozaría, aunque él dijera que no. No podía fallarle a Darren, yo había elegido tener una nueva vida con él, no podía portarme tan mal.

Liam siempre sería el padre de mi hijo y el hombre que amaría hasta mi último aliento, pero tenía que estar lejos de mí.

Merecía ser feliz y yo no era esa felicidad, por más que me doliera

admitirlo.

Lloré por cada uno de los recuerdos y lloré porque había alejado, para siempre, al hombre de mi vida.



Capítulo 23

Me odiaba.

Hacia un rato que Liam se había ido y yo me seguía odiando.

Mi decisión parecía ser solo el resultado de mi orgullo, no era capaz de arriesgarme para ser feliz. Miré por la ventana mientras me tomaba un té, ya había dejado de llorar, pero seguía sin entender por qué había elegido en eso. Por qué no me había agarrado a la esperanza de poder ser feliz con el hombre que quería.

Y la respuesta era que además de Darren, a quien no podía fallarle así, era una cobarde.

Fuera como fuese, la decisión estaba tomada y había que seguir viviendo.

Aunque mi vida, a partir de entonces, no fuese más que una mentira.

Escuché cómo se abría la puerta del apartamento. Suspiré, Darren había vuelto. Lo miré a los ojos cuando entró en el salón y vi la preocupación en ellos. El alivio, por no ver a Liam, también.

Me sonrió, se sentó a mi lado, en el sofá y me dio un beso en la mejilla.

—Se ha ido —dijo, era evidente, no tenía que preguntar.

—Sí, se fue, es lo mejor...

—¿Lo mejor para quién, Megan? Porque estás triste.

—No puedo evitar estarlo, Darren, los sentimientos siguen ahí.

—Lo sé... —suspiró— No me hizo gracia, pero tenía que dejaros solos.

No sé si es lo que necesitabas.

—Lo hiciste bien. Le dejé las cosas claras.

—¿Y eso qué significa?

—Le dije que se marchara, que mi vida estaba aquí, contigo. Y que lo nuestro era pasado.

—Y vuelves a sonar triste...

—Me siento así —me limpié la lágrima que se escapó—. Lo siento...

—No te disculpes por eso. Solo es que no me gusta verte llorar, ni triste...

—Tampoco vienes tú muy alegre —intenté bromear.

—Te amo, Megan, claro que me afecta todo esto.

—Sigo aquí, puedes estar tranquilo —intenté tranquilizarlo—. No fui a ningún lado, sigo contigo.

—Gracias por eso...

—No me las des. Has sido mucho para mí, Darren, seré yo quien te las dé siempre a ti. Eres un gran hombre, generoso, cariñoso, comprensivo...

—No son cualidades que me gusten.

—¿Por qué no?

—Porque no es bonito que se enamoren de ti solo por eso.

—Darren, por ahí no, no es momento ahora de eso, por favor —suspiré, no iba a discutir con él sobre algo así.

—No pretendía eso, lo siento.

—Quiero que estés bien. Estoy aquí, mi hijo y yo nos quedamos contigo. Es a ti a quien quiero a mi lado ahora. El amor es otro tema.

—¿Otro tema?

—El amor es para los niños, somos adultos, no es lo mismo.

—Lo que yo siento por ti es amor. Amor de verdad.

—O un sueño, como quieras llamarlo.

—Estás poética —rió, negando con la cabeza.

—No es eso —reí—. Estoy feliz, ilusionada por el bebé que viene en camino. Te tengo a mi lado, tengo lo que todo podía desear. El sueño de

cualquiera.

—Visto así... Pero ser sentimental y hablar de amor es bonito —me guiñó un ojo.

—Será, pero yo soy una chica superficial de ciudad —reí—. Y en mi mierda de vida, eres lo mejor que me pasó, Darren.

Me abrazó después de esas palabras y suspiré. No era mentira lo que le decía, pero tampoco era tan cierto. Lo mejor era mi hijo, mi hijo con Liam. Pero Darren era un hombre maravilloso que se merecía ser feliz y que yo le fuera leal.

E iba a intentar hacerlo.

Y dejar a Liam, al amor de verdad, atrás.



Capítulo 24

Desperté sintiendo que me faltaba algo y era Liam, no estaba a mi lado, estaba Darren.

Me sentía nerviosa, como si Liam hubiera puesto todo, de nuevo, patas arriba. Y eso era lo que había ocurrido. Sabía que me estaba esperando en el hotel, que guardaría la esperanza de que yo volviera a él, que el amor pudiera más.

No le había contado eso a Darren, ese hombre que despertaba a mi lado.

—Buenos días, preciosa —sonrió.

—Buenos días —suspiré y me apoyé en su pecho, sentía una nostalgia inmensa.

—¿Dormiste bien?

—Sí... Acabo de despertarme —mentí, llevaba un buen rato despierta, más de una hora quizás y no había conseguido dormir mucho esa noche.

—Me alegra eso. Voy a preparar el desayuno, el tuyo y el del bebé, tienes que comer por dos —me dio un beso en la frente y se levantó.

—Gracias, estoy muerta de hambre.

—Pues arriba —sonrió.

Me levanté unos minutos después que él, cuando llegué a la cocina, ya estaba el café listo. Me sentía triste, no tenía ganas de sonreír, pero lo haría por Darren, no iba a mostrarle el vacío que realmente tenía en mi interior por no tener a otro hombre en mi mente y en mi corazón.

—El café, las tostadas, mantequilla, no mermelada... EL zumo de naranja,

los cereales... —enumeró al sentarse, ya la mesa preparada— Creo que con esto podemos pasar un gran día lejos, cogerás fuerza.

—¿Lejos?

—Hay un lugar un poco lejos de aquí que quiero enseñarte, podríamos pasar el día fuera.

—No estoy para irme de turismo, Darren.

Intentaba sonar normal, pero esa vez no pude controlar que se mostrara la tristeza que sentía.

—Me da igual si te apetece o no, Megan, yo quiero ir y nos vamos a ir, porque quiero enseñarte ese lugar, tómallo como que te estoy obligando —sonrió.

—De verdad, Darren, me siento cansada. Ya sabes que el embarazo me agota... —a ver si así...

—No pasa nada, no tienes que moverte del coche, desde ahí podrás verlo. Te va a encantar. Y cuando veas el lugar, vas a bajar tú solita y sin perder el tiempo —rio.

Pues iba a ser que mi excusa no colaba.

—Como quieras —sonreí, claudicando.

Comí algo, tampoco es que me entrara mucho. Nos preparamos y nos montamos en el coche para ir a ese lugar que tanta ilusión le hacía. Tenía que poner buena cara, pero por dentro me sentía rota. Solo quería meterme en la cama y no levantarme en días. O semanas.

—Dime adónde vamos —llevábamos un rato en el camino y me entró la curiosidad.

—No seas impaciente, queda un poco.

—No soy impaciente, es que quiero saber adónde vamos. Solo tienes que decirme eso —siendo niños, yo ganaba, testaruda.

—Paciencia, solo disfruta del viaje.

—No me gustan las sorpresas —dije enfurruñada.

Y no sabía de qué viaje tenía que disfrutar si yo no quería viajar.

Cuando salimos de la ciudad, me quedé embobada mirando por la ventana el paisaje. Jamás en mi vida había visto tanto verde. Lo obligué a parar el coche en más de una ocasión, bajándome del vehículo para hacer centenas de fotos, esas imágenes tenían que quedar immortalizadas.

Era todo tan bonito...

Pero me animé un poco, aunque la pena que sentía por no tener a Liam cerca no me abandonaba.

Paramos a comer, según Darren, ya nos quedaba poco, pero tenía que alimentarme bien. A ese paso, me iba a poner como una vaca con meterme tanta comida para el cuerpo.

Cuando llegamos donde quería, me quedé boquiabierta. Era un valle espectacular, todo rodeado de verde, con un pequeño lago... Ni en fotografías había visto un lugar tan precioso como ese.

Me senté en el césped, disfrutando de la tranquilidad que me ofrecía ese sitio para mi alma.

A la vuelta, no pude más que darle las gracias por haberme mostrado un sitio así, me sentía mucho mejor.

Ese país era precioso y ya me entraron ganas de conocerlo entero.

De vuelta a casa, no pude dejar de hablar de ese lugar tan de cuento.

—Me alegra que te haya gustado —sonrió, orgulloso por haber elegido bien.

—Es que me encanta, ¿hay más lugares así?

—Muchos más, los visitaremos todos si quieres.

—Me encantaría.

—Me alegra verte mejor.

—Gracias, Darren.

—Por nada. Tenía que comentarte algo.

—Dime.

—Mañana tengo mucho trabajo, estaré casi todo el día fuera.

—No te preocupes, el trabajo es lo primero. Yo aprovecharé para ir a pasear y comprar algunas cosas para el bebé. Aún necesita muchas.

—Pues compra pañales, porque es lo que más vamos a necesitar —rio.

—Y tanto —reí—. Compraré para los dos.

—¿Qué dos?

—Los pañales para el bebé y los pañales para ti, que pronto estarás chocheando.

—¿Eso crees? —preguntó preocupado.

—Veo eso tanto como me veo a mí misma comprando ya pañales —puse los ojos en blanco, no iba a comprar eso aún.

—Pues en algún momento habrá que comprarlos.

—Sí, cuando nazca. A ver si ahora voy a montar un vestidor solo para los pañales, Darren —resoplé—. Me voy de paseo y de compras, pero de ropa. No voy a ir de tiendas cargando con bolsas de pañales, vaya.

—Lo sé —rio—. Pero me divierto mientras te busco la lengua.

—Serás...

—Ya me encargaré yo de los pañales, no te preocupes que nunca nos faltará.

—No lo dudo... —reí.

El camino de vuelta fue mucho más ameno, sobre todo porque yo me sentía mucho más en paz. Aunque tampoco estaba bien, no había dejado de pensar en Liam en ningún momento. Y sabiendo que estaba en Dublín, en un hotel cercano...

Así no iba a poder dejar de pensar en él.

Y él lo sabía, seguro, por eso me había dado la tarjeta con la dirección.

Maldito, había llegado para complicarme la vida.

La mañana siguiente, nada más Darren marcharse, me arreglé y salí de compras por la ciudad. Necesitaba eso, sobre todo por evadir mi mente.

Estaba tomando un café antes de comenzar con las compras cuando recibí un mensaje de mi hermano Colin diciéndome que había que arreglar el tema de la herencia lo antes posible, que lo necesitaba para poder irse de la ciudad y olvidarse de todo.

Entendía bien las ganas que podía tener...

Hablé con Darren para contarle y decidimos que cogeríamos un vuelo en dos semanas, iría pronto a arreglar ese tema, no iba a hacer esperar a Colin.

Le comenté a mi hermano, hablamos sobre los papeles que tenía que tener listo para cuando yo llegara, así las cosas serían más rápidas. Además de eso, poco más. En eso había quedado nuestra relación... Solo en temas legales y fríos, pero sería así siempre porque no podría perdonarle que, por su culpa, yo nunca podría tener un futuro con el amor de mi vida.

Con todo eso ya organizado, seguí paseando, entré en varias tiendas y le compré algo de ropita al bebé. Pero esa vez no lo disfruté. En mi mente solo tenía la idea de que Liam tenía que estar ahí, conmigo, preparando las cosas para nuestro hijo.

Liam...

Dios, estaba hecha un lío. Tomé una decisión, lo eché. Y a veces sentía que no era la respuesta definitiva, que tenía que ir a buscarlo y pedirle que nos diéramos esa oportunidad que los dos deseábamos. Otras veces me mantenía en mi decisión, diciéndome que era lo mejor, que estar juntos solo le haría daño.

No sabía ya cómo autoconvencerme de que estaba haciendo lo correcto.

Cuando llegué a casa, quien me esperaba era Darren. Correcta o no, acertada o no, esa era la decisión que había tomado.

¿Me estaría equivocando?

Porque olvidar a Liam sabía que sí era un imposible.



Capítulo 25

Esa noche apenas había pegado ojo, la pregunta de si estaba haciendo lo correcto no se me iba de la mente. Me hice la dormida cuando Darren se levantó y esperé a que se marchara para levantarme. No quería verlo, me apetecía estar sola. Me preparé un café y me lo tomé mientras no dejaba de llorar.

Me sentía rota. No sabía qué era lo que tenía que hacer.

La sensación de ansiedad se apoderaba de mí y no dejaba de crecer, iba a darme algo si seguía de esa manera. Tenía que relajarme. Pero no podía, sentía como si me faltara el aire, como si tuviera una soga en el cuello que no me dejaba respirar. Era una sensación horrible, tenía que conseguir relajarme.

Me tomé mi café como pude, me arreglé y salí de casa. solo necesitaba aire, seguro que con eso me sentiría mejor.

Caminé sin rumbo, sin pensar. Solo intentando relajar mi cuerpo y, sobre todo, mi mente y evitar la crisis de ansiedad que iba a apoderarse de mí, si es que no lo había hecho ya.

Pero en el fondo sabía muy bien adónde iba, iba a buscarlo.

¿Para qué? Exactamente no lo sabía, pero tenía la necesidad de verlo y de hablar con él.

Llegué y me paré delante de la puerta del hotel donde me dijo que estaba. Cogí aire y me apoyé en la pared, mis piernas iban a dejar de sujetarme si no me calmaba.

Estaba ahí, delante de su hotel, deseando verlo.

Entré, caminando lentamente, cogiendo aire para llenar mis pulmones.

Respira, Megan...

Una chica estaba en la recepción, atendiendo a los clientes. Me vio y me sonrió.

Vamos, Megan, ahora no puedes salir corriendo.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo? —preguntó amablemente.

—Buenos días... Busco a alguien.

—¿La está esperando?

—No... No me espera —sonreí—. Pensaba darle una sorpresa.

—Entiendo —su sonrisa no disminuía, madre mía...— ¿En qué habitación se hospeda esa persona?

—El problema es que no lo sé... Pero sí puedo darle su nombre.

—Dígamelo.

La chica miró en el ordenador y volvió a mirarme a mí.

—Lo siento, señora, pero el señor Liam no se hospeda aquí.

—Vaya... Me habré equivocado de hotel entonces...

—No, no me entendió —rio—. Estuvo, pero ya se marchó. Anoche, para ser más exactos.

—Oh... Gracias de todas formas.

—A usted.

La sonrisa perpetua de ella no era la mía en ese momento. Salí a la calle con la misma ansiedad con la que entré. Había estado ahí, pero la noche anterior se había ido... Eso solo significaba una cosa: había venido demasiado tarde.

Joder.

No podía ser, no podía ser...

Anduve, intentando respirar profundamente, pero las lágrimas no me dejaban, me estaba ahogando en ellas. Me senté en un banco y dejé que mis

emociones salieran. No podía dejar de llorar.

Había llegado tarde, lo había perdido.

Porque era idiota.

Ahora sabía cómo se había sentido él cuando yo me había marchado de su lado, el dolor tan grande que había tenido que sentir. Sin respuestas. Sin explicaciones. Solo desaparecida.

No había llegado a tiempo, se había ido. Y todo era mi culpa.

Cogí un taxi, entré en casa y me dejé caer en el sofá, llorando. Eso era lo único que necesitaba. Ahí me quedé, hasta que caí dormida, agotada por la cantidad de sensaciones que se hacían cargo de mi cuerpo. Hasta que la voz de Darren me despertó.

—Preciosa, ¿estás bien?

Abrí los ojos y allí estaba él, en el suelo, delante de mí. Me quitó el pelo de la cara y acarició mi mejilla. Vi en su rostro la preocupación, intenté sonreír, pero no pude hacerlo. ¿Cómo hacerlo si me sentía vacía? Rota...

—Hola... —dije como pude.

—Hola... ¿Has llorado? ¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Tranquilo, estoy bien —me incorporé y me senté en el sofá, él tomó asiento a mi lado.

—Has llorado, Megan...

—¿Es muy tarde? —pregunté para cambiar el tema, había perdido la noción del tiempo.

—No, las tres y algo. ¿Dormiste mucho?

—Pues parece que sí —suspiré, avergonzada.

—Eso es bueno, lo necesitas. ¿Comiste?

—No, me quedé dormida...

—Tienes que comer, tienes mala cara.

—No es nada, solo cansancio. Sabes que no duermo mucho ni bien.

—Sí, lo sé, pero tienes que cuidarte más. No estás sola, tienes un bebé del que cuidar. Tienes que dormir mejor y comer más.

—Prometo que lo haré —no necesitaba una charla sobre eso en un momento así—. Es solo que el cansancio pudo conmigo. ¿Tú has comido?

—Sí, comí fuera. Pero tú vas a comer ahora, ya lo preparo yo.

—No, tienes que descansar, yo me hago cualquier cosa.

—No, te quedas aquí, quietecita. No te vas a levantar de ahí hasta que te vea con más color, así que lo hago yo.

Se levantó y fue a la cocina. Suspiré y miré por la ventana. Me iba a volver loca. Ese hombre no dejaba de preocuparse por mí cada minuto del día y yo le estaba pagando mal, le pagaba yendo a buscar a Liam al hotel. Me sentía lo peor y no sabía si tenía que decirle la verdad.

No lo hice, ni ese día ni los siguientes, pero Darren sabía que algo me estaba pasando. Estaba nerviosa todo el tiempo y muy susceptible. Sentía que tenía ganas de preguntarme qué era lo que pasaba, pero se mantuvo en silencio, respetando que si yo no le contaba, él no iba a preguntarme. Aunque las cosas entre nosotros era evidente que no estaban igual.

Muchas noches me despertaba de madrugada y me levantaba, me iba al sofá y me quedaba mirando por la ventana. Dejando libre mis pensamientos.

Liam no estaba y eso me tenía así.

Liam se había marchado.

No había podido verlo, ni decirle adiós, no me había avisado de que se iba... Había desaparecido, como yo hice en su momento.

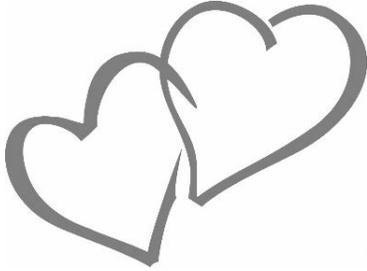
Y dolía, mucho...

Notaba la preocupación de Darren, pero nada era tan importante como la marcha de Liam. Se había ido, se había rendido conmigo, ¿eso era lo que yo le importaba? No le importaría mucho, ni tampoco lo haría su hijo, cuando se había rendido tan rápido, ¿no?

Eso me dolía, mucho, pero me lo tenía merecido. Lo que estaba viviendo lo habías elegido yo, ¿de qué iba a quejarme?

Tenía que seguir adelante, por mí y por mi hijo.

El hijo de Liam.



Capítulo 26

No sabría cómo calificar la vuelta a mi ciudad, no sabía si me sentía mejor o peor por estar allí. Tenía sentimientos contradictorios, dependiendo del recuerdo que viniera a mi mente.

No podía decir que había sido feliz allí porque no era verdad. Mi apellido y todo lo que eso acarreaba me habían convertido en alguien que no me gustaba ser. Pero también había conocido al amor de mi vida allí y esos recuerdos era lo más bonito que tenía de ese lugar, quizás eran capaces hasta de tapar todo lo malo de años.

Cogimos un taxi al salir del aeropuerto, el día estaba oscuro, apenas se veía el sol. El día estaba tal como me sentía yo.

—¿Cómo estás? —me preguntó Darren mientras íbamos en el taxi.

—Bien.

—No me mientas, Megan, no lo estás y me preocupas.

—De verdad que estoy bien. Es solo que me estreso de pensar que voy a ver a mi hermano. No hemos hablado, no sé cómo llevará todo y es raro, pero tampoco me importa. Aun así me tiene nerviosa eso. ¿Crees que me dirá algo?

—No sé, ¿vas a decirle tú algo cuando lo veas?

—No, nada... Colin no está en mi vida, lo dejé atrás hace mucho, no quiero saber de él. Solo me causó dolor.

—Pero es tu hermano, Megan.

—Sí, como para olvidarme de eso... Pero no es el hermano de siempre, no

el que yo quería. Mi hermano se convirtió en alguien sin escrúpulos, en un hombre que no me gusta y que no quiero cerca. Antes me daba pena, pero ya ni eso. Ya no seré la madre que era para él, me niego a tener ese rol con él, estoy cansada. Si él eligió ese papel para su vida, que siga sin mí.

—Ha tenido que ser difícil.

—Mucho. Pero él eligió, yo no tengo nada que hacer. Yo tengo un bebé de quien preocuparme. Veré a mi hermano, arreglaré las cosas de la herencia de mis padres y desapareceré de nuevo.

—¿Lo odias?

—No, tampoco es eso, pero me cansa el tema. He creído odiarlo, pero no creo que pudiera hacerlo. Solo siento indiferencia, no sé explicarme.

—Quizás es lo que te dices a ti misma, porque yo no veo nada de eso.

—¿Y qué ves?

—Que estás dolida y cansada, pero que siempre vas a preocuparte por él porque lo quieres, es tu hermano.

—No lo sé, Darren. Colin y yo compartimos muchas cosas, fuimos el consuelo en la soledad del otro. Pero el Colin de ahora no es ese hermano, es un desconocido que no me gusta nada.

—Eso lo entiendo, Pero no intentes odiarlo, no podrás.

—¿Por qué me dices eso?

—El odio es dañino, te destruye. No te obligues a odiarlo. Si quieres echarlo de tu vida, está bien. Si quieres practicar la indiferencia, también, pero acepta que siempre lo vas a querer, te haya hecho lo que te haya hecho.

—No sé si es como dices.

—Lo es, me darás la razón con el tiempo. Tienes que dejar el pasado atrás, centrarte en tu presente y con vistas al futuro que quieres. Aléjate de todos los sentimientos malos porque pueden convertirte en alguien que no te gustaría ser. No sé si me entiendes. Nadie tenemos una vida fácil, Megan. Intentamos hacer

las cosas lo mejor que podemos. Cuando te rodeas de gente buena, que te alegra la vida, tu percepción cambia. Los sentimientos malos no tienen cabida en un alma así. Eso solo atrae más negatividad. Solo intenta ser siempre feliz, pero no intentes odiar, eso sí te puede destruir porque no te lo perdonarías a ti misma.

—Creo que tienes razón. La verdad es que es mi hermano, lo quise y lo quiero mucho, Solo que ahora prefiero dejarlo en el pasado.

—Me parece bien, pero que no te haga sentir nada. Odiar no ayuda.

—Gracias, Darren —y le agradecía esa charla, me había servido de mucho. Era paz para mi alma.

Agarró mi mano y le dio un apretón, diciéndome, sin palabras, que estaba a mi lado.

El taxi paró delante del portal donde vivía mi hermano, donde estaba mi apartamento. Subimos las maletas y después de saludar a Emily y de... No, no la estrangulé, le di un abrazo nada más verla.

Descansamos un poco y nos preparamos para ir al despacho de abogados donde íbamos a dejar zanjado el tema de la herencia, si no había inconvenientes.

Ni Colin ni yo queríamos seguir con el negocio familiar. Por lo demás, a esperar a la lectura del testamento.

Organicé todo con mis abogados, ya solo me quedaba encontrarme con Colin y con los suyos esa tarde.

Cuando llegué a mi apartamento, caí, agotada, en el sofá.

Ver a Colin me había afectado. Como decía Darren, lo quería, era mi hermano. Pero también sabía que prefería dejarlo lejos de mi vida, no quería que su mierda volviera a salpicarme. Y tal vez con el tiempo entre nosotros solo quedara eso, indiferencia.

—Te veo muy bien —Emily me sirvió una taza de té mientras Darren se

daba una ducha.

—Creo estarlo.

—¿Eres feliz con él? Y perdona que te pregunte algo así.

—Creo que sí, Emily, creo que lo soy.

—¿Crees o lo eres?

—La felicidad no existe, eso es lo que creo. Es un invento para vender libros y películas. Nada más. Estoy bien al lado de Darren, nada más.

—Eso no es así, Megan, no seas cínica con eso. El amor existe y la felicidad también. Vas a ser madre, ¿no te parece que existe la felicidad?

—En ese sentido sí. Estoy muy contenta, deseando ver la cara de mi bebé. Pero la felicidad con un hombre no es lo mismo. Eso no existe.

—¿Vas a terminar con Darren?

—No, no lo haré. Es un buen hombre, me gusta y será un buen padre para mi bebé. Pero no es ni será el amor de mi vida. No creo que exista la felicidad en ese conmigo o a lo mejor es que solo que no está hecha para mí.

—Te veo tan distinta...

—¿Por qué dices eso?

—Te veo más adulta. Ya estabas más madura cuando estabas con...

—No, no lo nombres, por favor —rogué.

—Lo siento, no quería ponerte triste.

—No quiero hablar de él, Emily. Es mi pasado, nada más, dejémoslo atrás —se había ido y ya está, yo tenía que seguir—. Él está en mi corazón, pero nada más. Dejémoslo ahí. Mi presente y mi futuro es Darren y ya está.

¿No? Ni yo misma estaba segura de lo que estaba diciendo...

—Entonces dejemos el pasado atrás —me guiñó un ojo.

—¿Puedo preguntarte algo, Emily?

—Claro que sí, pero si es lo que imagino... No ha cambiado, sigue dando problemas. Tu hermano sigue igual. Hace unos días...

Se calló y eso me intrigó.

—¿Qué pasó?

—No sé si contarte eso. Estás embarazada, no hay que alterarle.

—A mí no me altera cualquier cosa a estas alturas. Te aseguro que nada de lo que me digas me va a sorprender viniendo de mi hermano. Cualquier día morirá en un accidente de coche o de una sobredosis, me espero de todo de él.

—No digas eso, por Dios.

—Es la verdad y lo sabemos, Emily. Cuéntame qué pasó.

—Muchas veces me lo he encontrado en la puerta, llorando. Me daba la impresión de que necesitaba de ti, que te necesitaba cerca. Se ponía ahí a llorar sin consuelo.

—Eso sí que no me lo creo —suspiré—. Pero lo entiendo, solo nos hemos tenido el uno al otro, a nadie más. El dinero no compraba el cariño. Solo compraba amistades huecas.

—Ahora tienes que pensar en ti y en tu bebé. Tenéis un futuro con un buen hombre. Será el hombre de tu vida.

El hombre de mi vida... Las lágrimas comenzaron a salir, miré a Emily y suspiré.

—Tengo una vida, me estoy creando una vida nueva. Lo he pasado muy mal, Emily, no ha sido fácil. ¿Qué será de Colin? ¿Podrá?

—Él decide su vida, Megan.

—Lo sé, pero si al menos quisiera cambiar...

—Es triste, pero él elige. ¿Qué harás cuando lo veas?

—Nada, ni haré ni diré nada. Él no es parte de mi vida, ya no voy a tirar más de él.

—Estás luchando mucho por una vida nueva, sigue así. Si él quiere lo mismo, tendrá que aprender a hacerlo.

—Así es. Eres como Darren, ¿sabes? Los dos sois muy sabios.

Sonreímos y nos tomamos otra taza de té hablando de todo. Y a la vez de nada.

Darren ya estaba arreglado, así que salimos para encontrarnos con mi hermano y con sus abogados.

No tardamos mucho en llegar y yo estaba nerviosa por volver a ver a Colin. Darren lo notó e intentó tranquilizarme en todo momento, pero no era trabajo fácil.

Y no mucho más tarde, llegó mi hermano. Ahí estaba Colin, irreconocible para mí. Es como si hubiera envejecido muchos años de golpe, fue un shock para mí, no me esperaba eso. Pero era una de las consecuencias de todos los abusos con la cocaína, había hecho estragos en él. Y no solo en su mente. ¿Dónde estaba ese chico guapo e irresistible? La cocaína y una vida de excesos habían terminado con él.

Un saludo frío entre los dos, eso fue todo lo que tuvimos.

Pasamos a la sala junto a todos los abogados. Mi hermano estaba nervioso, como lo estaba yo. Miré a sus ojos y vi al chico que quería ahí, pero estaba escondido.

Se procedió a la lectura del testamento. Las propiedades de California y las que tenían mis padres en Orlando eran para mí. A Colin les dejaron varias empresas y yo rezaba que las gestionara bien y que no dejara que todo se hundiera.

La verdad es que apenas escuché, me daba igual. Firmaría y me iría, ya me enteraría más adelante de todo. Vi cómo Darren abría los ojos como platos mientras se leía el deseo de mis padres, supuse que le sorprendía todo lo que poseían y que ahora era mío y de Colin.

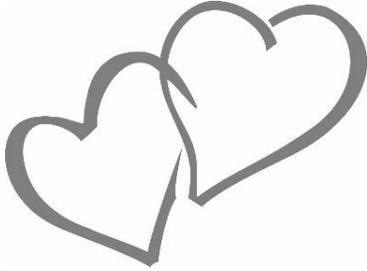
Tras la lectura y nuestras firmas, nos levantamos. En ese momento, Colin y yo nos miramos a los ojos, vi cómo los suyos se llenaban de lágrimas. Yo intenté permanecer entera.

Sabía que me quería, que me echaba de menos, pero él no iba a cambiar y yo había decidido alejarme. Si un día cambiaba o al menos tenía la intención de hacerlo, puede que yo estuviera. Pero en ese momento de mi vida no habría más Colin, tenía un bebé por el que luchar.

Él era muy importante para mí, pero me había jodido demasiado la vida. Y no iba a dejar que me la jodiera más.

Se limpió las lágrimas y se marchó rápidamente del despacho de abogados, dejándome con la pena y con un nudo en el estómago.

Adiós, Colin...



Capítulo 27

Nuestro tiempo allí se terminaba.

Una noche más en mi apartamento y volvíamos a Dublín a la mañana siguiente.

Había dejado todo arreglado sobre la herencia y me iba tranquila por esa parte. Pero no por Colin. Me daba tristeza, aunque no quisiera admitirlo, pero él había elegido eso, no yo. Yo no podía seguir ayudándolo cuando no hacía nada por salir de ese pozo de autodestrucción. Bastante nerviosa estaba.

Sobre todo porque desde hacía unas horas me había empeñado en que no me quería ir.

No voy a explicar ni el porqué, ni siquiera le había contado a Darren y no sabía cómo se lo iba a tomar.

Pero no me quería ir. No aún...

Estaba tomándome un té, era bastante temprano, Darren aún dormía. Escuché cómo Emily entraba en casa, poco después en la cocina.

—Buenos días, muy temprano para ti, ¿estás bien?

—Buenos días. No podía dormir. Llegaste pronto.

—Sí... ¿Puedo tomarme el atrevimiento de sentarme un rato contigo?

—Por Dios, Emily, pues claro. Te sirvo un café.

—No, me lo sirvo yo —rio—. Hasta eso no hay que llegar.

Con su taza de café ya lista, se sentó frente a mí. Le dio un sorbo y me miró a los ojos.

—Estás triste, Megan. No me gusta ver eso.

—No sabía que se me notaba tanto.

—Claro que se te nota. El no dormir pasa factura. Espero que al menos descanses todo el vuelo.

—El vuelo...

—Sí, el que coges hoy.

—Ya, es que no sé si lo cogeré... Tengo cosas que arreglar aún aquí —carraspeé.

—Entiendo. Arreglar con... —elevó las cejas.

—Sí, arreglar con —suspiré—. La vida nos ha mostrado de muchas maneras que no tenemos futuro, Emily.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro que sí —sonreí con tristeza.

—Muchas veces hacemos las cosas a lo loco, sin pensar o sin dejar tiempo para tomar la mejor decisión. La vida no siempre dice que no, a veces solo nos dice que esperemos un poco. No es culpa de ella, es que no tenemos paciencia.

—Te levantaste filosófica —sonreí.

—Siempre lo fui —rió—. Lo que intento decirte es que los impulsos no son buenos, pero pensar de más tampoco lo es.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Tienes que saber cuándo un impulso se puede seguir o no, tienes que aprender a controlarte cuando no. Hay momentos en que la cabeza tiene la razón y otros momentos en que la tiene el corazón. Cuando entran en juego los sentimientos, nos bloqueamos. Nos da miedo. Y tomamos caminos que sabemos que no serán los más acertados. Pero el miedo es solo eso, miedo. Se puede vivir con él.

—¿Me quieres decir...?

—No, no quiero decirte nada. Lo único que intento hacerte ver es que

debes de tomar decisiones con la mente calmada, Ella sabrá qué es lo mejor para ti.

—Entiendo...

—Pero déjame darte un consejo.

—Claro, dime.

—Diga lo que diga tu mente, síguela si eso te da la felicidad.

—Me dices que elija al corazón.

Se levantó y me dio un beso en la frente.

—A lo mejor es porque el corazón es el único que sabe cómo hacernos felices...

Salió de la cocina y me quedé sin poder moverme, pensando en sus palabras. Como siempre, tenía razón con lo que decía.

Me terminé la taza de té y me eché en el sofá. Era momento de pensar.

Mi mente me decía que me fuera, ¿era a ella a quien tenía que seguir?

Me decía que lo mejor era Darren, que ya superaríamos lo demás. Cerré los ojos y suspiré. Estaba hecha un lío.

Un par de horas más tarde ya estaba vestida y desayunando con Darren.

—¿Tienes ganas de irte? —me preguntó.

—Pues sí — ¿era así? —. Pero pienso en tantas horas metida en ese avión y me entra de todo...

—Sueles dormir todo el vuelo, ni cuenta te das —soltó una carcajada.

—No duermo, eso te hago creer. Solo tengo los ojos cerrados, pero te aseguro que estoy muy pendiente a todo lo que pasa —refunfuñé.

—Sí, es verdad. Y roncas de tan pendiente que estás —se moría de la risa, hasta Emily se rio, iba a matarlos a los dos.

—Jamás en mi ida he roncado, ¿eh? —estaba muy enfadada— ¿Qué estás haciendo? —miré a Emily con el pan de molde en la mano.

—Pues unos sándwiches para que os llevéis, que el vuelo es muy largo —

ella lo decía tan natural.

—Ya... Pero es que nos dan comida durante el vuelo, Emily —ni de broma iba a ir cargada con bolsas de sándwiches, me faltaban ya las latas de refrescos, vaya.

—Pero no es comida buena ni hecha con cariño. O lo mismo te entra hambre en el taxi, no sé, cosas del embarazo. Yo os lo preparo y os lo lleváis.

Puse los ojos en blanco, sabía que me iba a tocar ir cargada con la bolsita.

Nos despedimos de ella un par de horas más tarde y la dejamos allí, llorando. Salimos para el aeropuerto y fuimos directamente a facturar. Miraba el móvil una y otra vez, rezando para que ocurriera algo y quedarme.

Y ahí me entró de todo.

No podía coger ese avión.

No podía irme, aún no. No podía...

“A lo mejor es porque el corazón es el único que sabe cómo hacernos felices...”

Esa frase de Emily no dejaba de repetirse una y otra vez en mi cabeza.

¿Era Liam mi felicidad?

No, mi felicidad era yo misma y yo necesitaba estar bien. No lo estaría lejos, sino en mi hogar. Joder, ¿cómo no me había dado cuenta antes de eso?

—Megan... —miré a Darren, me miraba con las cejas enarcadas.

—Lo siento, dime.

—Nuestro turno —señaló.

—Ya... No voy a ningún lado —dije de sopetón.

—¿Qué dices? —casi chilló, aunque logró controlarse.

—Que no puedo irme. Mi hermano tiene problemas, me avisó su abogado, quiere verme —era mentira, pero fue lo primero que me salió. Nadie me había escrito ningún mensaje ni me había llamado.

—¿Cuándo te llamó?

—No lo hizo, me mandó un mensaje hace unos segundos —mentí. Como había estado con el móvil en la mano...

—Pero si estaba todo listo.

—Ya, pero es que con mi hermano nunca se sabe. Joderme la vida es su deporte favorito, ya lo sabes. Pero no puedo irme sin saber qué es lo que ocurre...

—Lo entiendo... ¿Y desde casa no puedes arreglarlo? ¿Tienes que quedarte aquí? No sé, que tu abogado lo solucione.

—Si fuera así, claro. Pero parece que el tema es grave.

Por Dios, que me creyera, porque yo no iba a irme, inventaría lo que fuera.

—Entiendo...

—Tú tienes que trabajar, Darren.

—Lo sé, pero no quiero dejarte sola aquí.

—No me pasará nada, sé cuidarme. Además, no creo que sean más de unos días, volveré pronto.

—Y yo puedo tomarme unos días, prefiero eso que dejarte sola —insistió.

—No, no me sentiría bien con eso, es tu trabajo. Emily está para cuidarme, en ese sentido puedes quedarte tranquilo. Y yo necesito saber qué es lo que pasa con mi hermano. Lo arreglo y vuelvo.

—Prefiero quedarme.

—No puedes —iba a perder la paciencia—. Tienes que confiar en mí, no me hagas sentir mal sabiendo que dejas todo por mí, no puedo con algo así y no lo necesito.

—No voy a dormir tranquilo lejos de ti, Megan.

—Lo harás porque sabes que estaré bien. No te preocuparás por mí, en menos días de los que imaginas estaré ya en casa.

—Señores... —nos azuzó la azafata.

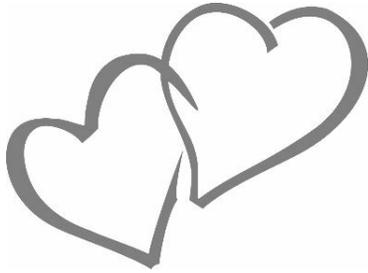
Darren suspiró, pero le dio el equipaje a la chica. Me quedé con él hasta

que facturó. Sabía que no le gustaba irse y dejarme allí, pero tenía que hacerlo.

Suspiré al verlo marcharse. Le había mentido, no había ninguna razón para que me quedase, pero no me importaba.

Yo no quería irme en ese momento.

Estaba loca, esa era la única explicación a todo eso.



Capítulo 28

A la mañana siguiente me desperté temprano de nuevo, otra vez antes de que llegara Emily. Cuando lo hizo, yo ya le tenía preparada una taza de café para que se sentara conmigo.

—Buenos días —dije al verla entrar en la cocina—. Aquí está tu café.

—Gracias —sonrió con cariño—. ¿Otra noche sin dormir?

—Eso parece...

—No puedes pensar tanto, mi niña.

—Ya... Pero no puedo evitarlo. Mi vida ha cambiado tanto, Emily... Y mírame ahora, a punto de ser mamá. Es normal pensar y darle vueltas a la cabeza.

—Te has convertido en una mujer madura.

—No, no tanto —reí—. Sigo medio loca. Lo que sí es que no quiero volver a ser la mujer que era.

—No lo serás, no te preocupes. Y serás la mejor madre del mundo.

—Con ser mejor que mis padres, me conformo.

—Debes enterrar el pasado, déjalo con ellos. Ya no pueden rectificar.

—Tienes razón. Y la verdad es que aprendí cosa de ellos. A no ser así. Errores que yo con mi bebé no voy a cometer. En realidad me han enseñado aún sin saber que lo hacían.

—Todo lo malo tiene su lado bueno —suspiró.

Nos quedamos así, un rato en silencio y disfrutando del desayuno, si es que

se le podía llamar así. Cuando me tomé el té, ya arreglada, salí para encontrarme con Anne. La llamé el día anterior y quedamos en vernos.

Cuando la vi, la abracé. Seguía con esa bonita cara que solo expresaba sensaciones buenas, eso me gustaba mucho de ella. Aunque sabía que iba a reñirme en algún momento por haberla hecho sufrir. A ella y a Liam.

Anne era un ángel, pero no se callaría nunca las verdades que tuviera que decirme.

Y no me equivoqué, nada más sentarnos, empezó la riña.

—Te quiere, ¿sabes? —me dijo, se refería a Liam— Sabemos todo, nos lo ha contado. No puedes hacer las cosas así, Megan, él te adora.

Cogí aire. Merecía que me dijera lo que sentía.

—No es el único que lo pasa mal —dije con sinceridad—. Yo también lo hago. Pero yo elegí una vida nueva, elegí a otro hombre para crear una familia junto con el bebé.

—Sin importar cuánto sufre él...

—Claro que me importa, pero lo superará. Para mí no es fácil nada de esto, pero más difícil sería volver a su lado y ser la culpable de su destrucción.

—No sé por qué hablas así.

—Porque yo soy eso, Anne. Yo solo consigo que quien esté a mi lado termine destrozado. Es la maldición de los Thompson.

—Igual vas a destrozar a Darren, por lo que dices, pero te quedas con él.

—No es lo mismo. Él sabe lo que hay, es muy maduro y ha sido un gran apoyo. Liam... Es más pasional. Darren me hace ver el mundo desde un prisma más calmado.

—Solo son excusas, Megan.

—Es mi decisión, Anne. La tomé sabiendo las consecuencias. Para mí es lo mejor, yo no voy a hacerle más daño a Liam.

—Se lo haces al dejarlo —suspiró—. Liam es mi amigo, lo quiero, como te quiero a ti. No entiendo tus razones, de verdad que no lo hago, pero estaré a tu lado decidas lo que decidas. De todas formas, déjame decirte que estás muerta de miedo. No estás con él por miedo. Dime eso y me lo creo, pero no me vendas excusas baratas porque no cuelan, Megan. Porque de la única manera que lo destrozas es no estando con él.

También sabía eso, pero no iba a darle la razón, Como tampoco iba a contarle que fui a buscarlo al hotel. Tenía un lío muy grande en mi cabeza y ni yo misma sabía ya qué era lo que tenía que hacer.

La única realidad era mi miedo a hacerle daño y que yo había elegido a Darren en su momento.

—Sé que lo hago daño, pero más infeliz sería conmigo. También me hago daño a mí, pero lo sobrellevo día a día. Tomé esa decisión, correcta o no es la que elegí y tengo que seguir adelante con ello.

—No estoy de acuerdo, puedes cambiar esa elección, pero estoy contigo, soy tu amiga, lo seré siempre.

—Gracias. Y dime de ti, ¿Qué tal con Brian?

—Pues salimos de hace un poco y estoy muy contenta —sonrió.

—Me alegra oír eso y me hace feliz verte así.

—Tú también puedes ser feliz, Megan.

—No, yo no sabré qué es eso.

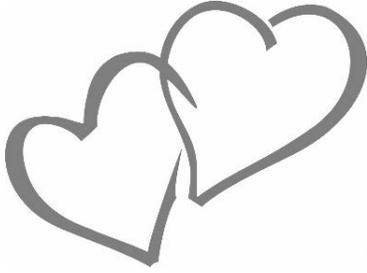
—Lo serás. Tendrás al bebé, Darren te quiere. Estarás bien, ya lo verás.

Sí, estaría bien. Pero eso no era la felicidad y por su tono supe que ella pensaba lo mismo. Me alegraba mucho que por fin estuviera con Brian, que lo hubiera conseguido. No sería lo mismo para mí, mi historia era muy distinta.

Yo había elegido a otro hombre, no del que estaba locamente enamorada.

Y, sin embargo, seguía allí, sin irme a Dublín.

Decir que estaba hecha un lío era quedarse corta.



Capítulo 29

Y hecha un lío terminé caminando sola por la calle, sin rumbo fijo, cuando me despedí de Anne. Pensé y pensé y por eso estaba ahí en ese momento, delante del restaurante de Liam. Ahí me había llevado tanto pensar.

Respiré varias veces antes de atreverme a entrar. Agradecía que mis piernas me sostuvieran, me temblaba todo el cuerpo. miré a mi alrededor y no tardé mucho en encontrarlo. Miraba la pantalla del móvil, apoyado detrás de la barra.

Levantó la mirada, como si sintiera que estaba allí y nos quedamos mirándonos unos segundos. No sabía qué hacer en ese momento, si darme la vuelta y salir corriendo o decirle un tonto hola. Me moví, nerviosa y sonreí como pude. Suficiente saludo.

Se movió, viniendo hacia mí. Sus ojos reflejaban primero sorpresa. Después... ¿Esperanza? Sí, eso es lo que vi cuando lo tuve frente a mí. Cerca...

—Hola —saludé al verlo.

—Megan —dijo asombrado—. ¿Ha pasado algo? No me asustes... ¿Cómo que estás aquí —la preocupación se adueñó de él.

Me miró la barriga, joder, era normal que se preocupara al verme allí.

—Tranquilo, estoy bien, los dos estamos bien —me refería a mi bebé—. Quería hablar contigo, si tienes tiempo...

—Claro que sí. ¿Qué te apetece tomar?

—Pues creo que alcohol no —sonreí, intentando aparentar tranquilidad,

pero estaba de todo menos tranquila—. Un té.

—¿Helado?

—Estaría bien.

Fue a por las bebidas, las preparó y me señaló para que fuera a su despacho. Lo seguí y me senté en el pequeño sofá que tenía allí, él tomó asiento a mi lado y dejó las bebidas en la mesa. Carraspeé, esperando poder hablar sin temblar.

—Me tienes preocupado, Megan.

Ver esa cara, ver esos ojos... Dios mío, tenía que poder. Ni yo sabía qué hacía allí, tal vez había sido un error ir.

—De verdad que estamos los dos bien, no te preocupes por eso, Liam. No debería de haber venido... —suspiré.

—Eso sí que no lo digas, Megan. Porque esta es tu casa, tu hogar es conmigo.

—Liam, por favor... —suspiré.

—Perdóname, no volveré a decir eso —suspiró tras la disculpa—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Nada es fácil, Liam. No lo es desde hace mucho. Y no fue fácil venir —la tristeza me embargó, como era normal—. Te fuiste, dejaste Dublín sin decirme nada y yo pensé...

—Tú pensaste que no me importabas. Pensaste que no me importaba ¿Es eso, no?

—Pues sí, reconozco que lo llegué a pensar, pero el pensamiento fue efímero. Sé cómo eres, te conozco y sé que no serías capaz de dejar a tu hijo. No he ayudado, Liam, no te puse nada fácil, lo sé y lo siento. Y necesito decirte que ese hijo es de los dos, eres su padre y siempre lo serás.

—No entiendo qué me quieres decir, Megan.

—Que quiero eso, Liam. Que sea tu hijo, que seas su padre. Te quiero ahí,

en todo momento, para él. No quiero que te alejes de él nunca.

—Nunca he pensado en estar lejos de él, Megan, nunca he pensado en estar separado de él. Pero entiende que necesitaba espacio y distancia.

—Lo entiendo, Liam, pero te necesito cerca —era la verdad, eso era lo que decía mi corazón y yo no podía negarlo más.

—¿Y cómo me necesitas, Megan? ¿Solo como el padre de nuestro hijo o como algo más?

Bebí un poco antes de hablar.

—Creo que no me estoy explicando bien...

—¿Y él? ¿Dónde está?

Sabía a quién se refería, no hacía falta nombrarlo.

—Darren está en Dublín, volvió.

—Y tú estás aquí...

—Sí, me quedaban algunas cosas que poner en orden. No había arreglado todo.

—¿Soy una de esas cosas por arreglar, Megan?

Su tono me erizó la piel, temblé al escucharlo. El deseo en mí con esa voz y no era justo porque no era fácil tenerlo así de cerca y no tocarlo. Si él usaba esa voz seductora...

—Esto ha sido un error —dije levantándome rápidamente.

—No, quédate —pidió, su tono de disculpa, pidiéndome que me sentara de nuevo y lo hice—. Lo siento —se pasó las manos por el pelo, frustrado—. De verdad que estoy luchando conmigo mismo para no besarte.

—Liam —puse los ojos en blanco, haciéndolo sonreír.

—Ya me callo, de verdad. Te escucharé, termina que no te interrumpiré más.

—¿Seguro? —elevé las cejas, no me lo creía.

—Sí. Dime. Porque no entiendo qué es lo que quieres de mí. Explícame.

—Te quiero ahí. No te quiero lejos del bebé y tampoco te quiero lejos de mí.

—Yo nunca me separé de ti, Megan. Y nunca lo haría de mi hijo. Me da igual dónde viváis, estaré ahí.

—Lo sé, Liam, pero es que eso no es suficiente.

—Claro que no lo es, lo sé muy bien. Me haces feliz diciéndome que puedo estar con él. Pero entiende que para mí no es fácil estar cerca de ti porque yo estoy enamorado de ti, Megan —pestañeó para que las lágrimas que hacían brillar sus ojos no fueran derramadas—. Yo te amo y es duro no estar contigo. Aún no puedo darte todo, tengo heridas que sanar y me haría mucho daño estar como me pides, sabiendo que solo puedo pensar en ti como la madre de mi bebé.

—Eso lo entiendo —iba a llorar yo también—. No es fácil tampoco para mí, Liam —me levanté del sofá, dispuesta a marcharme.

—Quédate conmigo. No te vayas —agarré el pomo de la puerta con fuerza y cerré los ojos al notar su pecho pegado a mi espalda. Temblé por el contacto.

—Liam...

—Por favor —susurró en mi oído, sentí escalofríos.

—Liam, no.

—Megan... Esta vez quédate. No te vayas. Por favor, quédate conmigo, elígenos.

—No es tan fácil...

—Sí lo es, solo escucha a tu corazón.

Dios, mi corazón dolía por el deseo de que lo escuchara. Me abrazó por la cintura, pegando nuestros cuerpos y yo pensé que me derretía allí mismo.

—No hagas eso, Liam, por favor —era un ruego lo que salía de mis labios.

—¿Y qué hago, Megan? No puedo evitarlo... —dijo con voz ronca. Besó

mi cuello y temblé de nuevo, por el deseo. Tenía que alejarme de él, intenté hacerlo, pero me pegó más a él.

—Elígenos... Quédate conmigo, Megan —su voz, un ruego.

—Es que no puedo...

—Puedes. Y me amas —me hizo girarme entre sus brazos y mirarlo a la cara—. Me amas, Megan. Como yo te amo a ti. No puedes negar eso. No hay nada que nos impida amarnos, ¿no lo ves? No te vayas, quédate conmigo.

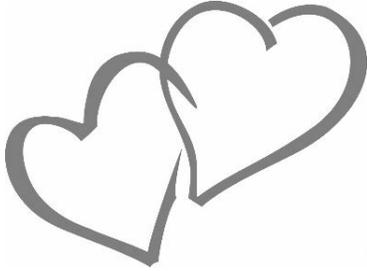
No podía, no podía hacer eso. Moví la cabeza de un lado a otro, sus manos dejaron de sostenerme. El dolor en sus ojos me mataba, yo no podía permitir eso, así que le dije la verdad.

—Sí. Te amo, Liam —ya está, ya estaba dicho—. Pero las cosas no son tan fáciles.

Me fui de allí, llorando sin consuelo, dejándolo a él con esa mirada triste que tanto me dolía.

Lo amaba más que a nadie, lo amaba como nunca amaría a nadie más.

Pero las cosas no eran tan sencillas como eso.



Capítulo 30

El día siguiente me desperté sintiéndome la peor mujer del mundo. Engañaba a Darren y eso no era justo. Incluso me engañaba a mí misma buscando excusas.

Darren no era el padre de mi bebé y yo había accedido a que se convirtiera en tal cuando a quien quería en ese papel era a Liam. No podía permitir que a mi hija la criara alguien más teniendo un padre que la quería, eso tampoco era justo para nadie. Liam no se lo merecía, mi hija tampoco. Ni siquiera yo.

Nosotros éramos sus padres y la queríamos, nosotros teníamos que estar junto a ella.

Y Darren no se merecía lo que le estaba haciendo. Tenía que dejarlo, no podía seguir engañándolo.

No sabía si la solución era quedarme en mi ciudad. Deseaba hacerlo, pero por otro lado no es que ese lugar me hubiera hecho feliz, así que me creaba dudas.

Dublín me gustaba, allí podía ser feliz, pero estaríamos las dos lejos de Liam y eso no era lo que quería para ninguno de los tres.

Joder, no sabía que hacer. La presión estaba haciendo mella en mí, mi mente no dejaba de pensar.

Yo amaba a Liam, eso era lo único que tenía claro, lo amaba más que a nadie, pero lo nuestro no podía ser, podía hacerle mucho daño, aunque él no lo creyera.

Y Darren... Había sido lo mejor conmigo y yo no podía hacerle daño tampoco. Había estado a mi lado incondicionalmente, tampoco se merecía que le diera la patada y ya...

Al final, lo mejor sería que les diera la patada a los dos y me quedara sola. Ni uno ni el otro y punto.

Me levanté y ya estaba Emily en la cocina, terminando de preparar el desayuno. Me miró y se rio, divertida y yo no entendía por qué. Seguramente por la cara de póker que llevaba tras no haber dormido en toda la noche.

—Buenos días —rio.

—No sé qué tienen de buenos... resoplé y acepté mi taza de té.

—Deja de pensar, Megan, no es sano.

—No, ya lo veo —dije con ironía.

—Las cosas son más fácil de lo que pensamos.

—Pues ilumíname, porque en este momento tengo el corazón dividido.

—No creo que ese sea el problema.

—Ah, ¿no?

—No —se sentó frente a mí—. Las cosas son fáciles, solo hay que oír al corazón. Tu corazón sabe lo que quiere, pero también sabe que le harás daño a la otra persona, a Darren en este caso. Por eso te sientes mal. Pero sabe a quién quiere cerca.

—Tengo que hablar con él —suspiré—. No sé si me iré...

—¿A Dublín?

—Sí, no sé si volveré, al menos no por ahora.

—No vuelvas, quédate aquí, este es tu lugar, Megan. Deja que cuidemos de ti y quédate en tu casa.

—No sé cómo voy a decirle eso, Emily. Es muy buena persona, se ha portado muy bien conmigo, no se merece que lo deje así.

—Tú tampoco mereces estar así y condenarte a vivir una vida que no te

llenará. Porque él no te hará feliz, él nunca será Liam. Nunca será el hombre que amas.

—Es muy duro oír eso.

—Pero es la verdad.

—Sí... No sé qué hacer ni cómo hacerlo, de verdad, me volveré loca.

—Solo haz lo que sientas. Haz lo que de verdad deseas, Megan. Lo harás bien, cuando se trata de sentimientos, nada es mejor ni peor. Lo único que está claro es que no puedes prohibirte ser feliz por no hacerle daño a otra persona. No son así las cosas. Amar no es fácil y encontrar el amor tampoco. Si lo encuentras, tienes que luchar por él. Y no es malo que tú no quieras seguir con alguien que sabes que no te hará feliz como tú a él tampoco, porque nunca le darás el cien por cien.

—Lo sé, pero me da pena y es duro. Pobre Darren —suspiré.

—Y pobre Liam. Y pobre Megan. Deja eso ya, no te culpes, eso solo te hace daño. Tienes que mirar por ti, quedarte con lo que de verdad te haga feliz. Sé sincera y lucha por eso.

—Tengo que hacerlo...

Cogí el móvil cuando sonó la notificación de un mensaje y suspiré al ver que era de Darren. No podía creerme lo que estaba leyendo, pestañeé varias veces y terminé leyéndolo en voz alta para que Emily lo escuchara.

Decía: “Hola, Megan. Viví junto a ti momentos felices e inolvidables, siempre estarán en mi mente y en mi corazón. Quería decirte que me fui de tu apartamento, no podía estar ahí con tantos recuerdos y sin ti. Soy un hombre que entiende las cosas y sé que aún tienes capítulos que terminar antes de escribir los siguientes. Por eso no volviste conmigo, por eso necesitabas quedarte allí. Porque hay un capítulo muy importante que aún no terminaste. Lo entiendo, de verdad. No siento que me hayas engañado, no hay traición aquí, pero necesito irme porque yo te amo y lo único que quiero es verte feliz. Y no

serás feliz si no vuelas... No quiero que llores, no te sientas mal, no te preocupes por mí. Estaré bien. Y siempre que me necesites, estaré aquí. Solo te pido una cosa, hazme feliz viendo cómo, por fin, alcanzas esa felicidad que tanto te mereces. Un abrazo, Darren.”

No podía haber leído eso, es que me había quedado en blanco. Miré a Emily, lloraba. Yo ni siquiera podía reaccionar después de lo que había leído.

—Es un gran hombre —dijo entre lágrimas.

—Lo sé... Dios, me siento mal. No merece algo así, me duele mucho...

—Te pidió que no te sintieras mal, Megan. Él sabía lo que pasaba, debía de sufrir aunque te tuviera cerca. Porque sabía que no estabas con él, no con la mente y con el corazón.

—Creo que sí, que lo notaba. Y sufría porque yo siempre estaba en otro lado. Mi mente y mi corazón, como dices.

—¿Le responderás?

—Sí... Pero ahora no es momento, necesito hacerlo cuando me sienta menos triste, con la mente fría. No quería hacerle daño y al final lo hice —suspiré.

—No lo hiciste, mi niña.

—Me siento mal...

—Pues no pienses más, come —me guiñó un ojo y me acercó un par de magdalenas para que empezara a comer.

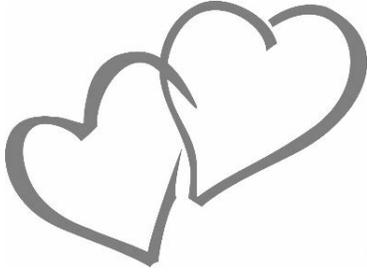
Lo hice, pero la sensación seguía, me daba mucha pena por él. Había hecho daño a un gran hombre que no se lo merecía.

Un rato después, me fui a dar un paseo por la ciudad. Pensé en todo lo que dejaba en Dublín, mi casa, ese cuarto que con tanto cariño le habíamos preparado al bebé cuando supimos que sería una niña.

A Darren.

Eso era lo mejor. Porque mi amor, mi mente y mi corazón siempre serían

de otro.



Capítulo 31

No había vuelto a saber de Liam desde que fui a verlo al restaurante. ¿Estaría bien? La vida no tardó mucho en darme la respuesta a esa pregunta, me sonó el móvil en ese momento, era él.

—Buenos días —dije al descolgar la llamada.

—Buenos días, Megan, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú? ¿Pasa algo?

—Estoy bien, tranquila, no pasó nada. Solo que he quedado hace un rato con los chicos para comer y quería invitarte, ellos también quieren verte. No sé si te apetece... Será en mi restaurante.

—Claro que me apetece —sonreí, tenía ganas de verlos.

—Te recojo sobre la una entonces, ¿en tu casa?

—No, iré caminando, no te preocupes.

—Pues nos venimos caminando los dos —no vi si puso los ojos en blanco, pero sabía que lo estaba haciendo.

—Como quieras, Liam. A la una está bien, nos vemos abajo.

—No tardes, lo pasaremos bien.

Sonreí, esa sí era una buena manera de despertar. Era sábado, así que Emily no estaba en casa. me preparé mi taza de té y me senté en el sofá, saboreando ese momento de desayunar mirando a través de las enormes cristaleras.

Estaba algo incómoda, mi barriga crecía y crecía, no se podía disimular mi embarazo a esas alturas. Me coloqué como pude y acaricié mi vientre. Me

gustaban esos momentos de estar a solas con mi bebé, disfrutando del silencio.

Tras el té, me di una ducha y me arreglé. Bajé puntual y allí estaba él esperándome. Estaba guapísimo, como siempre. Me recibió con una gran sonrisa, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, poniéndome nerviosa.

—Hola... —dije.

—Hola, preciosa. Me alegra que decidieras venir, tienen ganas de verte.

—Yo también tengo ganas de verlos, os echo de menos a todos —dije con tristeza.

—¿Me echas de menos a mí?

—Liam —reí y negué con la cabeza.

—¿Por qué no llamaste estos días?

—No sé, a veces me siento como perdida, no sé ni qué hacer.

—Pues ayudaré a que te encuentres. Venga, que mi bebé tiene que alimentarse.

—Será una niña —vi la sorpresa en su cara cuando se lo dije.

—¿En serio? —preguntó emocionado.

—Sí... —sonreí.

—Será como tú —dijo feliz—. Vamos, tenemos que darle de comer a nuestra hija —me guiñó un ojo mientras comenzábamos a caminar.

—Estaba pensando en ir el lunes a comprar cosas para ella. Ya hay que prepararle su habitación. En Dublín lo hice, pero allí está —reí—. Aquí no tengo ni un trajecito para ella. Es raro, no sé.

—Me encantaría acompañarte, si me lo permites.

—Claro que sí.

—¿Hacemos un trato?

—A ver...

—Tú eliges las cosas, pero yo las pago. Quiero hacerlo, es mi hija.

—Pero Liam, no hace falta. Sabes que no tengo problemas de dinero y tú

ahora tienes muchos gastos con el restaurante, no es necesario eso cuando puedo pagarlo yo.

—Hay algo que no sabes, Megan. Ese dinero que tu hermano pagó en el juicio para “silenciar” a mis padres, ya sabes, ese que sirvió para que no fuera a la cárcel...

—¿Sí?

—La mitad la dejaron en una cuenta a mi nombre, me enteré no hace mucho. Quiero que ese dinero sea para nuestra hija.

—No, eso es tuyo, Y deberías usarlo, además, no es justo que lo tengas y andes apretado.

—No ando apretado y quiero que sea para ella, no quiero que le falte de nada.

—Dinero manchado... Pero eso ya es pasado. Es tuyo.

—No es dinero manchado. Pensemos que es el regalo que dejó mi hermano para su sobrina —sonrió—. Déjame que le compre el dormitorio y la ropa que necesite, Megan, por favor.

—Como quieras —claudiqué, sonriendo.

—Gracias.

Era yo quien tenía que darle las gracias por hablar con tanta tranquilidad de ese pasado que nos unía y que era el causante de que no estuviéramos juntos. Sabía que no era fácil para él, pero ponía de su parte y lo llevaba bien. Quizás, incluso, más que yo.

Llegamos al restaurante y entramos. Los chicos ya estaban sentados a la mesa y se levantaron al vernos, vinieron a saludarme y yo no dejaba de sonreír, como ellos, feliz por verlos de nuevo.

Antes de sentarme, con un ritual, me dieron una cesta de mimbre llena de productos de toda clase para el bebé. Era un regalo de ellos para su sobrina, Liam no había perdido el tiempo en decir que esperábamos una hija.

Fue un regalo precioso, a la cesta no le faltaba de nada; cremas, colonias, hasta pañales tenía, lo que me hizo mucha gracia.

Fui la única que no pude beber vino, pero los demás brindaron con él para celebrar que volvía a estar junto a ellos y que pronto seríamos uno más.

Me sentía feliz de estar allí, sintiéndome como si fuera parte de esa familia. Reímos, bebimos y comimos. Disfrutamos de un almuerzo estupendo entre bromas y momentos de cariño.

Después del postre, nos despedimos, quedarnos en vernos pronto. Liam me acompañó a casa y quedé con él en verlo el lunes para ir a comprar las cosas para nuestra hija.

Lo que quedaba de fin de semana lo pasé vaciando la habitación que iba a ser de mi hija y pensando en ideas para decorarla y que quedara preciosa.

Pasé el fin de semana entre eso y mis pensamientos.

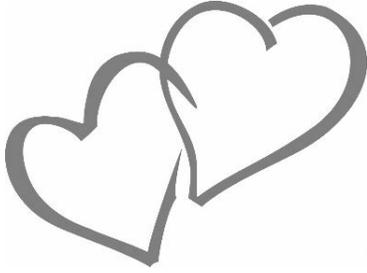
Pensaba en Liam. No se me iba de la cabeza. Me sentía tan feliz estar con él. Qué pena que las cosas no pudieran ir a más, pero seguía con mi idea en la mente de que yo estaba maldita. Aun así, quería estar cerca de él, aunque fuera de esa forma, sin poder tocarlo, sin poder besarlo...

Aunque solo fuera tenerlo cerca y verlo.

Cuando mi cabeza empezaba a echar humo, intentaba dejar de pensar.

No sabía si era peor tener a Liam lejos y vivir la pena de no verlo o tenerlo tan cerca y sufrir porque ni siquiera podía tocarlo.

Pero las cosas estaban así. Lo necesitaba ahí, cerca de mí y de nuestra hija. Tenía que conformarme con eso, fue mi elección.



Capítulo 32

Llegó el lunes, Liam no tardaría en venir a por mí. Desayuné con Emily, le conté cómo estaban yendo las cosas y le enseñé cómo había vaciado el dormitorio, ignorando su riña por haberlo hecho sola estando embarazada y por no haberla esperado...

Ya arreglada, esperé a que Liam llamara al portero para bajar e irnos.

Ese día no me sentía muy bien, me pesaba demasiado la barriga. Me miraba en el espejo y no reconocía el cuerpo que se reflejaba allí, tan diferente. Era increíble cómo un embarazo cambiaba el cuerpo de una mujer.

Lo que peor llevaba era el peso en mis piernas, era demasiado para una persona tan delgada como yo, pero podía con ello.

Liam llegó puntual, como siempre. Bajé a su encuentro y entré en su coche. Me esperaba con una enorme sonrisa en la cara.

—Buenos días —saludé al sentarme en el asiento del copiloto.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo te sientes hoy?

—Súper pesada, de verdad que me duelen las piernas horrores.

—¿No te vio un médico?

—Está todo bien, solo es la pesadez de la barriga.

—Porque nuestra hija será grande —rio.

—No lo dudo —suspiré.

—Descansaremos las veces que necesites, no quiero que te agotes.

—Tranquilo, estaré bien.

—¿Lista para un ajetreado día?

—Creo que sí —sonreí.

—Lo vamos a pasar muy bien, le vamos a comprar de todo, ya verás. No quiero que le falta nada.

—Nunca le faltará nada —le aseguré.

—Pues vamos a ello, si el tráfico nos deja, llegaremos pronto.

—Nunca pensé que diría esto, pero con mi vida en Dublín... Por Dios, no soportaría un atasco —resoplé al ver que nos tocaba uno.

—En esta ciudad nos toca paciencia, Megan... Te voy a contar algo.

—A ver...

—Con dieciocho años o así, me contrataron como mensajero. Iba por todos lados de la ciudad, de un lado a otro, repartiendo paquetes. Y lo hacía en bici —sonrió—. No sabes lo que es ir en bici de una punta a otra y rápido porque tienes que dejar el envío...

—Esta ciudad no está preparada para las bicis.

—Lo sé bien. Era jugarte la vida a cada momento. Cuando me decían que tenía que entregar algo por esta zona, te juro que me temblaba todo, me daba hasta miedo. Pero tenía que hacerlo, era mi trabajo.

—Siempre me encantó esta parte de la ciudad, pero hay que reconocer que es complicado vivir aquí, demasiado estrés. Nunca te fijas, pero llega un día en que te das cuenta de que la gente corre a todos lados y te agobias.

—Pues hoy no nos vamos a agobiar. Te saco pronto de aquí, mi amor.

Lo dijo tan natural que me quedé en shock. No era nada malo que me llamara así, pero en Liam... Estaba volviendo a lo que habíamos pasado tiempo atrás y eso me ponía nerviosa. Y ya estaba suficientemente nerviosa por tenerlo cerca. No necesitaba más.

Me daba miedo que se hiciera falsas ilusiones porque yo, aunque deseara estar con él, no iba a cambiar de idea, lo nuestro era un imposible.

—No hace falta que me llames así... —suspiré.

—Lo siento. No me di cuenta, Megan, es solo la costumbre.

—Estamos aquí por nuestra hija, debemos de centrarnos en eso. Solo en eso.

—No quise molestarte. No tienes que ponerte seria solo porque se me haya escapado llamarte así.

—No estoy seria ni enfadada por eso, Liam. Entiende que para mí tampoco es fácil.

—Lo sé.... —suspiró.

Tenía que haberlo dejado pasar, tampoco hacía falta que lo cortara de esa forma, pero a veces no controlaba mi lengua.

Eso y que cada vez me sentía más sensible, todo me afectaba más. Suponía, por lo que leía por ahí, que era cosa de las hormonas en el embarazo.

A ese paso iba a pasarlo muy mal con mis emociones, más de lo que solía pasarlo ya.

Liam se centró en conducir y yo observé su rostro. Era un hombre guapísimo y en su mirada se podía ver cuánto había sufrido en la vida. Pero también era un hombre fuerte, había podido recuperarse de cada golpe y se había levantado aún con más fuerza de la que tenía.

El pasado de Liam no fue fácil. Ojalá se pudiera regresar en el tiempo para poder cambiar las cosas, pero eso era solo un sueño. Ese pasado nos llevaba al presente en el que estábamos en ese momento. Era así, eso no se podía cambiar.

Llegamos al centro comercial en poco más de una hora y suspiré al entrar. La cantidad de veces que había ido allí simplemente porque estaba aburrida y quería gastar dinero. Cómo había cambiado esa parte de mí, ya ni ir de comprar me divertía.

Menos en ese momento, que disfruté como una niña pequeña de esa

experiencia con Liam.

Quería tenerlo cerca en momentos así, vivir juntos cada cosa referente con nuestra hija porque era de él también. Y él no solo era eso, no solo era el padre de mi hija.

Era mucho más.

Liam había llegado a mi vida para enseñarme que yo podía ser una mujer diferente, con él nació mi deseo de querer cambiar. De convertirme en otra mucho mejor, de darle más valor a lo que realmente importaba.

Liam me había convertido en una mujer de verdad, eso no se podía negar.

Y yo necesitaba, egoístamente, tenerlo cerca.

La mañana se nos pasó rápidamente, coincidimos en casi todo y cuando nos fuimos de allí, habíamos comprado casi todo. Pero aún nos faltaban cosillas, así que fuimos a comer algo y a descansar las piernas antes de seguir.

No me aburrí en ningún momento, con Liam todo eran risas y bromas. Siempre me había gustado eso de él, ese sentido del humor que tenía.

Y ya sabía seguirle el rollo muy bien.

La verdad es que hacíamos una buena pareja. Nuestra relación no fue demasiado larga, pero siempre hubo algo especial que nos unió. Una pasión, algo que era como un imán entre los dos.

Y fue perfecto en su momento.

El día fue largo, divertido, pero cansado. Terminamos, agotados, cenando en un restaurante. Yo no tenía ganas de comer, solo de descansar. Sentía los pies hinchados y mi cuerpo tampoco estaba muy bien...

—Megan... ¿Qué te pasa? Se ve que no estás bien, me estás preocupando.

—Demasiadas horas de pie. Lo he llevado lo mejor que he podido, pero estoy agotada —reconocí.

—¿Y por qué no me lo has dicho y nos hubiéramos ido?

—Pensé que podría, que no me cansaría tanto. Te juro, Liam, que nunca

imaginé que llevar este peso en la barriga se sintiera tan...

—Pesado.

—Sí, pesado, valga la redundancia.

—Si quieres, nos vamos ya, no tenemos ni que cenar.

—No, me vendrá bien comer algo. Así descanso un poco las piernas.

—¿Segura?

—Sí —sonreí.

—Si no te cambia la cara pronto, te cojo en brazos y nos vamos, tú verás... —lo dijo muy serio, tanto que me hizo reír. Se levantó y moviendo las sillas, consiguió que yo me acomodara para poner los pies en alto.

—Así descansarás mejor, pon los pies ahí —me señaló la silla.

—No, me va a ver todo el mundo —resoplé.

—No se ve, el mantel lo tapa. Hazme caso, pon las piernas ahí que tenerlas en alto te aliviará —insistió, casi ordenando.

Lo hice y sentí el alivio rápidamente, se lo agradecí con una sonrisa y él me guiñó un ojo.

—¿Te lo pasaste bien? —le pregunté mientras comíamos.

—Sí. No pensé que disfrutaría tanto un día como hoy —rio.

—Es bonito comprar cosas para la bebé.

—Sí... Pero estoy nervioso, Megan.

—Y yo, Liam. Todo esto me viene a veces como grande, pero estoy deseando verle la carita, cogerla en brazos... Creo que lo voy a hacer bien, no seré tan desastre —reí.

—Serás la mejor —dijo muy serio y me emocionó eso.

—Gracias —dije emocionada.

—¿Puedo decir algo con sinceridad?

—Pensaba que todo lo que decías era sincero, ¿o no era así?

—Siempre he sido sincero contigo, Megan, lo sabemos.

—Lo sé. La sinceridad es algo innato en ti. Como equivocarme lo es en mí. Me he equivocado tanto... —suspiré.

—No quiero oírte decir esas cosas. Eso es pasado, ahora es el presente y tienes que mirar hacia el futuro. No estoy a tu lado, pero lo tendrás que hacer sola.

—¿No estás a mi lado?

—No como querría.

—Las cosas están como están, Liam. Ya no es ni culparnos a nosotros, tenían que ser así.

—No, podríamos cambiar eso... —suspiró.

—O dejarlo como está. Si la vida se ha empeñado en separarnos, será por algo.

—Podríamos desafiarla, luchar y volver juntos, Megan.

—Y sufrir...

—No tiene por qué ser así.

—Sería así, Liam —yo, cabezota—. Vamos a dedicarnos mejor a nuestra hija, tenemos una gran responsabilidad por delante, creo que es en lo único que deberíamos de pensar ahora. Lo demás, quién sabe lo que la vida nos tiene preparado.

Era una mala manera de dejar el tema ahí, pero es que ni yo sabía ya cómo explicarle que era mejor estar separados porque empezaba a tener mis dudas.

En realidad siempre las había tenido, pero como me había empeñado en ello...

Mi mente seguía como una olla a presión. Vuelve con él porque tienes que seguir al corazón. Déjalo, le harás daño y no podrás vivir con eso.

Los pensamientos, de un lado y de otro, no me dejaban vivir.

Yo me estaba volviendo loca mientras le daba largas al hombre que más amaba. Porque en el fondo deseaba estar con él.

En el fondo sabía que era mi felicidad.

Peor mis miedos, el pánico de que el pasado nos jodiera, era algo que no me dejaba ser libre para seguir a mi corazón.

Me conformaba con tenerlo cerca por nuestra hija, porque era la única manera de saber que seguiría ahí. Aunque no como quisiera, pero al menos estaría ahí.

Pero eso tampoco estaba siendo tan fácil como imaginaba. Eso dolía demasiado.

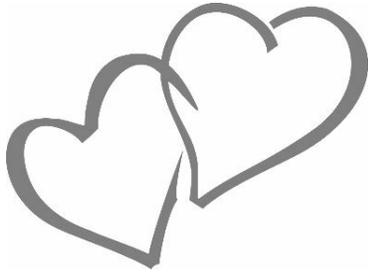
No poder tocarlo era toda una tortura. Eso era peor que el no tenerlo.

¿De verdad tenía que renunciar a todo eso?

Porque renunciar a él nos estaba destrozando a los dos.

No sabía qué hacer, pero no podía seguir sin el hombre al que amaba.

Porque me estaba matando a mí misma.



Capítulo 33

No, no tenía que renunciar a nada.

No podía separarme de él.

No podía condenarnos a los dos.

Tenía que dejar de hacer la idiota.

A esas conclusiones me había llevado pasar la noche en vela.

Había pensado mucho sobre todo y estaba comportándome como una verdadera imbécil.

Pensé mucho en mi relación con Liam, como solía hacerlo los últimos días. Estaba ahí, conmigo, luchando contra sus sentimientos para poder seguir a mi lado y al de mi hija.

Y yo luchaba igual. Luchaba por no tocarlo, por no besarlo, por no decirle lo que de verdad quería.

No era justo que estuviéramos los dos en ese punto porque yo lo hubiera decidido así. No era justo que mis miedos me robaran la felicidad.

Me había enamorado de Liam hacía tiempo y mis sentimientos por él unca habían menguado. Estaban ahí, cada vez más fuertes. El deseo siempre seguía ahí, entre los dos, eso tampoco había cambiado.

Echando la vista atrás, nuestra historia fue corta, pero intensa. Lo que había entre nosotros era demasiado fuerte y real.

Me equivoqué al marcharme, me equivoqué al no contarle lo que pasaba cuando me enteré de quién era él. Me equivoqué al huir y me seguía equivocando, cada día, en pedirle que entendiera que entre nosotros no podía

haber nada.

La verdad era que entre nosotros nunca podía dejar de haber algo.

Porque nos amábamos.

Me vestí y salí de mi casa, dispuesta a decirle todo lo que sentía. Esperando y rogando porque él me diera una oportunidad.

Rogando porque me dejara demostrarle cuánto lo amaba.

No tardé mucho en llegar, él aún no había llegado al restaurante, así que me senté en la barra a esperarlo.

Escuché su voz un rato después, un buenos días seco a sus empleados y me giré a mirarlo. Todos se acercaron a él mientras lo veía dar órdenes a diestro y siniestro. Estaba algo alterado ese día, como nervioso.

Como me sentía yo.

Estaba hablando con sus empleados cuando nuestros ojos se encontraron y vi la sorpresa en ellos. Sonreí y no sé de qué manera lo hice que vi esperanza en su mirada. ¿Había sentido para qué estaba yo allí?

Se acercó a mí lentamente, como temeroso. Esbocé otra sonrisa cuando se paró delante de mí.

—Hola... —susurré.

Estaba a punto de tirarme a sus brazos sin darle explicaciones, pero tenía mucho que decirle. Y en su mano estaba el darme, o no, una oportunidad.

—¿Estás bien, Megan? —preguntó preocupado.

—Sí... ¿Podemos hablar?

—Claro, acompáñame al despacho.

Lo hice, dando las gracias porque mis piernas me respondieran. Nos sentamos en el pequeño sofá que tenía allí y nos miramos a los ojos. Cogí aire, no sabía cómo empezar.

—Cuando me enteré de quién eras, el mundo se me cayó encima —comencé.

—No tenemos que volver atrás, Megan.

—Déjame hacerlo. Necesito hacerlo.

—Está bien.

—Lloré mucho, Liam, sabiendo que era la hermana del hombre que había terminado con la vida de tu hermano. Sentí que me ahogaba y odié a mi hermano a muerte porque me estaba jodiendo la vida otra vez. Me acababa de separar del hombre que amaba —vi cómo las lágrimas inundaban sus ojos, como también inundaban los míos.

—No llores —me rogó.

Pero yo lo estaba haciendo, necesitaba hacerlo.

—No sabía qué hacer, así que hice lo primero que se me ocurrió, desaparecer. Tenía que alejarme de ti, yo no podía ver cómo te enterabas de quién era yo, yo no podía destrozarte así. Y me fui, pensando que me olvidarías, que sería más fácil para los dos. Me daba igual lo que yo sufriera, era mi penitencia por ser quien era, era mi castigo.

—Megan... —limpió las lágrimas de mi cara con su pulgar. Cerré los ojos por el contacto y los abrí para seguir hablando.

—Elegí Dublín porque tenía una casa allí. Conocí a Darren y nunca sentí nada por él. No como hombre en sí, pero terminé aceptando su cariño y su apoyo. Sabía que hacía mal, pero volví a ser egoísta. Y terminé haciéndole daño. Cada día era una lucha conmigo misma. Me intentaba convencer de que no podía decirte la verdad, de que no podía destruirte de esa manera. Para mí, nuestro pasado era un obstáculo insalvable.

—No lo es...

—Cuando fuiste a buscarme, estaba asustada. ¿Cómo iba a volver contigo? Quizás en ese momento estabas seguro de que el pasado no nos afectaría, pero lo haría en algún momento. Además, no podía hacerle eso a Darren. No quería ser tan mala persona.

—Se portó bien contigo, lo entiendo.

—Sí... Mi mente era un caos, me convencía a mí misma de que tenía que dejarte ir, de que solo así serías feliz. Yo no lo sería, pero no me importaba, era mi condena. Pero cuando amas a alguien como yo te amo a ti, lo único que quieres es ver a esa persona feliz, aunque sea lejos de ti. Fui a buscarte, Liam. Ya no estabas en el hotel y pensé que era lo mejor. Pero al volver aquí, al verte de nuevo, no podía irme. Me inventé mil excusas para justificarme, porque ni yo misma quería ser clara y decir: te quedas por él, Megan. Porque reconocer eso duele.

—Megan... —acarició mi cara, haciéndome suspirar.

—Estaba en el aeropuerto con Darren y no me fui. No lo hice porque necesitaba quedarme aquí. No lo hice porque no era capaz de volver a alejarme de ti. Por eso me quedé y por eso te pedí que te quedaras cerca. Pero está siendo una tortura.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te necesito, Liam. Te necesito y no te tengo.

—Claro que me tienes, estoy aquí.

—No, no como quiero —lloré.

Liam cogió mi cara entre sus manos y me miró a los ojos.

—¿Y cómo quieres, Megan?

—Tengo miedo, ¿sabes?

—¿De qué?

—De hacerte daño.

—Daño me haces no estando conmigo. Nos haces daño a los dos.

—Lo sé, ya lo entendí. No quiero que el pasado termine con esto.

—El pasado se quedó allí, no va a joder nuestro futuro si nosotros no lo permitimos.

—Pero es mi hermano, Liam. Siempre lo será. Ahora no tengo relación con

él y por mucho que intente odiarlo, no puedo hacerlo. Está enfermo y si me necesita, estaré ahí. Y eso nos puede joder.

—Nada va a joder lo nuestro, Megan. Yo entiendo tu parte, créeme, sabremos sobrellevarlo. Pero tenemos que hacerlo juntos, mi amor.

—Me gusta cuando me llamas así —sonreí entre lágrimas.

—Es lo que eres para mí, siempre lo serás.

—Pero...

—Dios, no quiero oír un pero.

—Las cosas no son tan fáciles, Liam.

—Lo son, pero las complicamos nosotros. Nos amamos, es lo único que cuenta. Estando juntos podremos con todo, lucharemos con lo que haga falta. Pero estando separados, estamos medio muertos, Megan.

—Muertos en vida.

—Sí...

Lo miré y sonreí, las lágrimas aún mojaban mi cara.

—Te necesito, Liam. No sabes cuánto.

—¿De verdad estás diciendo eso? —estaba emocionado.

—Sí...

—No es un sueño...

—No, no lo es. Te quiero conmigo, solo estoy viva estando contigo. Te quiero.

—Estoy sin palabras —lloró—. He soñado tanto con oírte decir eso.

—Está en tu mano.

—¿En mi mano?

—Sí. Me fui, te dejé. Después de eché de mi lado... No sé si querrás darme otra oportunidad.

—¿De verdad lo dudas?

—Sí —dije con sinceridad.

—Sabes lo que siento por ti, Megan. ¿Cómo puedes dudar de eso? Te amo más que a nada en este mundo, no hay oportunidad que darte porque nunca hemos dejado de estar juntos.

—Te quiero, Liam. Yo también te quiero más que a nada. Quiero estar contigo el resto de mi vida, no quiero volver a separarme de ti.

—No lo harás —me dio un beso, profundo, con sentimiento—. Nada ni nadie volverá a separarnos.

—Prométemelo. Porque necesito oírlo.

—Te lo prometo mi amor —otro beso, de esos que me hacían temblar.

—Haré que estés orgulloso de mí como mujer.

—Ey, yo ya estoy orgulloso de ti. No tienes que cambiar, no tienes que hacer nada. Solo seguir siendo tú y seguir a mi lado.

—Eso creo que puedo hacerlo —reí.

—Más te vale, porque te quedan muchos años para cumplir esa promesa.

—Te amo, Liam.

—Y yo a ti, mi amor.

Nuestros labios volvieron a unirse y por fin me sentí libre. Libre por poder amar, sin miedos, al hombre de mi vida. Libre por ser sincera con mis sentimientos.

Nunca más volvería a separarme de él.

Porque separarme de él era matarme a mí misma.

—Sigues siendo mi obsesión, Megan —dijo entre mis labios.

—Demuéstralo —rogué, deseando sentirlo como hacía tanto que no lo hacía.

Y no lo dudó.

Como yo no dudé, desde ese momento, en que nuestro amor podría con todo.

Porque el amor de verdad siempre será más fuerte que cualquier miedo.



Epílogo

Un año más tarde.

—Anne, ¿quieres hacer el favor de dejar ya a la niña? —me estaba desquiciando y ella solo sabía ignorarme.

—No. Ponte a hacer algo, arréglate el pelo, maquíllate, no sé... Pero déjame en paz.

—Mi cara y mi pelo están muy bien —resoplé—. Y no te voy a dejar cuando no dejas de malcriarla. ¿Es que no lo ves?

—¿Qué tiene de malo? Soy su tía, estoy para eso —puso los ojos en blanco.

Y siguió a lo suyo, pasando de mí y haciendo lo que quería con la niña. La tenía más que malcriada. Le compraba de todo, la vestía como quería... La niña no tenía estilo definido porque cuando estaba conmigo iba como yo, cuando estaba con Anne, iba como ella. Porque mi gran amiga se encargaba de que mi hija tuviera ropa de su estilo también.

—¿Qué haces, Anne?

—Echarle un poco de laca.

—No tiene ni un año y le vas a echar laca... ¿Pero tú estás loca? No harás eso.

Quise quitarle el bote de laca de las manos, pero no pude. Era más fuerte que yo.

—Mamá... —miré a mi hija, sonreía, estaba para comérsela. Me echó los brazos y la cogí, separándola de Anne, por fin.

—Eres una pereza como madre —resopló mi amiga.

—Ajá...

—Aburrida.

—Sí...

—Voy a la calle con ella, tiene que ir como yo, Megan.

—Pero no exageres que parece una muñeca. Y es un bebé —reí.

—Un bebé precioso —le hizo carantoñas a la niña—. Si viene conmigo, tiene que vestir como yo. No sabes cómo de orgullosa voy con mi mini yo.

—¿Y no pensaste en tener una? Digo, así nos ahorramos peleas —reí.

—No sé... La verdad es que a Brian le hace ilusión ser padre, pero a mí es algo que me da mucho miedo.

—¿Miedo? Lo entiendo.

—Sí. Si ya pasaste por eso tú, pues disfruto de mi sobrina y ya.

Resoplé, si es que con ella no podía. Fui hacia el salón, ignorando que Anne venía detrás y que aún no había soltado el bote de laca.

Emily estaba limpiando, pero cuando mi hija la vio y le echó los brazos, la mujer tuvo que dejar sus quehaceres para cogerla. A mi hija le encantaba estar con ella, así que me estaba pensando en tenerla solo como niñera y contratar a alguien más que se hiciera cargo de la limpieza de la casa. Porque si mi hija quería con Emily, pues con Emily.

—¿Cómo va el tema de la boda? ¿Todo listo? —pregunté a Anne.

—No, todo no. Porque el vestido aún no me convence.

—¿Cuántos te probaste ya?

—Catorce creo —torció el gesto.

—Pues te coge el toro, tienes que elegir uno ya, Anne, que no queda ni un mes para la boda.

—Pero es que a todos les falta algo, no encuentro el adecuado —suspiró—. Al final me caso con un vaquero y una camisa y listo.

—No te veo capaz de eso —reí.

—Mira, tú ni te cástate, así que ¿quién sabe? A lo mejor sigo tus pasos.

—Yo sí me casé, solo que fue algo especial.

—Mira, no hablemos de eso que aún me dura el cabreo. Porque normal no es aparecer un día a comer en el restaurante y que nos soltéis: pues nos hemos casado. Y ya está, tan tranquilos.

—Fue bonito —reí.

—Sí, tan bonito que ni lo vi.

—No queríamos esperar más. Para nosotros solo era un papel que firmar, ya me entiendes.

—No, no entiendo. Me quedé con la pena de ser la madrina —sabía que nunca me iba a perdonar algo así.

—No hablamos de mí, vamos a lo tuyo. Te casas en nada y sigues sin vestido, tienes un problema.

—Aún me queda tiempo...

—No demasiado. Mañana nos vamos de compras, tenemos que encontrarlo.

—Claro que sí... —me tomaba por loca, pero iríamos y encontraríamos el vestido definitivo para su boda.

Escuché cómo se abría la puerta del apartamento. Anne y yo estábamos charlando en la cocina y miramos hacia la puerta para ver cómo entraban Liam y Brian. Venían muertos de risa, hasta que nos vieron, Se nos quedaron mirando al vernos a las dos en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando vi que nadie saludaba.

—Nada... Hola, mi amor —Liam me besó, dejándome temblorosa, era un beso de película en toda regla.

—Hola —otro beso, esa vez se lo di yo—. ¿De qué os estabais riendo?

—Nada, tonterías de hombres... Estaba pensando en que podíamos cenar

fuera —Emily llegó con la niña. Al ver a su padre, de quien estaba enamorada, ya no había quien la separara de él. Era adoración por Liam, como la tenía yo. Y él con ella.

—Ahora preparo a la niña, por mi bien —dije.

—No, se va con Anne esta noche —me recordó y suspiré, intentaba que se le olvidara, pero a mi amiga no se le iba a olvidar eso—. Nos vendrá bien estar solos, tenemos muchas cosas que hacer —ronroneó.

—Bueno, si es por eso... —reí— Después de la cena la recojo, Anne.

—¿A quién? —se hizo la tonta.

—A mi hija —aclaré. Siempre me hacía lo mismo, todo porque quería quedarse con ella a dormir. Y siempre ganaba Anne.

—Dirás de mañana, porque esta noche duerme conmigo —sentenció mi amiga.

—Anne...

—Se queda conmigo y punto. Y ni se te ocurra llamar cada media hora porque no te voy a coger el teléfono. La bebé duerme con Brian y conmigo. Haz tu vida, madre dependiente —dijo metiéndose conmigo.

—Sabes que me cuesta dormir sin ella —suspiré con tristeza, que después echaba mucho de menos a mi bebé.

—Pues tómate un somnífero o fúmame un porro. Haz lo que quieras, pero la niña se queda conmigo —cogió la bolsa que le preparó Emily con las cosas de la bebé, cogió a la niña sin apenas dejarme despedirme y se fue de la cocina—. Adiós.

—Espera, déjame darle un beso —salí corriendo a despedirme bien de mi hija, sabiendo que no podía impedir que se la llevara. Suspiré cuando los vi entrar en el ascensor, Brian no dejaba de reír.

—Ven aquí —Liam cerró la puerta, me cogió de la mano y tiró de mí hasta el sofá—. La niña estará perfectamente.

—Ya lo sé, pero es que la echo de menos.

—No dejaré que tengas tiempo para eso —besó mi cuello.

—Eso espero —reí.

Y empezó a demostrarme que no me iba a dejar respirar.

En nuestra cama, abrazados después de hacer el amor, suspiré. Con él era feliz, siempre.

—A veces me cuesta creer que todo esto sea real —suspiró.

—¿Qué quieres decir? —lo miré a los ojos, apoyando mi barbilla en su pecho.

—Contigo todo es feliz. A veces tengo miedo de despertar y que todo esto no sea más que un sueño.

—Es real, amor.

—Soy el hombre más feliz del mundo a tu lado, Megan. Y no soportaría perderte.

—Nunca me vas a perder, Liam.

—¿Y si se termina?

—¿Si se termina nuestro amor quieres decir?

—El tuyo, porque el mío no —dijo convencido.

—Y sabes que el mío tampoco —sabía que lo decía por picarme y siempre lo conseguía.

—No somos perfectos, el amor tampoco lo es. Pero estamos juntos, luchando cada día por el otro. Eso no va a cambiar.

—No te merezco, Megan. No merezco tanta felicidad en la vida.

—Mereces eso y mucho más, mi amor —dije emocionada.

Lo quería más que nada en el mundo.

Desde que me dio la oportunidad de estar conmigo, me había dedicado a hacerlo feliz cada día, tanto como él me hacía feliz a mí.

La vida no era sencilla, había problemas y cosas que solucionar, no era un

camino de rosas, pero estábamos juntos, luchando siempre juntos y eso era lo importante.

Habíamos dejado atrás el pasado, nuestra vida era el presente y nuestros planes de futuro y éramos muy felices así.

Nosotros y nuestra hija. Y eso era lo único que importaba.

El negocio de Liam iba viento en popa, había crecido mucho y había contratado a más personal. Pasaba mucho más tiempo conmigo y con la niña y eso nos gustaba mucho.

Mi vida era mi hija y mi marido y, cómo no, dar un poco la lata en su trabajo. El rol de jefa me iba bien y cuando me aburría, me iba a poner orden allí, sacando a Liam de sus casillas.

Me gustaba eso, porque las reconciliaciones luego en casa eran las mejores.

Esa noche, después de una cena estupenda y ya en la cama después de hacer el amor, cuando Liam se durmió, me levanté para prepararle la sorpresa que tenía en mente.

Como de mi primer embarazo se enteró de aquella manera, pensé en hacer algo especial para decirle que volveríamos a ser padres.

Adorné el salón con globos, como si fuera una fiesta. Y dejé juguetes de la bebé por medio.

Cuando Liam vio todo aquello a la mañana siguiente, pestañeó varias veces, sin entender nada.

—¿Qué me perdí? —preguntó preocupado.

—Mira allí —señalé a la mesa donde había un regalo envuelto.

Lo abrió y vio que era un chupete nuevo, lo que no le aclaró mucho. Me reía por ver que no entendía.

—¿Una nota? —preguntó al ver el sobre.

—Aja...

La abrió y vi cómo comenzaba a llorar mientras la leía.

“No sé cómo darte las gracias por estar en mi vida, Liam, no sé cómo agradecerte que me hagas la mujer más feliz del mundo. Solo puedo devolverte una parte de lo que me das, amándote.

Nos dimos el “Sí quiero” una vez. ¿Me lo darías una segunda? Porque no hay nada que desee más en el mundo que volver a casarme contigo dentro de unos meses, cuando seamos cuatro. ¿No crees que sería el momento perfecto para renovar nuestros votos?

Te amo, Liam. Siempre lo hice. Y por eso quiero preguntarte: ¿Quieres casarte de nuevo conmigo?

¿Nos casamos antes de que nazca nuestro bebé?

Espero que me des un sí...”

Me miró a los ojos, los suyos abiertos como platos.

—¿Estás embarazada?

Afirmé con la cabeza y una lágrima salió de su ojo.

—Dios mío, Megan —me abrazó, emocionado.

—¿Entonces eso es un sí?

—Contigo siempre será un sí, mi amor.

—Te amo, Liam.

—Y yo a ti —suspiró antes de besarme y de demostrarme que lo nuestro era eterno.

Nuestra historia seguía adelante, nuestro amor cada día era más fuerte. Yo solo podía estar agradecida en la vida por haber traído a ese hombre a mi lado.

Estuve a punto, varias veces, de perder la felicidad. Los miedos me bloquearon, el pasado siempre rondaba por mi cabeza, nublándome lo que de verdad importaba.

De todo mi pasado aprendí muchas cosas.

Aprendí que los miedos siempre estarán ahí. Que a veces no necesitamos derrotarlos a todos, sino vivir con ellos. No dejar que ellos puedan más que el amor.

No es fácil hacerlo, el miedo a sufrir y a hacer daño a la persona que amas te bloquea, pero en ese momento debemos ver que las batallas se ganan mejor en pareja que solos.

La vida nos pone pruebas que superar, a veces obstáculos que parecen insalvables. Y nuestro trabajo es pelear, con uñas y dientes, por lo que queremos.

Luchar sin miedo al dolor.

Luchar sin miedo al fracaso.

Porque si los sentimientos son sinceros, la lucha nunca será en vano.

El amor de verdad existe, está ahí afuera para cada uno de nosotros. No hay que buscarlo, él se encargará de encontrarnos y de ponernos a prueba.

Y si es de verdad, ese amor, siempre podrá con todo.

Nunca dejéis de luchar por la persona a la que queréis. Nunca dejéis de luchar por vuestra felicidad.